EL OCASO de la DEMOCRACIA

La seducción del AUTORITARISMO

ANNE APPLEBAUM

Ganadora del Premio Pulitzer

DEBATE

EL OCASO de la DEMOCRACIA

La seducción del AUTORITARISMO

ANNE APPLEBAUM

Ganadora del Premio Pulitzer

DEBATE

El ocaso de la democracia

La seducción del autoritarismo

ANNE APPLEBAUM

Traducción de
Francisco J. Ramos Mena

DEBATE

Nuestra época es de hecho la época de la organización intelectual de los odios políticos. Este será uno de sus principales rasgos a destacar en la historia moral de la humanidad.

JULIEN BENDA, *La trahison des clercs*, 1927

Debemos aceptar el hecho de que este tipo de rebelión contra la modernidad está latente en la sociedad occidental […] su confuso y absurdo programa, su retórica irracional y apolítica, encarna aspiraciones tan genuinas […] como las de otros movimientos de reforma que nos resultan más familiares.

FRITZ STERN, *The Politics of Cultural Despair*, 1961

1
Nochevieja

El 31 de diciembre de 1999 dimos una fiesta. Terminaba un milenio y empezaba otro, y todo el mundo tenía muchas ganas de festejarlo, a poder ser en algún lugar exótico. Nuestra fiesta cumplía ese criterio. La celebramos en Chobielin, una pequeña casa solariega situada en el noroeste de Polonia que mi esposo y sus padres habían comprado una década antes —prácticamente por lo que costaban los ladrillos— cuando era solo una ruinosa construcción mohosa e inhabitable en la que no se había hecho reforma alguna desde que sus anteriores dueños huyeron del Ejército Rojo en 1945. Poco a poco restauramos la casa, o la mayor parte de ella. Y aunque en 1999 no estaba terminada, sí tenía un techo nuevo, además de un gran salón recién pintado y desprovisto de muebles, perfecto para celebrar una fiesta.

Entre los invitados había amigos periodistas de Londres y de Moscú, algunos jóvenes diplomáticos que trabajaban en Varsovia, dos amigos que viajaron desde Nueva York... Pero la mayoría eran polacos, amigos nuestros y colegas de mi marido, Radek Sikorski, que por entonces era viceministro de Exteriores de un Gobierno polaco de centroderecha. También había viejos conocidos del lugar, algunos compañeros del colegio de Radek y un grupo numeroso de primos suyos; además de un puñado de periodistas polacos bastante jóvenes —ninguno de ellos especialmente famoso—, algunos funcionarios y uno o dos miembros del Gobierno de muy reciente incorporación.

A la mayoría de nosotros podrían habernos clasificado, más o menos, en la categoría de lo que los polacos denominan «la derecha»: es decir, los conservadores, los anticomunistas. Sin embargo, en aquel momento de la historia a la mayoría de nosotros también podrían habernos clasificado como liberales. Liberales a favor del libre mercado, liberales clásicos, quizá thatcheristas. Incluso aquellos que podrían haberse mostrado menos categóricos en economía creían en la democracia, en el Estado de derecho, en la separación de poderes, y en una Polonia que ya era miembro de la OTAN y estaba en camino de adherirse a la Unión Europea; una Polonia que era parte integrante de la Europa moderna. Eso era lo que significaba ser «de derechas» en la década de 1990.

Las cosas se complicaron un poco a medida que avanzaba la preparación de la fiesta. En la Polonia rural de esa época no existía nada parecido a un servicio de catering, así que mi suegra y yo preparamos varios calderos de estofado de ternera y remolacha asada. Tampoco había hoteles, por lo que nuestros invitados, un poco más de cien, tuvieron que alojarse en granjas locales o en casa de amigos en la población más cercana. Y aunque llevaba una lista de dónde se alojaba cada uno, un par de ellos terminaron durmiendo en el suelo del sótano. A medianoche lanzamos fuegos artificiales, de los baratos, fabricados en China, que hacía poco que estaban en el mercado y tal vez fueran extremadamente peligrosos.

La música —grabada en cintas de casete en una época anterior a Spotify — creó la que sería la única división cultural profunda de la noche: las canciones que mis amigos estadounidenses recordaban de su época universitaria no eran las mismas que los polacos recordaban de la suya, por lo que no resultaba fácil que todos bailaran al mismo tiempo. En un momento de la noche me enteré de que Boris Yeltsin había dimitido, por lo que subí a la primera planta, escribí una breve columna para un periódico

británico, bajé y me tomé otra copa de vino. Cerca de las tres de la madrugada, una de las invitadas polacas más extravagantes sacó una pequeña pistola de su bolso y se puso a disparar al aire rebosante de euforia.

Así fue la fiesta. Duró toda la noche, se prolongó hasta el «brunch» del día siguiente y estuvo impregnada del optimismo que recuerdo que caracterizó aquella época. Nosotros habíamos reconstruido nuestra casa en ruinas; nuestros amigos estaban reconstruyendo el país. Tengo un recuerdo especialmente nítido de un paseo por la nieve —quizá fue el día antes de la fiesta, quizá al día siguiente— con un grupo bilingüe en el que todos charlaban a la vez, donde el inglés y el polaco se confundían en un sonido que reverberaba a través del bosque de abedules. En aquel momento, cuando Polonia estaba a punto de incorporarse a Occidente, parecía que todos estábamos en el mismo equipo. Éramos de la misma opinión con respecto a la democracia, acerca de la ruta hacia la prosperidad, sobre cómo iban las cosas.

Aquel momento pasó. Ahora, dos décadas después, cruzaría la calle para evitar encontrarme con algunas de las personas que estuvieron en aquella fiesta de Nochevieja. A su vez, ellas no solo se negarían a entrar en mi casa, sino que incluso se avergonzarían de admitir que alguna vez estuvieron allí. De hecho, alrededor de la mitad de las personas que compartieron esa noche, ni siquiera hablarían con la otra mitad. Este distanciamiento es de carácter político, no personal. Polonia es hoy una de las sociedades más polarizadas de Europa, y nos encontramos en lados opuestos de una profunda escisión, que divide no solo lo que solía ser la derecha polaca, sino también la antigua derecha húngara, la derecha española, la derecha francesa, la derecha italiana y, con algunas diferencias, también las derechas británica y estadounidense.

Algunos de nuestros invitados de aquella Nochevieja, junto con mi

esposo y yo, seguimos apoyando al centroderecha proeuropeo, favorable al Estado de derecho y al libre mercado. Permanecimos en partidos políticos que se alineaban, más o menos, con los democratacristianos europeos, con los partidos liberales de Francia y de los Países Bajos, así como con el Partido Republicano de John McCain. Otros de mis invitados se consideran de centroizquierda. Pero otros terminaron en un lugar distinto: ahora apoyan a un partido nativista llamado Ley y Justicia, un partido que se ha alejado drásticamente de las posturas que defendía cuando estuvo al frente del Gobierno polaco por un breve periodo, entre 2005 y 2007, y cuando ejerció la presidencia del país (en Polonia no es lo mismo una cosa que otra) entre 2005 y 2010.

En los años que el partido estuvo apartado del poder, los líderes de Ley y Justicia, así como muchos de sus partidarios y promotores, poco a poco fueron adoptando una serie de ideas distintas, no solo xenófobas y paranoicas, sino también abiertamente autoritarias. Para ser justos con el electorado, hay que decir que no todo el mundo fue consciente de ello: en 2015, Ley y Justicia hizo una campaña muy moderada contra un partido de centroderecha que llevaba ocho años en el poder —mi esposo fue miembro de aquel Gobierno, aunque dimitió antes de las elecciones— y que en el último año había estado liderado por un primer ministro débil y mediocre. Resulta comprensible que los polacos quisieran un cambio.

Pero cuando Ley y Justicia ganó las elecciones de 2015 por una ligera mayoría, su radicalismo se hizo evidente. De entrada, el nuevo Gobierno violó la Constitución al nombrar a nuevos jueces para el Tribunal Constitucional sin respetar el procedimiento debido. Más tarde utilizó una estrategia igualmente inconstitucional en un intento de influir en el Tribunal Supremo de Polonia, y redactó una ley diseñada para castigar a los jueces cuyos veredictos contradijeran la política del Gobierno. Ley y Justicia

asumió el control de la emisora pública estatal —otra flagrante violación de la Constitución—, tras lo cual despidió a varios populares presentadores y reporteros experimentados. Sus sustitutos, reclutados entre la extrema derecha de los medios digitales, empezaron a difundir sin reparo propaganda del partido gobernante, salpicada de mentiras fácilmente refutables, a expensas de los contribuyentes.

Las instituciones públicas fueron otro de sus objetivos. Una vez en el poder, Ley y Justicia despidió a miles de funcionarios y los sustituyó por incondicionales del partido, primos y otros familiares de incondicionales del partido. Despidieron a generales del ejército con años de costosa formación en academias occidentales, así como a diplomáticos con experiencia y conocimiento de idiomas. Una a una, también destruyeron las instituciones culturales. El Museo Nacional perdió a su excelente director en funciones, un conservador de arte internacionalmente respetado, que fue reemplazado por un oscuro académico sin experiencia en museos y cuya primera decisión importante fue desmantelar la exposición de arte moderno y contemporáneo del museo. Dimitiría al cabo de un año, dejando el museo sumido en un auténtico caos. El director del Museo de Historia de los Judíos Polacos —una institución única en Europa, inaugurada a bombo y platillo solo unos años antes— fue suspendido de su puesto sin ninguna explicación, dejando horrorizados a los patrocinadores del museo dentro y fuera del país. Muchos otros sucesos parecidos no llegaron a los titulares. Una amiga nuestra, por ejemplo, perdió su trabajo en otra institución pública tras haber completado un gran número de proyectos con gran rapidez al parecer su nuevo y poco cualificado director la percibía como una amenaza.

El propósito de todo esto resultaba bastante descarado. El objetivo de aquellos cambios no era que el Gobierno funcionara mejor, sino hacer que

fuera más partidista y, al mismo tiempo, que los tribunales fueran más dóciles, más dependientes del partido; o quizá deberíamos llamarlo, como hicimos una vez, el Partido con mayúsculas.

No tenían autoridad para hacer eso: Ley y Justicia fue elegido con un porcentaje de votos que le permitía gobernar, pero no cambiar la Constitución. De modo que, para justificar su violación de la ley, el partido dejó de utilizar argumentos políticos corrientes y empezó, en cambio, a identificar enemigos existenciales. Algunos ya eran viejos conocidos. Después de dos décadas de intensas conversaciones y de reconciliación entre polacos y judíos —después de miles de libros, películas y conferencias, y de la construcción de aquel espectacular museo—, el Gobierno adquirió notoriedad internacional tras adoptar una ley que restringía el debate público sobre el Holocausto. Aunque a la larga se vería obligado a modificar la ley por las presiones estadounidenses, la iniciativa disfrutó de un amplio apoyo entre la base ideológica del partido: los periodistas, escritores y pensadores, entre ellos algunos de los invitados a nuestra fiesta de Nochevieja, que aseguraban que había fuerzas antipolacas que conspiraban para culpar a Polonia, no a Alemania, de lo de Auschwitz. Más tarde, el partido también se involucró en una absurda disputa con el Gobierno israelí, una polémica que parecía diseñada para atraer tanto a los airados votantes nacionalistas de Ley y Justicia en Polonia como a los airados votantes nacionalistas de Benjamin Netanyahu en Israel.

Pero había también enemigos nuevos. Tras un breve periodo dedicado a atacar a los inmigrantes islámicos —algo difícil en un país en el que casi no hay inmigrantes islámicos—, el partido pasó a centrar su ira en los homosexuales. Un semanario nacional, *Gazeta Polska* —dos de cuyos periodistas más prominentes estuvieron en nuestra fiesta de Nochevieja—, imprimió pegatinas que rezaban «Zona libre de LGTB» para que sus

lectores las pusieran en las puertas y ventanas de sus casas. En octubre de 2019, en vísperas de otras elecciones parlamentarias, la televisión pública emitió un documental titulado *Invasión* en el que se describía el «plan LGTB» secreto para socavar Polonia.[1] La Iglesia católica polaca, que antaño fue una institución neutral y un símbolo apolítico de unidad nacional, comenzó a promover temas similares. El actual arzobispo de Cracovia —título previamente ostentado por Karol Wojtyła, el papa Juan Pablo II— pronunció un sermón en el que calificaba a los homosexuales como una «plaga» con los colores del arco iris que había venido a reemplazar a la «plaga roja» del comunismo.[2] Su sermón, aplaudido por el Gobierno polaco, sería eliminado más tarde de YouTube por los moderadores de la plataforma, argumentando que constituía una incitación al odio.

Esta secuencia de acontecimientos hace que actualmente a mí y a algunos de mis invitados de aquella fiesta de Nochevieja nos resulte difícil hablar de nada en absoluto. Por ejemplo, no he mantenido ni una sola conversación con Ania Bielecka, antaño una de mis mejores amigas —y madrina de uno de mis hijos— desde que me telefoneara histérica en abril de 2010, un par de días después de que un avión que transportaba al entonces presidente se estrellara cerca de la ciudad rusa de Smolensk (un tema al que volveremos enseguida). Bielecka es una arquitecta entre cuyos otros amigos se incluyen, o en cualquier caso solían incluirse, algunos de los artistas más conocidos de su generación; también disfruta, o solía disfrutar, de las exposiciones de arte contemporáneo, e incluso había viajado algunas veces a la Bienal de Venecia solo por placer. En cierta ocasión me dijo que disfrutaba viendo al público de la Bienal —todas aquellas mujeres de aspecto bohemio con sus elaborados atuendos— tanto como de las propias exposiciones. Pero en los últimos años se ha acercado a Jarosław

Kaczynski, líder de Ley y Justicia y hermano gemelo del difunto presidente. Ahora organiza regularmente almuerzos para Kaczynski en su casa —es una gran cocinera— y conversa con él acerca de a quién debería nombrar miembro de su gabinete. Me han dicho que el ministro de Cultura, el artífice del ataque a los museos polacos, fue una propuesta suya. Intenté verla hace un par de años en Varsovia, pero ella se negó. «¿Y de qué íbamos a hablar?», me escribió en un mensaje de texto, y luego guardó silencio.

Otro de nuestros invitados aquella noche, la mujer que disparó al aire, acabó separándose de su marido británico. Su excentricidad se ha transformado en otra cosa, y ahora parece dedicarse a hacer de trol en internet a tiempo completo, promoviendo con fanatismo toda una serie de teorías conspiranoicas, muchas de ellas virulentamente antisemitas. Tuitea sobre la responsabilidad judía en el Holocausto; en cierta ocasión publicó la imagen de una pintura medieval inglesa que representa a un niño supuestamente crucificado por judíos, junto con el comentario: «¡Y se sorprendieron de que los expulsaran!», que hacía referencia a la expulsión de los judíos de Gran Bretaña en 1290. Sigue y amplifica a las principales figuras de la «derecha alternativa» estadounidense, cuyo lenguaje repite y promueve.

Un tercer invitado, la periodista Anita Gargas, ha pasado la última década investigando, una y otra vez, una serie de teorías conspiranoicas relacionadas con la muerte del presidente Lech Kaczynski en el accidente aéreo de Smolensk, postulando en cada ocasión una explicación distinta.[3] Trabaja en *Gazeta Polska*, el semanario que distribuía las pegatinas anti-LGTB. Un cuarto invitado, Rafał Ziemkiewicz, se ha hecho célebre como un manifiesto detractor de la comunidad judía internacional. Se refiere a los judíos como «avaros» y «sarnosos»,[4] llama «chantajistas» a las organizaciones judías,[5] y lamenta haber apoyado en el pasado a Israel.[6]

La notoriedad obtenida gracias a ese lenguaje parece haber reforzado la que hasta entonces había sido una vacilante carrera, y ahora sale con frecuencia en la televisión pública, controlada por el partido.

Me he enterado de que algunos de esos antiguos amigos están distanciados de sus hijos debido a sus opiniones políticas. En un par de casos, el distanciamiento es profundo. Uno de ellos, aunque profundamente comprometido con un partido político con una agenda abiertamente homófoba, tiene un hijo gay. Pero también eso es habitual, dado que estas escisiones dividen a las familias tanto como a los grupos de amigos. Tenemos un vecino cerca de Chobielin cuyos padres escuchan una emisora de radio progubernamental y católico-conspiranoica llamada Radio Maryja. Repiten sus mantras, y adoptan a sus mismos enemigos. «He perdido a mi madre —me decía mi vecino—. Vive en otro mundo.»

Para revelar aquí plenamente mi situación, debo explicar que parte de ese pensamiento conspiranoico va dirigido hacia mí. Durante año y medio, mi esposo fue ministro de Defensa de Polonia en un Gobierno de coalición liderado por Ley y Justicia durante su primera y breve experiencia en el poder. Posteriormente rompió con el partido, y durante siete años fue ministro de Exteriores en otro Gobierno de coalición, esta vez liderado por el partido de centroderecha Plataforma Cívica. En 2019 se presentó como candidato al Parlamento Europeo y obtuvo un escaño, aunque en la actualidad no figura entre los líderes de la oposición política.

He estado viviendo en Polonia de forma intermitente desde 1988, con largos periodos en Londres y Washington, escribiendo libros de historia y trabajando como periodista para periódicos británicos y estadounidenses. Eso me convierte en una exótica esposa política para los estándares polacos, aunque hasta 2015 la mayoría de la gente sentía solo curiosidad por mí en lugar de ira. Nunca había experimentado de forma directa ningún

sentimiento antisemita, nunca había sentido la menor hostilidad; cuando publiqué un libro de cocina polaca —con la intención, entre otras cosas, de desmontar los estereotipos negativos sobre Polonia en el extranjero—, la reacción que se produjo en el país, incluso entre los propios chefs polacos, fue en gran medida positiva, aunque un tanto perpleja. También intenté con todas mis fuerzas mantenerme al margen de la política, evitando sobre todo a la televisión polaca excepto para hablar de mis libros.

Pero tras la victoria electoral de Ley y Justicia empezaron a aparecer artículos negativos sobre el Gobierno publicados en el extranjero, y me echaron a mí la culpa. Aparecí en la portada de dos revistas favorables al régimen, *wSieci*[7] y *Do Rzeczy*[8] (en ambas trabajan antiguos amigos nuestros), como la clandestina coordinadora judía de la prensa internacional y orquestadora encubierta de su información negativa sobre Polonia; una de ellas inventó detalles sobre mi familia para que pareciera más siniestra. Se emitieron noticias similares en el informativo vespertino de la televisión pública, junto con otra historia inventada acerca de cómo el Partido Ley y Justicia hizo que me despidieran de un trabajo que nunca tuve.[9] Con el tiempo dejaron de escribir sobre mí: la información negativa de la prensa internacional sobre Polonia finalmente llegó a ser demasiado generalizada para que una sola persona —incluso una sola persona judía— pudiera coordinarla por sí sola, aunque, lógicamente, el tema reaparece de vez en cuando en las redes sociales. Durante la campaña electoral europea de mi esposo, a algunos de los miembros de su equipo les hicieron más preguntas sobre mí y mi «actividad antipolaca» que sobre él mismo. Me guste o no, pues, soy parte de esta historia.

Cuando empezó todo esto experimenté una especie de *déjà vu*. Recordé haber leído un famoso diario personal que el escritor rumano Mihail Sebastian llevó desde 1935 hasta 1944. En él relataba la crónica de un

cambio aún más extremo producido en su propio país. Como yo, Sebastian era judío, aunque no religioso; como en mi caso, la mayoría de sus amigos se situaban en la derecha política. En el diario describía cómo, uno a uno, se habían sentido atraídos por la ideología fascista del mismo modo que un grupo de polillas se precipita irremisiblemente hacia una llama. Describía la arrogancia y la confianza en sí mismos que habían adquirido sus amigos cuando dejaron de identificarse como europeos —admiradores de Proust, aficionados a viajar a París— para, en cambio, pasar a autocalificarse como rumanos «de sangre y tierra». Les escuchaba mientras derivaban hacia un pensamiento conspiranoico o se volvían despreocupadamente crueles.

Personas a las que conocía desde hacía años le insultaban en la cara y luego actuaban como si nada hubiera pasado. «¿Es posible la amistad —se preguntaba en 1937— con personas que tienen en común toda una serie de ideas y sentimientos ajenos, tan ajenos que basta con que yo entre por la puerta para que de repente se queden callados por la vergüenza y el embarazo?»[10] En una novela autobiográfica que escribió al mismo tiempo, el narrador le ofrece su amistad a un viejo conocido de quien ahora le ha distanciado la política. «No, te equivocas —le responde este—. Nosotros dos no podemos ser amigos. Ni ahora ni nunca. ¿No percibes el olor de la tierra que emana de mí?»[11]

No estamos en 1937. Sin embargo, en mi propio tiempo se está produciendo una transformación paralela, tanto entre los pensadores, escritores, periodistas y activistas políticos de Polonia, un país en el que he vivido durante tres décadas, como en el resto de las sociedades de eso que hemos dado en llamar Occidente. Y en todas partes esta transformación se está produciendo sin la excusa de una crisis económica como la que sufrieron Europa y Norteamérica en las décadas de 1920 y 1930. La recesión de 2008-2009 fue grave, pero a pesar de ello había retornado el

crecimiento, al menos hasta la pandemia de coronavirus. La crisis de los refugiados de 2015-2016 fue una conmoción, pero luego remitió. En 2018 habían dejado de llegar a Europa un gran número de refugiados de África del Norte y Oriente Próximo gracias a los acuerdos concertados con Turquía por la Unión Europea y sus principales representantes políticos.

Sea como fuere, las personas sobre las que escribo en este libro no se han visto afectadas por ninguna de esas crisis. Quizá no todas hayan tenido tanto éxito como les habría gustado, pero no son pobres ni viven en medios rurales. No han perdido su empleo por culpa de trabajadores migrantes. Los que viven en Europa oriental no son víctimas de la transición política desde 1989, ni de la política en ningún aspecto. Los que viven en Europa occidental no forman parte de una clase marginal empobrecida ni viven en aldeas olvidadas. Los que viven en Estados Unidos no habitan en comunidades devastadas por los opioides, ni pasan mucho tiempo en restaurantes baratos de comida rápida; de hecho ni encajan en ninguno de los ociosos estereotipos utilizados para describir a los votantes de Trump, incluyendo algunos de los que han inventado ellos mismos. Por el contrario, se han formado en las mejores universidades, a menudo hablan otras lenguas, viven en grandes ciudades —Londres, Washington, Varsovia, Madrid...— y suelen viajar al extranjero, como hacían los amigos de Sebastian en la década de 1930.

Entonces ¿qué ha provocado esta transformación? ¿Es que algunos de nuestros amigos siempre han sido autoritarios encubiertos? ¿O las personas con las que brindamos en los primeros minutos del nuevo milenio han cambiado de alguna manera en las dos décadas que siguieron?

No hay una explicación única, y no voy a ofrecer aquí ni una gran teoría ni una solución universal. Pero sí hay un tema de fondo: dadas las condiciones adecuadas, cualquier sociedad puede dar la espalda a la

democracia. De hecho, si nos hemos de guiar por la historia, a la larga todas nuestras sociedades lo harán.

Los antiguos filósofos siempre tuvieron dudas sobre la democracia. Platón temía las «falsas y jactanciosas palabras» del demagogo, y sospechaba que la democracia podía no ser más que un punto de partida en el camino hacia la tiranía.[12] Los primeros defensores estadounidenses del Gobierno republicano también eran conscientes del reto que un líder corrupto podía representar para la democracia, y reflexionaron mucho sobre la forma de crear instituciones capaces de oponerle resistencia. La Convención Constitucional de 1787 creó el colegio electoral como medio de garantizar que un hombre que tuviera lo que Alexander Hamilton denominaba «dotes para las bajas intrigas y las pequeñas artes de la popularidad» nunca pudiera convertirse en presidente de Estados Unidos.[13] Aunque a la larga se convertiría en un mero organismo de certificación desprovisto de auténtico poder —y, más recientemente, en un mecanismo que otorga una desproporcionada influencia a pequeños grupos de votantes de unos pocos estados—, en su origen el colegio electoral pretendía ser algo del todo distinto: se diseñó como una especie de junta de supervisión, un escogido grupo de legisladores y hacendados que se encargarían de elegir al presidente, rechazando la decisión popular en caso necesario, a fin de evitar los «excesos de la democracia».

Hamilton fue una de las muchas figuras de la Norteamérica colonial que leyeron una y otra vez la historia de Grecia y Roma, tratando de aprender a evitar que una nueva democracia se convirtiera en una tiranía. En su vejez, John Adams se dedicó a releer a Cicerón, el estadista romano que intentó detener el deterioro de la República romana, e incluso citó frases suyas en

varias cartas que escribió a Thomas Jefferson. Querían fundamentar la democracia estadounidense en el debate racional, la razón y la voluntad de negociación. Pero no se hacían ilusiones con respecto a la naturaleza humana: sabían que a veces los hombres podían sucumbir a las «pasiones», por utilizar el término, hoy algo obsoleto, que empleaban ellos; sabían que cualquier sistema político basado en la lógica y la racionalidad siempre corría el riesgo de sufrir un brote de irracionalidad.

En los tiempos modernos, sus sucesores han tratado de definir mejor esa irracionalidad y esas «pasiones», y de comprender quién podría sentirse atraído por un demagogo y por qué. Hannah Arendt, la primera teórica política que estudió el totalitarismo en profundidad, identificaba la «personalidad autoritaria» como un individuo radicalmente solitario que, «desprovisto de ningún otro vínculo social con la familia, amigos, camaradas o incluso meros conocidos, basa su percepción de tener un lugar en el mundo únicamente en su pertenencia a un movimiento, en su afiliación al partido».[14] Theodor Adorno, miembro de una generación de intelectuales que huyó de la Alemania nazi a Estados Unidos, investigó más a fondo esta idea. Influenciado por Freud, Adorno intentó encontrar el origen de la personalidad autoritaria en la primera infancia, o quizá incluso en una homosexualidad reprimida.

Más recientemente, Karen Stenner, una economista conductual que empezó a investigar los rasgos de personalidad hace dos décadas, ha argumentado que alrededor de una tercera parte de la población de cualquier país tiene lo que ella denomina «predisposición autoritaria», un término más útil que el de «personalidad» por cuanto resulta menos rígido. Esa predisposición autoritaria, una tendencia a favor de la homogeneidad y el orden, puede estar presente en alguien sin que por fuerza se manifieste; [15] su opuesta, la predisposición «libertaria», que favorece la diversidad y

la diferencia, también puede estar silenciosamente presente. La definición de «autoritarismo» de Stenner no es de naturaleza política, y no es lo mismo que el «conservadurismo». El autoritarismo es algo que atrae simplemente a las personas que no toleran la complejidad: no hay nada intrínseco «de izquierdas» o «de derechas» en ese instinto. Es meramente antipluralista; recela de las personas con ideas distintas, y es alérgico a los debates acalorados. Resulta irrelevante que quienes lo tienen deriven en última instancia su postura política del marxismo o del nacionalismo. Es una actitud mental, no un conjunto de ideas.

Pero los teóricos suelen omitir otro elemento crucial en el declive de la democracia y la forja de la autocracia. La mera existencia de personas que admiran a los demagogos o se sienten más cómodas en dictaduras no explica del todo por qué estos ganan elecciones. El dictador quiere gobernar, pero ¿cómo llega a aquella parte de la ciudadanía que siente lo mismo? El político antiliberal quiere socavar los tribunales para dotarse de más poder, pero ¿cómo persuade a los votantes para que acepten esos cambios? En la antigua Roma, César hizo que los escultores reprodujeran múltiples versiones de su imagen. Ningún autoritario contemporáneo puede triunfar sin el equivalente moderno: los escritores, intelectuales, panfletistas, blogueros, asesores de comunicación política, productores de programas de televisión y creadores de memes capaces de vender su imagen a la opinión pública. Los autoritarios necesitan a gente que promueva los disturbios o desencadene el golpe de Estado. Pero también necesitan a personas que sepan utilizar un sofisticado lenguaje jurídico, que sepan argumentar que violar la Constitución o distorsionar la ley es lo correcto. Necesitan a gente que dé voz a sus quejas, manipule el descontento, canalice la ira y el miedo e imagine un futuro distinto. En otras palabras, necesitan a miembros de la élite culta e intelectual que les ayuden a librar

una guerra contra el resto de la élite culta e intelectual, aunque este último grupo incluya a sus compañeros de universidad, sus colegas y sus amigos.

En su libro *La trahison des clercs* —una obra publicada en 1927 cuyo título puede traducirse aproximadamente como «La traición de los eruditos» o de los «intelectuales»—, el ensayista francés Julien Benda observó y describió a las élites autoritarias de su época mucho antes de que nadie más fuera consciente de su importancia.[16] Anticipándose a Arendt, se centró no en las «personalidades autoritarias» como tales, sino más bien en las personas concretas que apoyaban un autoritarismo que, como él mismo podía ver, ya estaba adoptando formas tanto de izquierdas como de derechas en toda Europa. Benda describió a ideólogos tanto de extrema derecha como de extrema izquierda que pretendían fomentar ya fuera la «pasión de clase», en forma de marxismo soviético, o la «pasión nacional», en forma de fascismo, y acusó a ambos grupos de traicionar la labor esencial del intelectual, la búsqueda de la verdad, en favor de determinadas causas políticas concretas. Irónicamente, para designar a aquellos intelectuales venidos a menos utilizó la palabra *clerc*, un término que en francés también significa «escribiente» y, en su sentido propiamente etimológico, «clérigo». Diez años antes del Gran Terror de Stalin y seis de que Hitler llegara al poder, Benda ya temía que los escritores, periodistas y ensayistas reconvertidos en emprendedores políticos y propagandistas incitaran a civilizaciones enteras a ejecutar actos de violencia. Y, en efecto, eso sería lo que ocurriría.

En caso de producirse, la caída de la democracia liberal en nuestra época no se parecerá a lo que sucedió en las décadas de 1920 o 1930. Aun así, para que triunfe necesitará a una nueva élite, una nueva generación de *clercs*. La desintegración de la idea de Occidente, o de lo que a veces se denomina «el orden liberal occidental», necesitará pensadores,

intelectuales, periodistas, blogueros, escritores y artistas que socaven nuestros valores actuales y luego diseñen el nuevo sistema. Puede que procedan de distintos orígenes: en la definición original de Benda, los *clercs* incluían tanto a ideólogos de derechas como de izquierdas. Ambos siguen todavía entre nosotros. Hay, sin lugar a dudas, cierta sensibilidad autoritaria presente en toda una generación de agitadores universitarios de extrema izquierda que pretenden dictar cómo pueden enseñar los profesores y qué pueden decir los estudiantes. Está presente en los instigadores de masas de Twitter que tratan de derribar tanto a personajes públicos como a personas normales y corrientes por violar códigos discursivos no escritos. Estaba presente entre los intelectuales reconvertidos en asesores de comunicación política del Partido Laborista británico que impidieron que se cuestionara el liderazgo de Jeremy Corbyn, incluso cuando quedó claro que su agenda de extrema izquierda contaría con el rechazo del país. Y estaba presente entre los activistas laboristas que primero negaron y luego minimizaron el antisemitismo que se estaba extendiendo dentro del partido.

Pero aunque el poder cultural de la izquierda autoritaria va en aumento, los únicos *clercs* modernos que han obtenido un auténtico poder *político* en las democracias occidentales —los únicos que actúan en el seno de gobiernos, participan en gobiernos de coalición e imparten su orientación a importantes partidos políticos— pertenecen a movimientos de lo que habitualmente llamamos «la derecha». Se trata, es cierto, de un tipo concreto de derecha, que poco tiene en común con la mayoría de los movimientos políticos etiquetados como tales desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Los conservadores británicos, los republicanos estadounidenses, los anticomunistas de Europa del Este, los democratacristianos alemanes y los gaullistas franceses provienen todos ellos de tradiciones distintas, pero, como grupo, están comprometidos —o

al menos lo estaban hasta hace poco— no solo con la democracia representativa, sino también con la tolerancia religiosa, la independencia del poder judicial, la libertad de prensa y de expresión, la integración económica, las instituciones internacionales, la alianza trasatlántica y la idea política de «Occidente».

La nueva derecha, por el contrario, no quiere conservar ni preservar nada de lo existente. En la Europa continental, la nueva derecha desdeña a la democracia cristiana, que utilizó su base política eclesiástica para cimentar y crear la Unión Europea tras la pesadilla de la Segunda Guerra Mundial. En Estados Unidos y Reino Unido, la nueva derecha ha roto con el obsoleto conservadurismo con minúscula —el conservadurismo burkeano—, sospechoso de cambiar rápidamente en todas sus formas. Aunque odia el término, la nueva derecha es más bolchevique que burkeana: son hombres y mujeres que quieren derrocar, sortear o socavar las instituciones existentes, destruir todo lo que existe.

Este libro trata sobre esa nueva generación de *clercs* y la realidad igualmente nueva que están creando, empezando por algunos a quienes conozco en Europa oriental, pasando luego a la historia —distinta, pero paralela— de Gran Bretaña, otro país con el que tengo profundos vínculos, y terminando en Estados Unidos, el lugar donde nací, con algunas paradas intermedias en otros lugares. Las personas aquí descritas van desde ideólogos nativistas hasta prominentes ensayistas políticos. Algunos de ellos escriben sofisticados libros; otros lanzan teorías conspiranoicas virales. Algunos están genuinamente motivados por los mismos temores, la misma ira y el mismo deseo profundo de unidad que motiva a sus lectores y seguidores; otros se han radicalizado tras sufrir airados choques con la izquierda cultural, o sienten repulsión por la debilidad del centro liberal. Algunos son cínicos y pragmáticos, y adoptan un lenguaje radical o

autoritario con la esperanza de que ello les acarree fama o poder; otros son apocalípticos, convencidos de que sus sociedades han fracasado y es necesario reconstruirlas, sea cual sea el resultado. Algunos son profundamente religiosos; otros disfrutan del caos, o pretenden fomentarlo, como preludio a la imposición de un nuevo orden. Todos ellos pretenden redefinir sus naciones, reescribir los contratos sociales y a veces alterar las reglas de la democracia para no perder nunca el poder. Alexander Hamilton nos advirtió contra ellos. Cicerón les combatió. Y algunos de ellos solían ser mis amigos.

2
Cómo ganan los demagogos

Monarquía, tiranía, oligarquía, democracia: todas estas formas de organizar las sociedades ya les resultaban familiares a Platón y Aristóteles hace más de dos mil años. Pero el Estado unipartidista antiliberal que hoy está presente en todas partes del mundo —piénsese en China, Venezuela o Zimbabue— no surgiría hasta 1917, cuando se desarrolló en Rusia de la mano de Lenin. En los manuales de ciencias políticas del futuro tal vez se recordará al fundador de la Unión Soviética no solo por sus ideas marxistas, sino también por ser el inventor de esta persistente forma de organización política. Es el modelo que utilizan hoy muchos de los autócratas del mundo.

A diferencia del marxismo, el Estado unipartidista antiliberal no es una filosófica política. Es un mecanismo para mantener el poder que funciona a las mil maravillas en compañía de múltiples ideologías. Y lo hace porque define con nitidez quién constituye la élite, ya sea política, cultural o financiera. En las monarquías de la Francia y Rusia prerrevolucionarias, el derecho a gobernar se asignaba a la aristocracia, que se definía por rígidos códigos de estirpe y etiqueta. En las democracias occidentales modernas, el derecho a gobernar se otorga, al menos en teoría, mediante diferentes formas de competencia: las campañas electorales y las votaciones, las pruebas meritocráticas que determinan el acceso a la enseñanza superior y la administración pública, y los mercados libres. También las jerarquías sociales obsoletas suelen desempeñar un papel más o menos preponderante, pero en Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia y, hasta hace poco, Polonia,

la mayoría de la gente solía dar por sentado que la competencia democrática era la forma más justa y eficiente de distribuir el poder. Deberían gobernar los políticos más convincentes y capaces. Las instituciones del Estado —la judicatura, la administración pública...— deberían estar en manos de personas cualificadas. Las disputas entre ellos deberían dirimirse en igualdad de condiciones a fin de garantizar un resultado justo.

El Estado unipartidista de Lenin se basó en otros valores distintos. Derrocó al orden aristocrático, pero no lo sustituyó por un modelo competitivo. El Estado unipartidista bolchevique no era meramente antidemocrático: era también anticompetitivo y antimeritocrático. Las plazas universitarias, los puestos relacionados con los derechos civiles o los cargos de responsabilidad en el Gobierno y la industria no se asignaban a los más trabajadores ni a los más capaces, sino a los más leales. Las personas progresaban no gracias a su aplicación o su talento, sino porque estaban dispuestas a plegarse a las normas del partido. Aunque esas normas eran distintas en diferentes momentos, mantenían su coherencia en ciertos aspectos. Por regla general, excluían a la antigua élite gobernante y a su descendencia, así como a los grupos étnicos considerados sospechosos. Por el contrario, favorecían a los hijos de la clase trabajadora, y sobre todo favorecían a las personas que profesaban en voz alta su fe en el partido, asistían a los mítines de este y participaban en las demostraciones públicas de entusiasmo. A diferencia de una oligarquía normal, el Estado unipartidista permite la movilidad ascendente: los auténticos creyentes pueden progresar, una perspectiva que resulta especialmente atractiva para aquellos a quienes el régimen o la sociedad anterior no habían permitido ascender. Arendt ya observaba en la década de 1940 la atracción que ejercía el autoritarismo en las personas que estaban resentidas o se sentían fracasadas, cuando escribía que el Estado unipartidista del peor tipo

«reemplaza de manera invariable a todos los talentos de primer orden, independientemente de sus simpatías, por necios y chiflados cuya falta de inteligencia y creatividad sigue siendo la mejor garantía de su lealtad».[1]

El menosprecio que sentía Lenin por la noción de un Estado neutral, unos funcionarios apolíticos y una mínima objetividad en los medios de comunicación constituía también una parte importante de su sistema unipartidista. Así, escribió que la libertad de prensa era en realidad una patraña;[2] se burlaba de la libertad de reunión como una «frase vacía»,[3] y en cuanto a la democracia parlamentaria en sí misma, no era más que «una máquina para la opresión de la clase obrera».[4] En el imaginario bolchevique, la prensa solo podía ser libre, y las instituciones públicas solo podían ser justas, una vez que estaban controladas por la clase trabajadora, siempre a través del partido.

La mofa que hace la extrema izquierda de las instituciones competitivas de la «democracia burguesa» y el capitalismo, su escepticismo con respecto a la posibilidad de un mínimo de objetividad en los medios de comunicación, la administración pública o la judicatura, también tiene desde hace tiempo una versión de derechas. El ejemplo habitual es la Alemania de Hitler. Pero hay muchos otros, que van desde la España de Franco hasta el Chile de Pinochet. El *apartheid* de Sudáfrica fue en la práctica un Estado unipartidista que corrompió a su prensa y a su judicatura para excluir a los negros de la vida política y promover los intereses de los afrikáners, sudafricanos blancos descendientes principalmente de colonos neerlandeses que no lograban medrar en la economía capitalista creada por el Imperio británico.

Es cierto que en la Sudáfrica del *apartheid* había otros partidos. Pero un Estado unipartidista no es necesariamente un Estado sin partidos de oposición. Aunque el Partido Comunista de Lenin y el Partido Nazi de

Hitler arrestaron y asesinaron a sus oponentes, hay muchos ejemplos de estados unipartidistas —algunos de ellos bastante crueles— que permitieron cierta oposición limitada, aunque solo fuese de cara a la galería. Entre 1945 y 1989, muchos de los partidos comunistas de Europa del Este permitieron a sus oponentes —partidos campesinos, seudodemocratacristianos, o, en el caso de Polonia, un pequeño partido católico— desempeñar algún papel en el Estado, en unos «Parlamentos» amañados o en la vida pública. En las últimas décadas ha habido muchos ejemplos —desde el Túnez de Ben Ali hasta la Venezuela de Hugo Chávez— de estados unipartidistas *de facto* que controlaban las instituciones estatales y limitaban la libertad de asociación y expresión, pero en cambio permitían que existiera una oposición simbólica, siempre que dicha oposición no supusiera una amenaza real para el partido gobernante.

Esta forma de dictadura blanda no requiere una violencia masiva para mantener el poder. Lejos de ello, opera apoyándose en un cuadro de élites que dirigen la burocracia, los medios de comunicación públicos, los tribunales y, en algunos lugares, las empresas de titularidad pública. Esos modernos *clercs* entienden muy bien su papel, que consiste en defender a los líderes por más deshonestas que sean sus declaraciones, por más extendida que sea su corrupción y por más desastroso que resulte su impacto en las instituciones y en la gente corriente. A cambio, saben que serán recompensados y promocionados. Los más estrechos colaboradores del líder del partido pueden llegar a hacerse muy ricos y obtener lucrativos contratos, o puestos en los consejos de administración de las empresas públicas, sin tener que competir por ellos. Otros pueden contar con un salario público, además de protección frente a potenciales acusaciones de corrupción o incompetencia: por muy mal que lo hagan, no perderán su trabajo.

En todo el mundo existen numerosas versiones distintas del Estado unipartidista antiliberal, desde la Rusia de Putin hasta las Filipinas de Duterte. En Europa hay muchos partidos con aspiraciones antiliberales, algunos de los cuales han llegado a formar parte de gobiernos de coalición, por ejemplo en Italia y Austria. Pero en el momento de escribir estas líneas solo dos de esos partidos antiliberales tienen el monopolio del poder: Ley y Justicia, en Polonia, y el partido Fidesz de Viktor Orbán, en Hungría. Ambos han dado grandes pasos con miras a la destrucción de las instituciones independientes y, como resultado, ambos han colmado de prebendas a sus miembros. Ley y Justicia no solo modificó la ley de la función pública para facilitar el despido de profesionales y la contratación de incondicionales del partido, además sustituyó a los directivos de varias empresas públicas polacas. Personas con experiencia en la gestión de grandes empresas fueron reemplazadas por miembros del partido, junto con sus amigos y parientes. Un caso típico es el de Janina Goss, una ferviente productora de mermeladas y conservas, y antigua amiga de Kaczynski, a quien en un momento dado el primer ministro pidió prestada una cuantiosa suma de dinero para pagarle un tratamiento médico a su madre. Goss solo había ejercido algunos cargos de bajo nivel en el partido, pero luego fue nombrada miembro del consejo de administración de Polska Grupa Energetyczna, la mayor compañía eléctrica de Polonia, que da trabajo a cuarenta mil personas. En Hungría, el yerno de Viktor Orbán es un personaje igualmente rico y privilegiado. Fue acusado de defraudar a la Unión Europea, pero nunca se realizó ninguna investigación: el Estado húngaro retiró los cargos en su contra.

Se pueden dar muchos nombres a este tipo de comportamiento: nepotismo, clientelismo estatal, corrupción... Pero, si se quiere, también se puede describir en términos positivos, por cuanto representa el fin del

odioso predominio de la meritocracia, la competencia política y el libre mercado, principios que, por definición, nunca han beneficiado a las personas de poco éxito. Un sistema amañado y poco competitivo suena mal si queremos vivir en una sociedad dirigida por personas de talento; pero si ese no es nuestro principal interés, ¿qué hay de malo en ello?

Si uno cree, como creen actualmente muchos de mis antiguos amigos, que Polonia estará mejor si la gobiernan personas que proclaman a voz en grito cierta clase de patriotismo, personas que son leales al líder del partido, personas que resultan ser —en palabras del propio Kaczynski— un «mejor tipo de polaco», entonces un Estado unipartidista es en realidad *más* justo que una democracia competitiva.[5] ¿Por qué habría que permitir que diferentes partidos compitan en igualdad de condiciones si solo uno de ellos merece gobernar? ¿Por qué se debería permitir que las empresas compitan en un mercado libre si solo algunas de ellas son leales al partido y, por lo tanto, merecen realmente la riqueza?

Este impulso se ve reforzado, en Polonia como en Hungría y muchos otros antiguos países comunistas, por la percepción generalizada de que las normas que rigen la competencia están viciadas debido a que las reformas de la década de 1990 —cuando la privatización masiva y la imposición de las pautas del libre mercado vinieron a transformar la economía— permitieron a demasiados excomunistas reconvertir su poder político en poder económico. Tanto Orbán como Kaczynski suelen calificar a sus oponentes de «comunistas», e incluso ganan admiradores extranjeros al hacerlo. En el caso de Orbán, sus principales adversarios, al menos en la primera parte de su trayectoria política, eran ciertamente excomunistas —rebautizados ahora como «socialistas»—, por lo que el calificativo tenía un cierto poder.

Pero en ambos países, esa apelación al «anticomunismo», que tan

importante parecía hace un cuarto de siglo, se revela hoy pobre y superficial. Al menos desde 2005, Polonia ha estado liderada únicamente por presidentes y primeros ministros cuyas biografías políticas se iniciaron en el movimiento anticomunista Solidaridad. Los principales rivales de Kaczynski están en el centroderecha liberal, no en la izquierda. Y tampoco es que en Polonia haya un poderoso monopolio empresarial excomunista, al menos no a nivel nacional, donde mucha gente ha ganado dinero sin necesidad de tener especiales conexiones políticas. De hecho, el excomunista más prominente en la política polaca es Stanisław Piotrowicz, antiguo fiscal comunista en la era de la ley marcial y actualmente magistrado del Tribunal Constitucional designado por Ley y Justicia. Como cabría esperar, Piotrowicz es un gran enemigo de la independencia judicial. Orbán también designa habitualmente a excomunistas para ocupar altos cargos. El «anticomunismo» de ambos gobiernos es, pues, solo otra forma de hipocresía.

Pese a ello, las sombrías advertencias sobre la influencia del «comunismo» conservan plenamente su atractivo para los ideólogos de derechas de mi generación. En el caso de algunos de ellos, parecen explicar sus fracasos personales o simplemente su mala suerte. No todos los que fueron disidentes en la década de 1970 llegaron a convertirse en primeros ministros, escritores de éxito o respetados intelectuales públicos después de 1989, y para muchos esto constituye un motivo de ardiente resentimiento. Si uno cree que merece gobernar, tendrá una fuerte motivación para atacar a la élite e intentar influir en los tribunales y manipular a la prensa con el fin de lograr sus ambiciones. El resentimiento, la envidia y sobre todo la creencia de que el «sistema» es injusto —no solo para el país, sino también para uno mismo— son sentimientos predominantes entre los ideólogos

nativistas de la derecha polaca, hasta el punto de que no resulta fácil distinguir sus propios motivos personales y políticos.

Ciertamente, eso fue lo que aprendí de la historia de Jacek Kurski, director de la televisión pública polaca y principal ideólogo del futuro Estado unipartidista. Empezó en el mismo lugar y al mismo tiempo que su hermano, Jarosław Kurski, que dirige el mayor y más influyente de los periódicos liberales polacos. Aunque nacidos en el seno de la misma familia, ambos creen en dos ideas de Polonia muy distintas. Son las caras de la misma moneda polaca.

Para entender a los hermanos Kurski, es importante entender primero de dónde vienen: la ciudad portuaria de Gdansk, en el Báltico, donde las grúas de los astilleros se ciernen como gigantescas cigüeñas sobre las antiguas fachadas hanseáticas. Los Kurski alcanzaron allí la mayoría de edad a principios de la década de 1980, cuando Gdansk era a la vez el centro de la actividad anticomunista polaca y una ciudad destartalada y estancada, un lugar donde la intriga y el aburrimiento se contaban por partes iguales.

En aquel momento y en aquel lugar concretos, la familia Kurski ocupaba una posición destacada. Anna Kurska era abogada y juez, además de miembro muy activa del sindicato Solidaridad, la principal organización opositora de la época. La puerta de su casa siempre estaba abierta; la gente se acercaba por allí durante todo el día con la esperanza de discutir algún asunto legal urgente, o quizá recibir algún consejo. Luego se quedaban, charlaban, tomaban té, fumaban, volvían a tomar té y charlaban un rato más. En la Gdansk de la de la década de 1980 nadie telefoneaba para anunciar su visita con antelación. La gente no tenía teléfono o, si lo tenía, no confiaba en que no estuviera pinchado.

También los hijos de Anna se hicieron activistas. El senador Bogdan Borusewicz, uno de los activistas sindicales clandestinos más importantes de la época, me explicó que su escuela era ampliamente conocida por ser *zrewoltowane*, «rebelde», en abierta rebelión contra el sistema comunista. Jarosław representaba a su clase en el «parlamento» escolar, una iniciativa de la oposición; también formaba parte de un grupo que leía filosofía y literatura conservadora polaca. Jacek, un poco más joven, estaba menos interesado en la batalla intelectual contra el comunismo: más bien se consideraba a sí mismo un activista y un radical. Cuando en 1981 se declaró la ley marcial, poniendo fin así al breve periodo de existencia legal de Solidaridad, los dos hermanos fueron a manifestaciones, gritaron consignas y agitaron pancartas. Ambos trabajaron primero en el periódico escolar ilegal y luego en *Solidarnosc*, el periódico de oposición, también ilegal, de Solidaridad.

En octubre de 1989, Jarosław pasó a trabajar como secretario de prensa de Lech Wałesa, el líder de Solidaridad, quien tras la elección del primer Gobierno no comunista de Polonia, se sentía desalentado e ignorado, ya que en el caos creado por las reformas económicas revolucionarias y el rápido cambio político no parecía desempeñar ningún papel claro. Más tarde, a finales de 1990, Wałesa se presentó como candidato a la presidencia y ganó las elecciones, en parte movilizando a los sectores del electorado que se sentían frustrados por las concesiones que habían acompañado a la desintegración negociada del comunismo en Polonia, principalmente la decisión de no encarcelar a los antiguos líderes comunistas. La experiencia hizo que Jarosław descubriera que no le gustaba la política, sobre todo la política del resentimiento: «Pude ver de qué iba realmente eso de hacer política... horribles intrigas, búsqueda de trapos sucios, campañas difamatorias...».[6]

Aquella época marcó también su primer encuentro con Kaczynski, el futuro fundador de Ley y Justicia, de quien Jarosław me diría más tarde que era «un maestro en todo eso. En su pensamiento político no existe nada parecido a los accidentes... Si ha ocurrido algo, ha sido por las maquinaciones de algún extraño. Su palabra favorita es *conspiración*».(A diferencia de Jarosław, Jacek nunca llegó a hablar directamente conmigo. Un amigo común —tenemos varios— me dio su número de móvil privado; le envié un mensaje de texto, le llamé un par de veces y le dejé varios mensajes. Llamé de nuevo, y alguien al otro extremo de la línea soltó una carcajada cuando le dije mi nombre, lo repitió en voz alta y añadió: «Por supuesto, por supuesto», claro que el director de la televisión polaca me devolvería la llamada. Pero nunca lo hizo).

Finalmente, Jarosław dimitió y se incorporó a la *Gazeta Wyborcza*, un periódico fundado en 1989, en la época de las primeras elecciones relativamente libres de Polonia. En la nueva Polonia —me diría—, podía contribuir a construir algo, a crear una prensa libre, y eso era suficiente para él. Jacek, en cambio, fue justamente en la dirección opuesta. «Eres un idiota», le dijo a su hermano cuando supo que Jarosław había dejado de trabajar para Wałesa. Aunque todavía estaba en la escuela secundaria, Jacek ya se mostraba interesado por hacer carrera en política, e incluso le sugirió a su hermano que él podía ocupar su puesto, alegando que nadie se daría cuenta: «Antes estaba Jarek, y ahora está Jacek. ¿Quién iba a notar la diferencia?».

En palabras de su hermano, Jacek siempre se sintió «fascinado» por los hermanos Kaczynski, que desde un primer momento exhibieron sus dotes de confabuladores, intrigantes e inventores de teorías conspiranoicas. En cambio, no se mostraba especialmente interesado en toda la parafernalia del conservadurismo polaco, ni en los libros ni los debates que habían

cautivado a su hermano. Una amiga de ambos me dijo que no creía que Jacek tuviera absolutamente ninguna filosofía política real. «¿Es un conservador? No creo, al menos no en la definición estricta de conservadurismo. Es una persona que quiere estar en la cima.»[7] Y desde finales de la década de 1980 dirigiría hacía allí todos sus esfuerzos.

Serían justo la clase de emociones que no suelen recibir demasiada atención de los grandes teóricos políticos las que desempeñarían un papel más importante en lo que sucedería después. Jacek Kurski no es un conformista radicalmente solitario del tipo descrito por Hannah Arendt, ni tampoco encarna la banalidad del mal; no es un burócrata que se limita a cumplir órdenes. Nunca ha dicho nada juicioso ni interesante sobre el tema de la democracia, un sistema político que ni apoya ni denuncia. No es un ideólogo, ni un auténtico creyente: es un hombre que quiere el poder y la fama que siente que se le ha negado injustamente. Para entender a Jacek hay que mirar más allá de los manuales de ciencia política y estudiar, en cambio, a los antihéroes literarios. Podríamos reparar en el Yago de Shakespeare, que manipuló a Otelo jugando con su inseguridad y sus celos; o podríamos fijarnos en el Julien Sorel de Stendhal, que asesinó a su amante cuando esta se interpuso en el camino de su progreso personal.

Son el resentimiento, la venganza y la envidia, no la soledad radical, los elementos que configuran el telón de fondo de lo que sucedió a continuación. Jacek finalmente se volvió contra Wałesa, tal vez porque este último no le dio el puesto que creía que merecía. Se casó y se divorció; demandó varias veces al periódico de su hermano, y el periódico también lo demandó a él. Fue coautor de un libro de exaltada prosa, y también hizo un documental conspiranoico sobre las fuerzas secretas que se confabulaban contra la derecha polaca. Ambos proyectos le dieron un cierto prestigio

entre el grupo de personas que, como él, se sintieron injustamente excluidas del poder en los primeros veinticinco años de la Polonia poscomunista.

Jacek también estuvo afiliado en diferentes momentos a diversos partidos o facciones políticas, a veces bastante marginales y en otras ocasiones de carácter más centrista. Fue parlamentario durante un mandato en el que no dejó huella. También fue miembro del Parlamento Europeo, igualmente durante un mandato, y tampoco allí dejó huella. Llegó a especializarse en lo que se conoce como «relaciones públicas negativas» (o «negras», en su traducción literal del inglés). Es conocido el hecho de que ayudó a torpedear la campaña presidencial de Donald Tusk —que a la larga se convertiría en primer ministro de Polonia, y luego en presidente del Consejo Europeo— en parte difundiendo el falso rumor de que un abuelo suyo se había unido voluntariamente a la Wehrmacht, el ejército nazi. Cuando le preguntaron por aquella mentira, se dice que Jacek confesó a un pequeño grupo de periodistas que obviamente no era cierto, pero añadió: «ciemny lud to kupi», una frase que podría traducirse por «los ignorantes campesinos lo comprarán».[8] Bogdan Borusewicz, el legendario líder de Solidaridad, lo describe como una persona «sin escrúpulos».[9]

Aunque pasó varios años dedicado a la vida pública, Jacek no supo ganarse el elogio popular al que creía que tenía derecho como antiguo activista adolescente de Solidaridad. Y su hermano cree que eso supuso una gran decepción para él: «Toda su vida ha creído que se le debía una gran carrera... que sería primer ministro, que estaba predestinado a hacer algo grande. Pero el destino dictaba que fracasara una y otra vez... Llegó a la conclusión de que se trataba de una gran injusticia». La carrera de Jarosław, en cambio, se vio coronada por el éxito: llegó a ser miembro del *establishment* y director del que podría considerarse el periódico más importante del país.

En 2015, Kaczynski sacó a Jacek de la relativa oscuridad de la política marginal y lo nombró director de la televisión pública. Y al parecer, para Jacek esa sería la oportunidad de exorcizar sus frustraciones. Si el lector intenta imaginar qué ocurriría si una prestigiosa cadena de televisión como, por ejemplo, la BBC fuera absorbida por un sitio web conspiranoico como InfoWars, eso le dará una idea aproximada de lo que sucedió con Telewizja Polska, la cadena pública de Polonia, que cuenta con varios canales de radio y televisión, y además sigue siendo la principal fuente de información para una gran parte de la población polaca. La destrucción de los medios públicos perpetrada por Jacek era inconstitucional: a partir de 1989 se suponía que la televisión pública había de convertirse en una televisión políticamente neutral como la BBC. Pese a ello, fue una destrucción exhaustiva, la labor de un hombre impulsado por la necesidad de venganza.

Los periodistas más conocidos fueron despedidos y reemplazados por personas que habían trabajado para la prensa de extrema derecha, en los márgenes de la vida pública. Muy pronto los informativos abandonaron toda pretensión de objetividad o neutralidad. Lejos de ello, empezaron a dar noticias distorsionadas y a llevar a cabo extensas campañas difamatorias contra personas y organizaciones que no eran del agrado del partido gobernante. Aquellos ataques no solo eran desagradables, sino que al final resultarían letales. Durante meses y meses lanzaron una cruel y machacona campaña contra el popular alcalde de Gdansk, Paweł Adamowicz, acusándolo de toda clase de cosas, desde corrupción hasta traición. Y hubo alguien que les prestó oídos: el 13 de enero de 2019, un criminal recién liberado que había estado viendo la televisión pública en prisión saltó al escenario en el momento culminante de un concierto benéfico y le clavó un cuchillo en el pecho a Adamowicz. El alcalde murió al día siguiente.

Ni Kurski ni Kaczynski reconocerían jamás el papel que había

desempeñado la cadena en la radicalización del asesino. Todo lo contrario: lejos de disculparse, Telewizja Polska pasó a dirigir su veneno hacia otras personas, entre ellas la nueva alcaldesa de Gdansk, Alexandra Dulkiewicz, que ahora tiene que llevar guardaespaldas. El alcalde de Poznan, junto a varios otros, también ha recibido amenazas de muerte. En Polonia se ha roto el tabú contra la violencia política, y nadie está seguro de quién podría ser la próxima víctima.

Aun así, no ha habido marcha atrás, ni el menor reconocimiento de que el constante redoble de los tambores del odio podría alentar otro asesinato. La cadena ni siquiera intenta dar una mínima apariencia de equidad; no emplea a comentaristas neutrales, lejos de ello, incluso celebra su propia capacidad de manipular la realidad. En 2018 la cadena emitió un vídeo de una conferencia de prensa en el que se preguntaba al entonces líder del partido de la oposición, Grzegorz Schetyna, cuáles habían sido los logros de su partido durante sus ocho años de gobierno, de 2007 a 2015. En el vídeo se ve a Schetyna haciendo una pausa y frunciendo el ceño; luego la imagen se ralentiza y termina ahí. Es como si no tuviera nada que decir.[10]

En realidad, Schetyna estuvo hablando durante varios minutos sobre los grandes proyectos de construcción de carreteras que se habían llevado a cabo, las inversiones realizadas en el ámbito rural y los avances en política exterior. Pero ese vídeo manipulado —tan solo un ejemplo entre muchos otros— se consideró un éxito tal que durante varios días permaneció anclado en la cabecera de la cuenta de Twitter de Telewizja Polska. Bajo el gobierno de Ley y Justicia, la televisión pública no se limita a producir propaganda del régimen, sino que además deja bien patente que lo está haciendo. No solo retuerce y distorsiona la información, también se enorgullece del engaño.

Jacek, privado de respeto durante tantos años, finalmente obtuvo su

venganza. Aun después de que oficialmente dejara su puesto de director de la televisión —incluso para algunos miembros de su propio partido empezaba a pasarse de la raya—, sigue ocupando justo el sitio que él cree que debe ocupar: el centro de atención, el del radical que lanza cócteles Molotov a la multitud. Su frustración, nacida de su incapacidad para progresar en un sistema político que favorecía la racionalidad y la competencia, es cosa del pasado. El Estado unipartidista antiliberal se le ajusta perfectamente: cuanto más desagradable sea el sistema, más miedo inspirará él, y más poder tendrá. El comunismo ya no existe como el enemigo a batir. Pero se pueden encontrar enemigos nuevos. Su victoria sobre ellos lo hará aún más grande.

Desde Orwell hasta Koestler, los escritores europeos del siglo XX estaban obsesionados con la idea de la Gran Mentira, representada por los vastos constructos ideológicos del comunismo y el fascismo. Los carteles exigiendo lealtad al Partido o al Líder, los Camisas Pardas y los Camisas Negras marchando en formación, los desfiles con antorchas, la policía del terror... Todas aquellas forzadas manifestaciones de apoyo a Grandes Mentiras resultaban tan absurdas e inhumanas que hacía falta una prolongada violencia para imponerlas y la amenaza de dicha violencia para mantenerlas. Requerían una educación igualmente forzada, un control absoluto de toda la cultura, y la politización del periodismo, el deporte, la literatura y las artes.

Los movimientos políticos polarizadores de la Europa del siglo XXI, en cambio, exigen mucho menos de sus seguidores. No propugnan una ideología propiamente dicha y, por lo tanto, no necesitan violencia explícita ni policía del terror. Quieren que sus *clercs* los defiendan, pero no les

obligan a proclamar que lo negro es blanco, que la guerra es paz y que las granjas estatales han logrado aumentar en un mil por ciento su producción planificada. La mayoría de ellos no emiten propaganda que entre en conflicto con la realidad cotidiana. Y sin embargo, todos dependen, si no de una Gran Mentira, sí al menos de lo que el historiador Timothy Snyder me dijo en cierta ocasión que debería llamarse una «Mentira Mediana». Dicho de otro modo: todos ellos animan a sus seguidores a involucrarse, al menos durante una parte del tiempo, en una realidad alternativa. A veces esa realidad se ha desarrollado de una forma espontánea, aunque es más frecuente que se haya formulado minuciosamente con la ayuda de modernas técnicas de marketing, segmentación de audiencia y campañas en redes sociales.

Ni que decir tiene que los estadounidenses ya están familiarizados con las formas en que una mentira puede incrementar la polarización e inflamar la xenofobia: mucho antes de presentarse a la presidencia, Donald Trump entró en la política promoviendo lo que ha dado en llamarse *birtherism*, esto es, la falsa premisa de que el presidente Barack Obama no nació en Estados Unidos, una teoría conspiranoica cuyo poder se subestimó gravemente en aquel momento. Pero al menos en dos países europeos, Polonia y Hungría, hoy tenemos ejemplos de lo que sucede cuando una Mentira Mediana —una teoría conspiranoica— es propagada primero por un partido político como plataforma central de su campaña electoral, y luego por un partido gobernante, con toda la fuerza de un aparato estatal moderno y centralizado tras él.

En Hungría la mentira no tiene nada de original: es la creencia, hoy promovida por el Gobierno ruso entre muchos otros, en los poderes sobrehumanos de George Soros, el multimillonario judío húngaro que supuestamente está conspirando para destruir Hungría mediante la

importación deliberada de migrantes. Esta teoría, como muchas teorías conspiranoicas que han cuajado, se basa en una pizca de verdad: Soros sugirió en cierta ocasión que la Europa rica podría hacer un gesto humanitario y admitir a un mayor número de sirios con el fin de ayudar a las naciones más pobres de Oriente Próximo a afrontar la crisis de refugiados. Pero en Hungría —y en una miríada de sitios web europeos y estadounidenses de extrema derecha, supremacistas blancos e «identitarios»— la propaganda va mucho más allá: sugiere que Soros es el principal instigador de un complot judío deliberado para reemplazar a los europeos cristianos blancos —y en particular a los húngaros— por musulmanes de piel morena. Esos movimientos no perciben a los migrantes meramente como una carga económica o incluso como una amenaza terrorista, sino más bien como un reto existencial para la propia nación. En diversas ocasiones, el Gobierno húngaro ha impreso el rostro de Soros en carteles y folletos, así como en el suelo de los vagones de metro, con la esperanza de asustar así a los húngaros para que apoyen a sus gobernantes.

Polonia, al menos, cuenta una mentira singular. Es la teoría conspiranoica de Smolensk, que obsesiona a nuestra vieja amiga Anita Gargas y a tantos otros: la creencia de que un infame complot derribó el avión del presidente en abril de 2010. La historia posee una fuerza especial en Polonia porque el accidente tenía inquietantes ecos históricos. El presidente fallecido, Lech Kaczynski, se dirigía a un evento conmemorativo de la masacre de Katyn, una serie de asesinatos en masa perpetrados en 1940, cuando Stalin ordenó matar a más de veintiún mil oficiales polacos en lo que constituyó un ataque deliberado a lo que entonces era la élite del país. En el avión viajaban también docenas de altos mandos militares y políticos, muchos de ellos amigos míos. Mi esposo conocía a casi todos los que iban a bordo, incluidos los asistentes de vuelo.

El accidente desencadenó una gran oleada de emoción. El país se sumió en una especie de histeria, algo parecido a la locura que se apoderó de Estados Unidos tras el 11-S. Los presentadores de televisión llevaban corbatas negras en señal de luto; los amigos se congregaban en nuestro piso de Varsovia para hablar de cómo la historia se repetía en aquel oscuro y húmedo bosque ruso. Mis propios recuerdos de los días siguientes son confusos y caóticos. Me acuerdo de haber ido a comprar un traje negro para llevarlo en las ceremonias fúnebres; recuerdo a una de las viudas, tan frágil que apenas parecía capaz de mantenerse en pie, llorando en el funeral de su marido. Mi esposo, que había rechazado una invitación para acompañar al presidente en aquel viaje, se iba cada noche al aeropuerto para cuadrarse en señal de respeto mientras traían los ataúdes a casa.

Al principio la tragedia pareció unir a la gente; al fin y al cabo, en el avión viajaban políticos de todos los grandes partidos. Se celebraron funerales en todo el país. Incluso Vladímir Putin, entonces primer ministro ruso, pareció conmovido. La noche del accidente acudió a Smolensk para reunirse con Tusk, a la sazón el primer ministro polaco. Al día siguiente, uno de los canales de televisión con más espectadores de Rusia emitió *Katyn*, una emotiva película polaca de marcado carácter antisoviético dirigida por Andrzej Wajda, el más grande cineasta de Polonia. Nunca, ni antes ni después, se ha emitido nada parecido ni a tan gran escala en Rusia.

Pero al final el accidente no serviría para acercar a los polacos, como tampoco lo haría la investigación sobre sus causas.

Aquel mismo día ya había equipos de expertos polacos sobre el terreno. Hicieron todo lo posible por identificar los cuerpos; examinaron los restos, y una vez se encontró la caja negra, empezaron a transcribir la cinta de la cabina. La verdad, cuando empezó a revelarse, no reconfortó a Ley y Justicia ni a su líder, el hermano gemelo del fallecido presidente. El avión

había despegado con retraso; probablemente el presidente tenía prisa por aterrizar, dado que quería utilizar el viaje para lanzar su campaña para la reelección. Puede que la noche anterior hubiera estado despierto hasta tarde y bebiendo. Cuando los pilotos iniciaron la maniobra de aproximación se enteraron de que había una espesa niebla en Smolensk, que no disponía de aeropuerto propiamente dicho, sino solo una pista de aterrizaje en medio del bosque. Consideraron la posibilidad de desviar el avión, lo que habría supuesto un viaje de varias horas hasta el lugar de la ceremonia. Después de que el presidente hablara brevemente por teléfono con su hermano, al parecer sus asesores presionaron a los pilotos para que aterrizaran. Algunos de los asesores, incumpliendo el protocolo, entraron y salieron repetidas veces de la cabina durante el vuelo. También incumpliendo el protocolo, el jefe de la fuerza aérea fue a sentarse junto a los pilotos. «Zmiescisz sie smiało»: «Lo lograréis, sed valientes», les dijo. Segundos después, el avión chocó con las copas de varios abedules, dio la vuelta y se estrelló.

Parece que en un primer momento Jarosław Kaczynski creyó que el accidente se había debido a una avería. «Es culpa tuya y de los tabloides», le dijo a mi esposo, a quien le correspondió la horrible tarea de informarle del suceso. Con eso quería decir en realidad que era culpa del Gobierno, el cual, intimidado por el periodismo sensacionalista, se había negado a adquirir nuevos aviones. Pero al avanzar la investigación comprobó que los resultados no eran de su agrado: al avión no le pasaba nada.

Quizá, como tantas personas que se apoyan en teorías conspiranoicas para dar sentido a tragedias aleatorias, Kaczynski simplemente no podía aceptar que su amado hermano había muerto porque sí; o quizá no podía aceptar el hecho, aún más difícil, de que las pruebas parecían indicar que el presidente y su equipo, acaso inspirados por aquella llamada telefónica, habían forzado a aterrizar a los pilotos, iniciando así la secuencia de

acontecimientos que llevaría al accidente. Tal vez se sintiera culpable —el viaje había sido idea suya— o arrepentido. O quizá, como Donald Trump, se diera cuenta de que una teoría conspiranoica podía ayudarle a alcanzar el poder.

Del mismo modo que Trump utilizó la patraña sobre el lugar de nacimiento de Obama para avivar las sospechas del *establishment* aun antes de ser candidato, Kaczynski ha utilizado la tragedia de Smolensk para movilizar a sus seguidores, reclutar a nuevos partidarios en la extrema derecha y convencerles de que no deben confiar en el Gobierno ni en los medios de comunicación. En ocasiones ha dado a entender que el Gobierno ruso derribó el avión. Otras veces ha culpado de la muerte de su hermano al antiguo partido gobernante, ahora el principal partido de la oposición: «¡Vosotros lo destruisteis, lo asesinasteis, sois escoria!», gritó una vez en el Parlamento.[11]

Ninguna de sus acusaciones es cierta, y hasta cierto punto parece ser consciente de ello. Quizá para distanciarse un poco de las mentiras que era necesario contar, asignó la tarea de fomentar la teoría conspiranoica a uno de sus más antiguos y extraños camaradas. Antoni Macierewicz es de la misma generación de Kaczynski y anticomunista de toda la vida, aunque con algunas raras conexiones rusas y unos particulares hábitos. Su actitud reservada y sus obsesiones personales (por ejemplo, ha afirmado que considera que *Los protocolos de los sabios de Sión* es un documento cuya veracidad resulta probable) incluso llevaron al partido Ley y Justicia a hacer una promesa electoral en 2015: Macierewicz no sería en ningún caso el ministro de Defensa.

Pero tan pronto como el partido ganó las elecciones, Kaczynski rompió su promesa y nombró a Macierewicz precisamente para ese cargo. El nuevo ministro empezó de inmediato a institucionalizar la mentira de Smolensk.

Creó una nueva comisión de investigación integrada por un puñado de excéntricos, entre ellos un etnomusicólogo, un piloto retirado, un psicólogo, un economista ruso y otras personas sin experiencia alguna en accidentes aéreos. El anterior informe oficial fue eliminado del sitio web del Gobierno donde se había publicado. La policía irrumpió en los hogares de los expertos en aviación que habían testificado durante la primera investigación, los interrogó y les confiscó los ordenadores. Cuando Macierewicz viajó a Washington para reunirse con sus homólogos de Defensa en el Pentágono, lo primero que hizo fue preguntar si la inteligencia estadounidense tenía alguna información secreta sobre Smolensk. La reacción fue de inquietud generalizada por el estado mental del ministro.

Unas semanas después de las elecciones, cuando las instituciones europeas y los grupos de derechos humanos empezaron a reaccionar ante los actos del Gobierno de Ley y Justicia, se centraron en criticar el menoscabo de los tribunales y de los medios de comunicación públicos. Pero no prestaron demasiada atención a la institucionalización de la teoría conspiranoica de Smolensk que, francamente, resultaba demasiado extravagante para que la entendieran los foráneos. Y sin embargo, lo cierto es que la decisión de situar una fantasía en el centro de la política gubernamental inspiraría gran parte de lo que sucedería a continuación.

Aunque la comisión de Macierewicz no ha podido dar una explicación alternativa creíble del accidente, la mentira de Smolensk sentó las bases morales de otras mentiras posteriores. Quienes podían aceptar aquella elaborada teoría, podían aceptar cualquier cosa. Podían aceptar la promesa incumplida de no incluir a Macierewicz en el Gobierno. Podían aceptar —aunque Ley y Justicia es supuestamente un partido «patriótico» y antirruso— las decisiones de Macierewicz de destituir a muchos de los comandantes

militares de más alto rango del país, cancelar contratos de armamento, ascender a personas con vínculos rusos y atacar una instalación de la OTAN en Varsovia en plena noche. La mentira también proporcionó a la infantería de la extrema derecha una base ideológica para tolerar otros delitos. Con independencia de los errores que pudiera cometer el partido, de las leyes que pudiera infringir, al menos finalmente se contaría la «verdad» sobre Smolensk.

La teoría conspiranoica de Smolensk también sirvió a otro propósito: para una generación más joven que ya no recordaba el comunismo, y para una sociedad en la que los excomunistas habían desaparecido en gran medida de la política, ofrecía una nueva razón para desconfiar de los políticos, empresarios e intelectuales surgidos de las luchas de la década de 1990 que ahora lideraban el país. Aún más: ofrecía un medio para definir una élite nueva y mejor. No había necesidad de competencia ni de exámenes, no hacía falta tener un currículum lleno de logros. Cualquiera que profese su creencia en la mentira de Smolensk es por definición un auténtico patriota y, en consecuencia, está cualificado para ocupar un puesto en el Gobierno. Obviamente, Polonia no es el único país donde este sencillo mecanismo funciona.

El atractivo emocional de una teoría conspiranoica reside en su simplicidad. Explica fenómenos complejos, da razón del azar y los accidentes, ofrece al creyente la satisfactoria sensación de tener un acceso especial y privilegiado a la verdad. Para quienes se convierten en guardianes del Estado unipartidista, la repetición de esas teorías conspiranoicas también trae otra recompensa: el poder.

Mária Schmidt no estuvo en nuestra fiesta de Nochevieja, pero la

conozco casi desde esa época. Historiadora y autora de un valioso trabajo sobre el estalinismo húngaro, me fue de gran ayuda cuando también yo hube de escribir sobre ese mismo tema. Nos conocimos en 2002, cuando me invitó a la inauguración del Terror Háza —el museo Casa del Terror— de Budapest, que en cierta ocasión me otorgó un premio. El museo, que ella todavía dirige, explora la historia del totalitarismo en Hungría. Cuando abrió sus puertas era uno de los museos más innovadores de la mitad oriental de Europa.

El museo también ha sido objeto de duras críticas desde el primer día. A muchos visitantes no les gustaba la primera sala, que en una de sus paredes tiene un panel de televisores que emiten propaganda nazi, mientras en la pared opuesta otro panel de televisores emiten propaganda comunista. En 2002 todavía producía cierta conmoción ver que se comparaba a los dos regímenes, aunque probablemente hoy no produzca tanta. Otros consideraban que el museo no otorgaba suficiente peso y espacio a los crímenes del fascismo, aunque los comunistas gobernaron Hungría durante mucho más tiempo que los fascistas, por lo que hay más que exhibir al respecto. Personalmente me gustó que el museo intentara llegar a los más jóvenes con sus exposiciones de audio y vídeo, además de su uso inteligente de objetos. También me gustó que mostrara a húngaros normales y corrientes colaborando con ambos regímenes, lo que pensé que podría ayudar a sus descendientes a comprender que su país —como todos los países— debería asumir la responsabilidad de su propia política y su propia historia, evitando la estrecha trampa nacionalista de culpar de los problemas a los foráneos.

Sin embargo, esa es precisamente la estrecha trampa nacionalista en la que Hungría ha caído hoy. El tardío ajuste de cuentas del país con su pasado comunista —construcción de museos, celebración de funerales

conmemorativos, revelación del nombre de los verdugos...— no ha ayudado a cimentar el respeto por el Estado de derecho, como yo creí que haría. Por el contrario, dieciséis años después de la inauguración del Terror Háza, el partido gobernante de Hungría no respeta ningún límite. Ha ido aún más lejos que Ley y Justicia a la hora de politizar los medios de comunicación públicos y destruir los privados; esto último lo ha logrado amenazando, bloqueando el acceso a la publicidad y luego alentando a empresarios amigos a hacerse con la propiedad de aquellos medios debilitados por el acoso y la pérdida de ingresos. Además de una camarilla de ideólogos, el Gobierno húngaro, como el ruso, también ha creado una nueva élite empresarial leal a Orbán y que, en consecuencia, se beneficia de ello. Un empresario húngaro que prefirió permanecer en el anonimato me dijo que poco después de que Orbán llegara al Gobierno por primera vez, sus compinches del régimen le exigieron que les vendiera su empresa a bajo precio; cuando él se negó, realizaron contra él «inspecciones fiscales» y otras formas de hostigamiento, además de una campaña de intimidación que le obligó a contratar guardaespaldas. Finalmente, como tantos otros en la misma situación, este empresario vendió su empresa en Hungría y abandonó el país.

Como el Gobierno polaco, el Estado húngaro fomenta una Mentira Mediana: emite constantemente propaganda echando la culpa de los problemas de Hungría —incluido el coronavirus, frente al cual los hospitales del país se hallaban mal equipados para combatirlo— a los inexistentes inmigrantes musulmanes, a la Unión Europea y, una vez más, a George Soros. Pese a sus credenciales como opositora y sus logros intelectuales como historiadora, académica y directora de museo, Schmidt se cuenta entre los principales artífices de esa mentira. Periódicamente publica largas y airadas entradas en su blog en las que arremete contra

Soros, contra la Universidad Centroeuropea —fundada originariamente con el dinero de este último— y contra los «intelectuales de izquierdas», una expresión con la que parece referirse principalmente a los demócratas liberales, desde el centroizquierda hasta el centroderecha.

Su vida está llena de ironías y paradojas. La propia Schmidt era miembro de la oposición anticomunista, aunque no uno prominente. En cierta ocasión me contó una historia explicándome que en sus años universitarios todos los opositores al comunismo solían trabajar en la misma biblioteca de Budapest; en un momento dado alguien hacía una señal, todos se levantaban y se reunían para tomar un café. A partir de 1989 se convirtió en una de las principales beneficiarias de la transición política húngara: su difunto esposo ganó una fortuna en el mercado inmobiliario poscomunista, gracias a la cual vive en una casa espectacular en las colinas de Buda. Aunque ha dirigido una campaña publicitaria destinada a socavar la credibilidad de la Universidad Centroeuropea fundada por Soros, su propio hijo se ha graduado en dicha universidad. Y aunque sabe muy bien lo que sucedió en su país en la década de 1940, siguió punto por punto el manual de estrategia del Partido Comunista cuando se hizo cargo de *Figyeló´*, una revista húngara hasta entonces respetada: cambió a los redactores, echó a los reporteros independientes y los reemplazó por escritores progubernamentales fiables y leales.

Figyeló´ siguió siendo de «propiedad privada» y, por lo tanto, técnicamente independiente. Pero ya desde el principio no era difícil ver a quién apoyaba la revista. Un número en el que se atacaba a las ONG húngaras —la portada las identificaba visualmente con el Estado Islámico — también incluía una docena de páginas de anuncios pagados por el Gobierno que iban desde el Banco Nacional de Hungría hasta el Tesoro, pasando por la campaña oficial contra Soros financiada con dinero público.

Se trata de una reinvención moderna de la prensa progubernamental característica del Estado unipartidista, incluido el mismo tono cínico que antaño emplearan las publicaciones comunistas. Es como una versión húngara de la televisión pública polaca de Jacek Kurski: burlona, grosera y cruel. En abril de 2018 publicó una lista de los que calificaba de «mercenarios de Soros», los «traidores» que trabajaban para organizaciones que habían recibido donaciones suyas, convirtiéndolos así en objeto de agresión y desprecio.[12] En diciembre de ese mismo año sacó en la portada a András Heisler, el líder de la comunidad judía húngara, con un montón de billetes —billetes húngaros de veinte mil florines— flotando a su alrededor y sobre su imagen.

Schmidt accedió a hablar conmigo —después de llamarme «arrogante e ignorante»— solo si estaba dispuesta a escuchar sus objeciones a un artículo, sobre Hungría y otros temas, que yo había publicado en *The Washington Post*.[13] Pese a tan poco prometedora invitación, tomé un avión a Budapest, donde la conversación sincera que yo esperaba mantener se revelaría imposible. Schmidt habla un excelente inglés, pero me dijo que prefería utilizar un traductor, y trajo consigo a un joven de aspecto aterrorizado que, a juzgar por las transcripciones, omitió partes enteras de lo que ella decía. Y aunque me conoce desde hace casi dos décadas, dejó caer una grabadora sobre la mesa, lo que interpreté como un signo de desconfianza.

Luego procedió a repetir los mismos argumentos que había esgrimido en las entradas de su blog. Como su principal evidencia de que George Soros es el «dueño» del Partido Demócrata estadounidense, mencionó una emisión del programa *Saturday Night Live*. Como prueba de que Estados Unidos es «una acérrima potencia colonizadora de base ideológica», citó un discurso de Barack Obama en el que este había criticado a una fundación

húngara por proponer que se erigiera una estatua en homenaje a Bálint Hóman, el hombre que redactó las leyes antijudías de Hungría en las décadas de 1930 y 1940. Reiteró su afirmación de que la inmigración representa una grave amenaza para Hungría, y se molestó cuando le pregunté, varias veces, dónde estaban todos aquellos inmigrantes. «Están en Alemania», me espetó al fin. Obviamente, así es: los pocos inmigrantes de Oriente Próximo que lograron entrar en Hungría en 2016 no tenían el menor deseo de quedarse. En Hungría la inmigración es un problema imaginario, no real.

Schmidt es una persona susceptible y malhumorada: dice que se siente tratada con condescendencia, y no solo por mí. Recientemente el escritor Ivan Krastev ha descrito ese sentimiento, que él compara con la mentalidad «poscolonial».[14] Lejos de mostrar el menor entusiasmo —o el menor interés— por los valores universales que subyacen tras la democracia, a algunas personas, especialmente a algunos consumados intelectuales como Schmidt, hoy les resulta humillante haber tratado de imitar el proyecto democrático occidental en lugar de fundar algo original y propio. Al hablar conmigo, Schmidt utilizó justamente ese mismo lenguaje. Los medios de comunicación y los diplomáticos occidentales —me aseguró— «hablan desde arriba a los que están por debajo tal como solía ocurrir con las colonias». Cuando Mária oye hablar de antisemitismo, corrupción y autoritarismo, reacciona instintivamente con alguna versión de «eso no es asunto suyo».

Resulta irónico que Schmidt, que tanto tiempo dedica a criticar la democracia occidental, no ofrezca nada mejor o distinto como alternativa. Pese a consagrar sus esfuerzos a la singularidad de Hungría y al valor de la «hungaridad», Schmidt ha sacado una gran parte de su extremadamente poco original ideología del sitio web de derechas Breitbart News, incluida

la caricaturizada descripción de las universidades estadounidenses y las bromas burlonas sobre «lavabos transexuales». Pero en Hungría ya no queda izquierda cultural de la que hablar y, en cualquier caso, Orbán, que ha sometido la Academia de Ciencias húngara al control directo del Gobierno, aterrorizado a los intelectuales para imponerles silencio y forzado a la Universidad Centroeuropea a trasladase al extranjero, representa con mucho una amenaza mayor a la libertad académica que nadie de la izquierda de su país. Sé de al menos un grupo de académicos húngaros que decidieron no publicar un análisis electoral, por temor a perder su financiación o incluso su trabajo, en el que se demostraba que Fidesz había hecho trampa en los comicios. Aun así Mária prosigue su lucha contra la «izquierda» inexistente, e incluso invitó a Budapest a Steve Bannon y Milo Yiannopoulos, mucho después de que estos dos tristes personajes dejaran de tener demasiada influencia en Estados Unidos. Hasta su nacionalismo de derecha alternativa es, a fin de cuentas, solo otra imitación.

Otra ironía es hasta qué punto ella, mucho más que Orbán, encarna a la perfección el espíritu de los bolcheviques a los que tan profundamente detesta. Su escepticismo tiene hondas raíces. El apoyo de Soros a los refugiados sirios no puede ser meramente filantrópico: tiene que provenir de un profundo deseo de destruir Hungría. Los comentarios de Obama sobre la estatua tampoco eran sinceros: sin duda eran el reflejo de su relación financiera con Soros. La política de Angela Merkel con respecto a los refugiados no pudo surgir del deseo de ayudar a la gente: servía para ocultar la inicua agenda de la canciller. «Creo que son solo chorradas —me dijo Schmidt—. Yo diría que quería demostrar que esta vez los alemanes son los buenos. Y pueden dar lecciones de humanitarismo y moralidad a todos. A los alemanes les da igual sobre qué pueden aleccionar al resto del mundo; solo necesitan aleccionar a alguien.» Todo esto recuerda el

desprecio de Lenin hacia las instituciones de la «democracia burguesa», la prensa libre, a la que consideraba falsaria, y el idealismo liberal, al que consideraba inauténtico.[15]

Pero a Orbán la Mentira Mediana le está funcionando —como les ha funcionado a Donald Trump y a Kaczynski—, aunque solo sea porque hace que el mundo centre su atención en su retórica en lugar de en sus actos. Schmidt y yo pasamos la mayor parte de las dos horas de nuestra desagradable conversación discutiendo sobre cuestiones absurdas: ¿es George Soros el dueño del Partido Demócrata estadounidense? ¿Los migrantes que intentaron cruzar Hungría para llegar a Alemania en 2016 —y que ahora han dejado de venir por completo— siguen siendo una amenaza para la nación, como sostiene la propaganda del Gobierno? No dedicamos ni un momento a hablar de la influencia de Rusia en Hungría, que actualmente es muy marcada, ni del hecho de que las exposiciones especiales de su museo han empezado a reflejar poco a poco la nueva versión antigermánica y antieuropea de corrección política que ahora rige en el país: en el aniversario de 1917, por ejemplo, Mária organizó una exposición que retrataba la Revolución rusa como una mera operación de la inteligencia alemana.

Tampoco hablamos de corrupción, ni de las innumerables formas (documentadas por Reuters, *Financial Times* y otros medios) en las que los amigos de Orbán se han beneficiado de subvenciones europeas y chanchullos legislativos. El método de Orbán funciona: habla de temas emotivos, conviértete en defensor de la civilización occidental, especialmente en el extranjero, de ese modo nadie advertirá el nepotismo y las corruptelas en tu país.

Al final tampoco descubrí mucho sobre los motivos de Schmidt. Estoy segura de que su orgullo nacional es sincero. Pero ¿de verdad cree que

Hungría afronta una terrible amenaza existencial bajo la forma de George Soros y unos cuantos sirios invisibles? Tal vez sea una de esas personas capaces de convencerse provechosamente a sí mismas de creer aquello que resulta ventajoso creer; o quizá sea tan cínica con respecto a su propio bando como lo es con respecto a sus oponentes, y todo es simplemente un sofisticado juego.

Su posición lleva aparejadas una serie de ventajas. Gracias a Orbán, Schmidt ha dispuesto durante casi dos décadas de la financiación y el apoyo político necesarios para dirigir no solo su museo, sino también un par de institutos históricos, lo que le confiere un poder único para moldear la forma como los húngaros recuerdan su historia, un poder con el que se siente encantada. En ese sentido recuerda sin duda al escritor francés Maurice Barrès, uno de los *clercs* de Julien Benda. Aunque Barrès «empezó siendo intelectualmente escéptico —escribía Benda—, vio centuplicada su estrella material, al menos en su país, el día en que se convirtió en apóstol de los "prejuicios necesarios"».[16] Barrès adoptó la exaltada política de la extrema derecha, y de paso se hizo rico y famoso. El airado anticolonialismo de Schmidt también la ha ayudado a ella.

Quizá por eso observa las reglas del juego de forma tan meticulosa, procurando siempre quedar bien con el partido gobernante. Después de nuestro encuentro publicó en su blog, sin mi permiso, una transcripción bastante distorsionada de nuestra conversación que, de manera confusa, se presentaba como una entrevista que ella me había hecho a mí y parecía pretender demostrar que ella había «ganado» nuestro debate. La transcripción también apareció, en inglés, en el sitio web oficial del Gobierno húngaro.

Invito al lector a que intente imaginar que la Casa Blanca publicara la transcripción de una conversación entre, supongamos, el director de la

Institución Smithsoniana y un crítico extranjero de Trump, y comprenderá lo extraño que resulta hacer algo así. Pero cuando lo vi, comprendí por qué ella había accedido a la entrevista: había sido una actuación, diseñada para demostrar al resto de sus compatriotas húngaros que Schmidt es leal al régimen y está dispuesta a defenderlo. Lo cual es cierto.

3
El futuro de la nostalgia

Si el lector ha llegado hasta aquí, tras profundizar en los detalles de las políticas polaca y húngara —y conocer a una serie de personas con nombres difíciles de pronunciar—, puede verse tentado de minimizar su importancia como meras historias de ámbito regional. Puede que muchos imaginen que la crisis de la democracia europea es solo un problema de Europa «oriental», exclusivo de los «antiguos países comunistas» que todavía sufren la resaca de 1989. Algunos también atribuyen el nuevo autoritarismo de Europa oriental a una incapacidad regional generalizada para lidiar con la herencia del pasado.

Pero esa explicación resulta inadecuada en la medida en que estamos hablando de movimientos de nueva creación. A partir de 1989 no se produjo en Europa central ninguna oleada antidemocrática autoritarionacionalista, salvo en la antigua Yugoslavia. Se trata de un fenómeno que ha surgido más recientemente, en la última década; y no ha brotado a causa de míticos «fantasmas del pasado», sino como resultado de actos concretos de personas a las que desagradaban las democracias existentes. Y les desagradaban porque eran demasiado débiles o faltas de originalidad, demasiado indecisas o individualistas, o porque no progresaban lo bastante rápido en ellas. No hay nada de «oriental» en el resentimiento de Jacek Kurski por el éxito de su hermano y su creencia de que él se merecía más, como tampoco hay nada de «poscomunista» en la transformación de Mária Schmidt de disidente en aduladora: ambas son historias muy antiguas, tan

características del oeste de Europa como puedan serlo del este. En ese sentido, los territorios situados entre Moscú y Berlín no tienen nada de especial.

Una hermosa noche, en un restaurante especializado en pescado ubicado en una fea plaza de Atenas, le describí mi fiesta de Nochevieja de 1999 a un politólogo griego. Se rio de mí calladamente; o, mejor dicho, se rio conmigo, ya que no pretendía ser grosero. Pero lo que yo denominaba polarización resultaba no ser nada nuevo. «La única excepción fue el momento liberal posterior a 1989», me aseguró Stathis Kalyvas. Es la unidad lo que constituye una anomalía: la polarización es normal.[1] También el escepticismo con respecto a la democracia liberal es normal. Y el atractivo del autoritarismo es eterno.

Kalyvas es, entre otras cosas, autor de varios conocidos libros sobre guerras civiles, incluida la que se libró en Grecia en la década de 1940, uno de los muchos momentos de la historia europea en que grupos políticos radicalmente divergentes tomaron las armas y empezaron a matarse entre sí. Pero en Grecia «guerra civil» y «paz civil» son, en el mejor de los casos, términos relativos. Entre 1967 y 1974 gobernó el país una brutal junta militar; en 2008 hubo violentos disturbios en Atenas, y unos años después ocupaba el poder un partido de extrema izquierda en coalición con un partido de extrema derecha. Mientras hablábamos, Grecia estaba viviendo un momento centrista. Según me dijo mucha gente en Atenas, de repente se había puesto de moda ser «liberal», un término con el que se referían a quienes no eran ni comunistas ni autoritarios. Los jóvenes más vanguardistas se calificaban a sí mismos de «neoliberales», adoptando un término que solo unos años antes había sido anatema. Esa moda resultaría trascendente: un año después de mi visita, un liberal centrista, Kyriakos Mitsotakis, ganó las elecciones en Grecia y se convirtió en primer ministro.

Aun así, ni siquiera los centristas más optimistas estaban convencidos de que aquel cambio fuera a durar. «Sobrevivimos a los extremistas de izquierdas —reflexionaban varias personas con tristeza— y ahora nos estamos preparando para los extremistas de derechas.» Durante largo tiempo se había estado gestando una agria disputa sobre la situación de Macedonia del Norte, la antigua república yugoslava vecina de Grecia; poco después de mi partida, el Gobierno griego expulsó a unos cuantos diplomáticos rusos por intentar fomentar la histeria antimacedónica en la región septentrional del país. Cualquiera que sea el equilibrio que alcance una nación, siempre habrá alguien, dentro o fuera de ella, que tenga motivos para alterarlo.

En Grecia, la historia parece repetirse en un movimiento circular. Actualmente hay una democracia liberal. Pero a continuación podría haber una oligarquía, y luego podría volver a haber una democracia liberal. Entonces puede que se genere subversión desde el extranjero, o que se produzca un intento de golpe de Estado, una guerra civil, una dictadura, o tal vez de nuevo una oligarquía. Así será porque así ha sido siempre, ya desde la originaria república ateniense.

La historia también parece haberse vuelto repentinamente circular en otras partes de Europa. La división que ha destrozado Polonia se asemeja a la división que escindió a la Alemania de Weimar. El lenguaje utilizado por la derecha radical europea —la exigencia de una «revolución» contra las «élites», los sueños de violencia «purificadora» y un choque cultural apocalíptico— resulta inquietantemente similar al lenguaje antaño utilizado por la izquierda radical europea. La presencia de intelectuales insatisfechos y descontentos, personas que sienten que las reglas no son justas y que las personas que ejercen influencia no son quienes deberían ejercerla, ni siquiera es un fenómeno exclusivamente europeo. El escritor venezolano

Moisés Naím viajó a Varsovia pocos meses después de que el partido Ley y Justicia llegara al poder. Me pidió que le describiera a los nuevos líderes polacos: ¿cómo eran personalmente? Le di algunos adjetivos: malhumorados, vengativos, resentidos... «Pues se parecen a los chavistas», me dijo. Yo misma viajé a Venezuela a comienzos de 2020 y me sorprendió la infinidad de aspectos en los que el país se parecía no solo a los antiguos estados marxista-leninistas, sino también a los nuevos regímenes nacionalistas. Por un lado, el desastre económico y una hambruna silenciada y encubierta; por otro, ataques al Estado de derecho, a la prensa, al ámbito académico y a las míticas «élites». La televisión pública emitía propaganda repetitiva y descaradas mentiras; la polarización era tan marcada que se visibilizaba en la propia geografía de Caracas. En ese sentido, la ciudad me recordó tanto a la Europa del Este en el pasado como a algunas partes del mundo occidental en el presente.

Cuando la gente ha rechazado la aristocracia, ya no cree que el liderazgo sea hereditario y ya no presupone que la clase dirigente cuenta con el respaldo divino; el debate acerca de quién ha de gobernar, de quién constituye la élite, nunca termina. Durante largo tiempo, algunas personas en Europa y Norteamérica se han decantado por la idea de que las diversas formas de competencia democrática, meritocrática y económica constituyen la alternativa más justa al poder hereditario o impuesto. Pero incluso en países que jamás fueron ocupados por el Ejército Rojo y que nunca han estado gobernados por populistas latinoamericanos, la democracia y el libre mercado pueden producir resultados insatisfactorios, especialmente cuando están mal regulados, cuando nadie confía en quienes los regulan, o cuando la gente empieza a competir desde puntos de partida muy distintos. Invariablemente, los perdedores en esa competición siempre van a cuestionar, tarde o temprano, el valor de la competencia en sí misma.

Es más, los principios de la competencia, incluso cuando fomentan el talento y posibilitan la movilidad ascendente, no responden a las cuestiones más profundas sobre la identidad nacional o personal. No satisfacen el deseo de unidad y armonía. Y sobre todo tampoco satisfacen el deseo de algunos de pertenecer a una comunidad especial, una comunidad única, una comunidad *superior*. Este no es solo un problema de Polonia, Hungría, Venezuela o Grecia. Puede ocurrir en algunas de las democracias más antiguas y estables del mundo.

Conocí a Boris Johnson una noche en Bruselas, hace ya tiempo, en compañía de mi esposo, que era amigo de Johnson de sus tiempos en Oxford, aunque en este caso «amigo» resulta un término un tanto ambiguo. Para ser más exactos, digamos que ambos eran miembros del Club Bullingdon, una peculiar institución de Oxford que floreció en la década de 1980, en la época de remembranza de *Retorno a Brideshead*, cuando la princesa Diana se casó en la catedral de San Pablo mientras Merchant e Ivory rodaban *Calor y polvo*. Dudo de que los miembros del Bullingdon fueran necesariamente «amigos»: eran rivales y compañeros de juergas, pero no creo que muchos de ellos lloraran sobre el hombro de los demás cuando las cosas se ponían mal.

De no haber contado entre sus filas con dos futuros primeros ministros —Johnson y David Cameron—, además de un futuro ministro de Hacienda, el Bullingdon se habría desvanecido en una merecida oscuridad cuando terminó la era de los dramas históricos característicos de Merchant e Ivory y los príncipes de Gales se divorciaron. Incluso en la década de 1980 el club se estaba convirtiendo en una parodia; eso tras haber sido ya objeto de burla medio siglo antes en la novela de Evelyn Waugh *Decadencia y caída*,

publicada en 1928. El libro empieza con una conocida descripción de la reunión anual del Club Bollinger:

> Ahora se pudo oír una nota más estridente surgiendo de las habitaciones de Sir Alistair; cualquiera que haya escuchado ese sonido se encogerá al recordarlo: es el sonido de las familias de la aristocracia rural inglesa clamando por los cristales rotos...[2]

Sé a ciencia cierta que hoy algunos de los compañeros de Johnson se sienten profundamente avergonzados de su época en el Bullingdon, con su uniforme de dandi tan típico del periodo Regencia británico —frac, chaleco de seda amarillo, pajarita azul—, sus reuniones de borracheras a base de champán, su reputación de romper muebles además de ventanas, y sus pretenciosos —o más bien pretendidos— vínculos con la vieja aristocracia. Pero otros (y creo que tanto mi esposo como Johnson entran en esta categoría) lo recuerdan como una especie de prolongada broma. Con algunas excepciones, la mayoría de sus miembros no eran realmente aristócratas, o, si lo eran, no contaban precisamente entre los grandes. El propio Johnson es hijo de un burócrata de la Unión Europea, y pasó parte de su infancia y juventud en Bruselas. Radek era un refugiado de la Polonia comunista, aunque dotado de un cierto sentido del humor inglés. Ambos jugaban con las antiguas formas del sistema británico de clases, interpretando algunos de sus papeles simplemente porque les divertía. Disfrutaron del Bullingdon no a pesar de la cruel parodia de Waugh, sino gracias a ella.

Cuando cenamos con Johnson, él estaba en Bruselas como corresponsal de *The Daily Telegraph*, el órgano oficial del Partido Conservador británico. Después de un par de años haciendo ese trabajo ya se había hecho un nombre en la profesión. Su especialidad era redactar noticias divertidas, verdaderas solo a medias, construidas sobre una pizca de verdad (o a veces

ni siquiera eso), en las que se burlaba de la Unión Europea y la retrataba invariablemente como una fuente de histeria reguladora. Sus artículos tenían títulos como «Amenaza para las salchichas británicas», o repetían los (falsos) rumores de que los burócratas de Bruselas iban a prohibir los autobuses de dos pisos o las patatas fritas con sabor a cóctel de gambas. Aunque los entendidos se reían de ellos, aquellos fantásticos cuentos tenían su impacto. Otros directores de periódicos exigían que sus corresponsales en Bruselas encontraran y enviaran el mismo tipo de noticias, y los tabloides competían para ponerse a su altura. Año tras año, ese tipo de historias ayudaron a generar la desconfianza hacia la Unión Europea que muchos años después allanaría el camino al Brexit. Johnson era muy consciente del impacto que ejercía, y disfrutaba de ello. «Estaba tirando piedras por encima del muro del jardín y escuché ese increíble estruendo del invernadero de al lado en Inglaterra —declararía a la BBC años después, en una entrevista extraordinariamente sincera—: Todo lo que escribía desde Bruselas tenía ese asombroso efecto explosivo en el Partido Conservador; y seguramente me dio, supongo, esta sensación de poder tan extraña.»[3]

El «increíble estruendo» de Londres también vendía más periódicos, lo cual explica en parte por qué se toleró jocosamente a Johnson durante tanto tiempo. Pero también había otra razón, más profunda: aquellas historias no del todo fidedignas apelaban a los más arraigados instintos de cierta clase de nostálgicos conservadores, lectores y redactores de *The Daily Telegraph*, *The Sunday Telegraph* y su publicación hermana, la revista *The Spectator*, tres medios que entonces eran propiedad de un mismo empresario canadiense, Conrad Black. Yo conocía muy bien ese mundo. En diferentes momentos, escribí una columna para *The Daily Telegraph* y *The Sunday Telegraph*; y trabajé en *The Spectator* —donde llegaría a ser subdirectora—

entre 1992 y 1996, en una época en la que la revista estaba bajo la batuta de Dominic Lawson, un brillante director, al que todavía considero uno de los mejores que he tenido nunca. Por entonces *The Spectator* tenía su sede en Doughty Street, en unas destartaladas oficinas que llevaban décadas sin una sola reforma. Aun así, nuestras fiestas estivales y nuestros almuerzos, que se prolongaban durante toda la tarde, atraían a una excéntrica variedad de prominentes invitados, desde Alec Guinness y Clive James hasta Auberon Waugh —el hijo de Evelyn— y la duquesa de Devonshire.

En aquella época, todas las conversaciones y reuniones editoriales tenían un tono jocoso, y nuestra relación profesional resultaba siempre divertida; no había ningún momento en que terminaran las bromas o cesara la ironía. Incluso los artículos más circunspectos tenían ingeniosos titulares. Lawson fue el autor del que mejor recuerdo, porque acompañaba al que sin duda pretendía ser un artículo muy serio sobre Polonia: «Gdansking on Thin Ice».[*] Aquel fue un momento histórico insólito; un momento en que, por ejemplo, Enoch Powell, un controvertido político *tory* antiinmigración de una generación anterior a la nuestra, podía ser a la vez un invitado ocasional a nuestros almuerzos, una reverenciada autoridad y también, de alguna manera, objeto de burla. Había periodistas y parlamentarios conservadores que competían entre sí durante las cenas por ver cuál era capaz de hacer las mejores imitaciones de Enoch. Quizá todavía sigan haciéndolo.

Sería extremadamente inexacto decir que el círculo de personas que gravitaban en torno a *The Spectator* —si es que se puede afirmar que hicieran algo tan entusiasta como «gravitar»— sentían verdadera nostalgia por el pasado imperial británico. En la década de 1990 nadie deseaba recuperar la India, como nadie lo desea ahora. Pero sí había un sentimiento de nostalgia por otra cosa: por un mundo en el que era Inglaterra la que dictaba las normas. O quizá el término *nostalgia* no sea el más acertado,

puesto que mis amigos de *The Spectator* y su órbita no pretendían volver la vista atrás: ellos creían que todavía era posible que Inglaterra volviera a dictar las normas —ya fueran las normas del comercio, la economía o la política exterior— si simplemente sus líderes cogían el toro por los cuernos, le echaban narices y hacían lo que debían.

En el fondo, ahora creo que eso era lo que de verdad les gustaba de Margaret Thatcher: el hecho de que saliera al mundo e hiciera que pasaran cosas. Les gustaba que blandiera el bolso ante los europeos, que exigiera un reembolso del presupuesto de la Unión Europea y que enviara una fuerza de choque a recuperar las Islas Malvinas. Algunas de las cosas que logró resultaron ser puramente simbólicas, o no especialmente útiles (las Malvinas son un archipiélago remoto al que nadie ha viajado ni en el que nadie ha vuelto a pensar demasiado desde que terminó la guerra), pero fue su actitud de desafío, su determinación de ser alguien que decide, y que no solo negocia, lo que de hecho le hizo ganarse su admiración.

Por entonces pensaba que mis amigos también creían en la difusión de la democracia y el libre comercio en toda Europa, y quizá fuera así. Thatcher, desde luego, creía en ello. La lucha contra el comunismo fue una auténtica batalla que, tanto desde el punto de vista retórico como geoestratégico, ayudó a ganar. El mercado único europeo —la vasta zona comercial europea donde se coordinan las regulaciones para que la producción y el intercambio de bienes sea fluido en todo el continente— fue en realidad una idea thatcheriana y, en gran medida, producto de la diplomacia británica. Hoy sigue siendo el acuerdo de libre comercio de mayor envergadura y alcance jamás concebido, y esa es justamente la razón por la que la izquierda proteccionista del espectro político europeo siempre lo ha odiado.

Recientemente he llegado a sospechar que difundir la «democracia», al menos como causa internacional, era mucho menos importante para cierta

clase de conservadores nostálgicos que mantener un mundo en el que Inglaterra siguiera desempeñando un papel privilegiado: un mundo en el que Inglaterra no fuera solo una potencia corriente de tamaño medio como Francia o Alemania; un mundo en el que Inglaterra fuera *especial*, quizá incluso superior. Eso explica en parte por qué algunos de los conservadores nostálgicos siempre recelaron del mercado único por cuya creación Gran Bretaña hizo tanto. La idea de que Inglaterra, el único país europeo que, según creían, tenía verdadero derecho a atribuirse la victoria en la Segunda Guerra Mundial —el país que nunca fue invadido, que nunca se rindió, que eligió el bando correcto desde el principio—, en el siglo XXI solo pudiera formular sus regulaciones si lo hacía de común acuerdo con otros países europeos, resultaba sencillamente inaceptable. Y me refiero concretamente a Inglaterra, no a Reino Unido. Aunque en la década de 1990 los británicos todavía luchaban contra el IRA en Belfast y mis amigos conservadores todavía se calificaban a sí mismos de «unionistas», el nacionalismo inglés ya iba en aumento junto con el nacionalismo escocés que a la larga llevaría al autogobierno de Escocia y a los llamamientos a favor de la independencia unos años más tarde.

Visto en retrospectiva, está claro que gran parte de lo que mis amigos dijeron y escribieron en aquel momento sobre el mercado único resultaba tan inverosímil como las columnas de Johnson en *The Daily Telegraph*. Nadie en la Unión Europea imponía normas a Gran Bretaña: las directivas europeas se acuerdan mediante negociación, y todas y cada una de ellas han sido aceptadas por un representante o diplomático británico. Aunque Reino Unido no ganaba todos los debates —ningún país lo hacía—, no había ninguna «mafia de Bruselas» que obligara a Gran Bretaña a hacer cosas que no quería hacer. Aunque rara vez se mencionaba, el mercado único tenía muchas ventajas, incluso cuando a veces los británicos perdían los debates.

Convirtió a Gran Bretaña en uno de los actores más poderosos del bloque económico más poderoso del mundo, le dio un peso enorme en los asuntos del comercio internacional y resultó especialmente beneficioso para los empresarios británicos. Su éxito finalmente se reveló un imán para las nuevas democracias del Este, ayudando a atraer también al antiguo mundo comunista a una Europa integrada. Pero al final ninguna de esas ventajas superaba la vergüenza y la molestia de tener que negociar regulaciones con otros europeos, un proceso de toma y daca que, resulta obvio, a veces obligaba a los británicos a hacer concesiones.

Paradójicamente, ese mismo grupo de personas se mostraba encantado de trabajar en colaboración con Estados Unidos, aunque fuera como un socio muy inferior. En parte se debía al hecho de que Estados Unidos era un país angloparlante y tenía sus raíces históricas en Gran Bretaña. En parte se debía a que Estados Unidos, a diferencia de Alemania o Francia, era una auténtica superpotencia, y algo de ese esplendor se reflejaba en Reino Unido y halagaba a sus líderes. «Nosotros somos para ellos como los griegos para los romanos», declaraba con petulancia un antiguo primer ministro conservador, Harold Macmillan, allá por la década de 1960.[4] Incluso hoy en día los británicos dedican mucho tiempo a pensar y escribir sobre la llamada «relación especial» que existe entre Estados Unidos y Reino Unido («relación especial» es de hecho una expresión muy utilizada en Londres, pero apenas mencionada en Washington). Los peces gordos conservadores podían mostrarse desdeñosos con respecto a la política de Estados Unidos y abiertamente presuntuosos con respecto a su cultura pop. También se mostraban discretamente escépticos en relación con la política exterior estadounidense. La novela de Graham Greene *El americano impasible*, con su retrato a la vez cariñoso y cruel de un estadounidense idealista y excesivamente entusiasta en Vietnam, es quizá la mejor

expresión de esta complicada ambivalencia.[5] Sin embargo, Estados Unidos era un gran socio, un socio global, un socio adecuado para los excepcionales ingleses. Si los estadounidenses estaban interesados en difundir la democracia, los ingleses estarían encantados de unirse a ellos.

Cuando llegué a Londres, a principios de la década de 1990, me hicieron miembro honorario del mundo de los conservadores nostálgicos, en parte, quizá, porque yo representaba aquella alianza estadounidense que estaba de moda entonces. Había vivido unos años en Polonia, había escrito sobre la caída del comunismo y la política del mundo poscomunista. También era un contrapunto útil, una extranjera seria, la persona que siempre intentaba que mis colegas ingleses dejaran de hacer chistes y escribieran sobre países extranjeros complicados como Rusia o China («Necesitamos algo serio sobre este tema: que lo escriba Anne»). En general, yo me mantenía alejada de las comparaciones entre Estados Unidos y Reino Unido, puesto que ya había otros a quienes les apasionaban mucho más que a mí. En cierta ocasión fui a Bruselas para escribir sobre los miembros del Partido Conservador británico que trabajaban en el Parlamento Europeo, y descubrí que la mayoría de ellos eran excelentes legisladores, concienzudos y conocedores de su oficio. Pero cuanto más éxito tenían —cuanto más eficaces eran a la hora de reformar y mejorar Europa, y de hacer funcionar sus instituciones democráticas—, más los detestaba su propio partido. «Si quieres torturar a un *tory* —concluí— hazle eurodiputado.» Ya entonces los conservadores empezaban a dividirse entre quienes querían que la Unión Europea fuera más eficaz y representativa y quienes solo querían abandonarla.

Johnson —como yo, nacido en Estados Unidos, y muy en sintonía con las ideas estadounidenses— también prosperó en ese mundo un tanto adormilado y excéntrico. De hecho, era una de sus auténticas estrellas,

capaz de encontrar un día algo divertido que decir sobre una aburrida cumbre europea y de entretener a la audiencia en un programa concurso televisivo al día siguiente. Pero en un momento dado ambos comenzamos a buscar otras cosas que hacer. Yo regresé a Polonia en 1997 y empecé a escribir libros de historia; él se presentó al Parlamento. Más tarde se convirtió en alcalde de Londres, pero también allí se aburrió. En 2013 le dijo a un entrevistador que su despacho en el ayuntamiento parecía estar muy alejado de la Cámara de los Comunes, el lugar donde ocurrían cosas reales: «Estoy tan aislado que parezco el coronel Kurtz: he ido río arriba», [6] declaró, antes de apresurarse a asegurarle al entrevistador que eso era lo único que tenía en común con el héroe psicópata de *Apocalypse Now*. En la misma entrevista repitió una metáfora del *rugby* que ya había empleado antes. Una vez más, Johnson dijo que no estaba trabajando activamente para convertirse en el líder de su partido, pero que, «si se cae el balón en la melé», a él no le importaría recogerlo.

Desde entonces mucha gente ha hecho hincapié en el descomunal narcisismo de Johnson, que de hecho resulta devastador, así como en su no menos notable pereza. Su tendencia a la fabulación es un hecho establecido. Al comienzo de su carrera fue despedido del *Times* de Londres por inventarse citas textuales, y en 2004 fue expulsado del denominado «gabinete en la sombra» por mentir. Su aura de indefensión —cuidadosamente estudiada— también esconde una vena de crueldad: Johnson destrozó primero un matrimonio y luego otro (el segundo había durado un cuarto de siglo), así como la vida de otras mujeres, con una serie de aventuras públicas extraordinariamente descaradas.

Pero no tiene sentido negar que también posee una extraña forma de carisma, cierta genialidad que atrae a la gente y la tranquiliza, así como la capacidad de captar intuitivamente el estado de ánimo de una multitud. En

cierta ocasión, después de varios años sin verlo, me tropecé con él en algún lugar de la City, el distrito financiero de Londres. Por entonces él era alcalde, e iba en su bici. Le saludé con la mano, se detuvo, manifestó su sorpresa por aquella asombrosa coincidencia, y sugirió que fuéramos a un pub a tomar un trago rápido. Cuando abrimos la puerta, murmuró algo así como «¡Vaya, olvidé que pasaría esto!», mientras la gente se congregaba a nuestro alrededor y empezaba a pedirle selfis. Se dejó hacer algunas, luego nos sentamos y charlamos; más tarde, cuando se levantó, volvió a ocurrir lo mismo.

Hubo otros dos encuentros con Johnson que no puedo olvidar, también de cuando era alcalde. En 2014 lo escuché dar una charla sobre la antigua Atenas. A diferencia de muchas de sus improvisadas declaraciones públicas, aquella conferencia tenía auténtica coherencia, quizá porque la había escrito de antemano. Agitando una copa de vino tinto en la mano, elogió Atenas con cierto detalle, hablando de su «cultura de libertad, apertura y tolerancia, experimentación intelectual y democracia», estableciendo además una clara analogía con la moderna Londres.[7] También habló de Esparta, señalando que, como predijera Pericles, aquella sociedad dura, conformista y militarista no dejó elegantes ruinas tras de sí. Luego advirtió contra los nuevos espartanos, y habló del «reto a las libertades democráticas, global en su extensión», que planteaban los nuevos autoritarios. La gente aplaudió, genuinamente emocionada.

Más o menos por aquella época una noche salí a cenar con Johnson y un par de personas más, y terminamos hablando de un posible referéndum sobre la pertenencia británica a la Unión Europea, un tema que por entonces estaba en el aire. «Nadie quiere salir de la Unión Europea —afirmó—. Las empresas no quieren. La City no quiere. Eso no va a pasar.» Así hablaba cuando era alcalde liberal de una gran ciudad británica, moderna y

multicultural, que florecía gracias a sus profundas conexiones con el mundo exterior.

Sin embargo, en la campaña del referéndum optó por el Brexit. Y lo apoyó con la misma alegre despreocupación y la misma indiferencia por las consecuencias que había mostrado durante tanto tiempo en su carrera periodística y su vida personal. Siguió contando chistes e historias. Calculaba que el Brexit perdería. En un mensaje de texto que envió al primer ministro, David Cameron, le aseguraba: «El Brexit quedará aplastado como un sapo bajo la rastra».[8] Pero pensaba que apoyarlo le convertiría en un héroe entre los conservadores euroescépticos a cuya postura tanto habían contribuido sus escritos. Y en cierto sentido acertó en sus cálculos, aunque quizá no de la forma que él esperaba.

En el curso «normal» de los acontecimientos —en un mundo sin Brexit —, Boris Johnson nunca podría haberse convertido en primer ministro. Al partido que eligió a David Cameron (un centrista moderado, consagrado a «desintoxicar» a los *tories* tras una serie de líderes que parecían estar siempre enfadados) le habría resultado difícil elegir a alguien tan arriesgado como Johnson, con su historial de meteduras de pata, despidos y escándalos sexuales. Johnson se convirtió en líder del partido porque el partido no sabía qué otra cosa podía hacer. Se había producido la melé, y en efecto alguien había dejado caer el balón.

La desesperación comenzó tras el referéndum de 2016, cuyo resultado no me sorprendió. Unas noches antes de la votación estuve en una cena en la que todos pusieron por escrito sus predicciones y se prometió una caja de vino al ganador. Yo aposté a que el Brexit ganaría por 52 a 48. Y así fue. Nunca tuve el valor de ir a recoger el vino porque el anfitrión de la cena había trabajado arduamente en la campaña a favor de permanecer en la Unión, y estaba devastado por el resultado. Pero el que realmente se

sorprendió fue el Partido Conservador. Los líderes *tories* —los lores, los barones del partido, los responsables de mantener la disciplina de partido en el Parlamento, la sede central, los que querían el Brexit y los que no— no estaban preparados para pensar siquiera en la posibilidad de abandonar la Unión Europea, la organización que había formado y modelado la economía británica, la diplomacia británica y el papel de Gran Bretaña en el mundo desde la década de 1970. Johnson tampoco lo estaba.

En 2019 la situación era mucho peor: los conservadores habían soportado tres años de liderazgo catastrófico de Theresa May, otra persona que en el curso normal de las cosas probablemente nunca habría llegado a ser primera ministra, y que muy pronto hizo realidad las peores expectativas de todo el mundo, cometiendo toda una serie de errores imperdonables. May activó el artículo 50, el mecanismo legal para salir de la Unión Europea —una decisión que ponía en marcha una cuenta atrás de dos años—, antes de comprender lo que realmente implicaba el Brexit. En 2017 convocó unas elecciones parlamentarias innecesarias y perdió la mayoría. Pero lo peor de todo es que fue ella quien estableció los términos del destructivo debate sobre el Brexit. En un primer momento May podría haber reparado en que el referéndum se había resuelto por un margen muy estrecho, que los vínculos comerciales y políticos de Gran Bretaña con Europa eran muy fuertes, y que tendría sentido que Reino Unido llevara a cabo un Brexit «inteligente» en lugar de uno «insensato»: el país podría permanecer dentro del mercado único, que era una idea británica, o cuando menos formar parte de una unión aduanera.

Lejos de ello, utilizando el lenguaje polarizador del Brexit «duro» y «blando», optó por el primero y decidió renunciar a ambas posibilidades. Su decisión fue aplaudida al instante por todos aquellos que querían que Gran Bretaña alzara más la voz en el mundo. También desencadenó, justo en el

momento en que muchos conservadores ingleses habían perdido interés en Belfast, el problema irresoluble de la frontera entre Irlanda del Norte y la República de Irlanda. Dado que tanto el norte como el sur de la isla de Irlanda estaban en la Unión Europea, en realidad ya no había frontera entre ambos. El Gobierno irlandés, con el respaldo de la Unión, se negó a permitir que ahora se erigiera una, pero eso significaba que todo Reino Unido tenía que permanecer dentro de algún tipo de unión aduanera con Europa, ya que en caso contrario Irlanda del Norte tendría que regirse por unas normas distintas de las del resto de Reino Unido.

Cada una de esas soluciones resultaba inaceptable para alguien. La disputa se prolongó durante meses y meses. Después de no consultarlo con nadie ni hacer el menor esfuerzo por cruzar el pasillo y tender la mano a otros partidos políticos, y tras mostrar una absoluta falta de cualquier cosa que pudiera calificarse de dotes políticas, May fue incapaz de lograr que el Parlamento aprobara su acuerdo de retirada en tres votaciones distintas, pospuso el Brexit dos veces y finalmente dimitió.

Los conservadores empezaron a perder apoyo, y casi fueron borrados del mapa en las elecciones parlamentarias europeas de mayo de 2019. Solo quedaron cuatro eurodiputados *tories*, desamparados y todavía torturados. El partido necesitaba un nuevo líder, alguien capaz de unir a sus distintas facciones, completar el Brexit y recuperar el apoyo perdido. También necesitaban a alguien que supiera contar historias, hacerles reír, devolverles el sentimiento de superioridad inglesa. Y fueron a buscar al gracioso.

La nostalgia —escribía la artista y ensayista rusa Svetlana Boym en su elegante obra *El futuro de la nostalgia*— se presenta en dos formas. Algunos se sienten cautivados por lo que ella llamaba la nostalgia

«reflexiva» del emigrado o el esteta, la nostalgia que atrae a los coleccionistas de cartas amarillentas y fotografías color sepia, la nostalgia de quienes gustan de las iglesias antiguas aunque nunca asistan a servicios religiosos.[9] Los nostálgicos reflexivos añoran el pasado y sueñan con él. Algunos de ellos estudian el pasado e incluso lo lloran, especialmente el suyo. Pero en realidad no quieren recuperarlo. Quizá ello se deba a que, en el fondo, saben que la antigua morada está en ruinas, o se ha aburguesado hasta hacerse irreconocible, o a que reconocen en su fuero interno que de todos modos ahora ya no les gustaría mucho. Puede que hubiera un tiempo en que la vida era más placentera o más sencilla, pero también era más peligrosa, o más aburrida, o quizá más injusta.

Radicalmente distintos de los nostálgicos reflexivos son los que Boym denomina nostálgicos «restauradores», de los que no todos se consideran a sí mismos nostálgicos en absoluto. Los nostálgicos restauradores no solo miran viejas fotografías y reconstruyen historias familiares. Son artífices de mitos y arquitectos, constructores de monumentos y fundadores de proyectos políticos nacionalistas. No quieren limitarse simplemente a contemplar el pasado o aprender de él. Desean, en palabras de Boym, «reconstruir el hogar perdido y reparar las lagunas de la memoria». Muchos de ellos no reconocen sus propias ficciones sobre el pasado como lo que son: «Creen que su proyecto va de la verdad». No les interesa el pasado con todos sus matices, un mundo en el que los grandes líderes eran hombres imperfectos y en el que las famosas victorias militares tenían consecuencias letales. No reconocen que el pasado pudo haber tenido sus inconvenientes. Quieren la versión Disney de la historia, y lo que es más importante, quieren vivir en ella, aquí y ahora. No quieren representar papeles del pasado porque eso les divierta: desean, sin la menor ironía, comportarse como creen que lo hicieron sus ancestros.

No es casual que la nostalgia restauradora a menudo vaya de la mano de las teorías conspiranoicas y las «mentiras medianas». Estas no tienen por qué ser tan estridentes o disparatadas como la teoría conspiranoica de Smolensk o la de Soros; pueden recurrir discretamente a determinados chivos expiatorios en lugar de invocar una realidad alternativa en toda regla. Como mínimo, puede que ofrezcan una explicación: la nación ya no es tan grande como antes porque alguien nos ha atacado, nos ha socavado, ha minado nuestra fortaleza. Alguien —los inmigrantes, los extranjeros, las élites o incluso la Unión Europea— ha pervertido el curso de la historia y ha reducido a la nación a una sombra de lo que fue. La identidad esencial que antaño nos caracterizaba nos ha sido arrebatada y reemplazada por una versión barata y artificial. A la larga, quienes buscan el poder apoyándose en una nostalgia restauradora empezarán a fomentar esas teorías conspiranoicas, o historias alternativas, o embustes alternativos, sin importar que tengan una base real o carezcan de ella.

El concepto de «nostalgia restauradora» está relacionado con otras emociones. El historiador germano-estadounidense Fritz Stern (él mismo un «migrante»: su familia judía se fue de Breslau a Nueva York en 1937) también escribió sobre un fenómeno paralelo, al que él daba un nombre distinto: «desesperación cultural».[10] En su primer libro, publicado en la década de 1960, redactó una serie de breves biografías de diversos personajes —todos ellos intelectuales alemanes decimonónicos que vivieron en un periodo de intensos cambios sociales, políticos y económicos — que él consideraba que se habían visto afectados por ese sentimiento. Uno de ellos era un oscuro historiador del arte, Julius Langbehn, cuyo libro *Rembrandt as Educator* empezaba con estas palabras:

> Poco a poco se ha convertido en un secreto a voces el hecho de que la contemporánea vida espiritual del pueblo alemán se halla en un estado de lenta decadencia; algunos dirán incluso que

> de rápida decadencia. En todas partes la ciencia se ha disipado en especialización; en el campo del pensamiento y la literatura se echan a faltar personas capaces de hacer época [...] Sin duda, la tendencia democratizadora, niveladora y atomista de este país se expresa en todo esto.[11]

El retrato que hacía Langbehn del pintor holandés, publicado en 1890, no era una biografía ni una crítica; era más bien un tratado cuasi filosófico, una extensa diatriba. Para Langbehn, Rembrandt representaba un ideal, «la forma más elevada de vida, arte e individualidad». Y también representaba otra cosa que ahora se había perdido: en comparación con Rembrandt, los hombres modernos, en especial los modernos alemanes, eran «pigmeos», hombres que no tenían vínculos con el pasado ni con la tierra. Eran «demócratas» en un sentido peyorativo, hombres corrientes sin ideales, sin sueños, sin talento.

Langbehn tampoco tenía mucha fe en las mentes más preclaras de su época. No le gustaba la ciencia, la tecnología ni la modernidad. Prefería el arte, la espontaneidad, y una existencia más auténtica como la que él creía que había vivido Rembrandt. Tampoco le gustaban los judíos, especialmente los judíos laicos, de quienes escribió que no tenían «religión, ni carácter, ni hogar» por cuanto simbolizaban el desarraigo de la vida contemporánea. Pero ese no era el tema más importante. Su libro estaba impregnado de nostalgia por una época distinta y mejor, una época en la que los hombres eran activos y no pasivos, una época en la que los grandes líderes podían dejar su huella en el mundo. Aunque redactado de forma caótica, y solo vagamente relacionado con la vida real del artista, *Rembrandt as Educator* resultó ser un tremendo éxito de ventas. Tocaba una fibra sensible en el contexto de la rápida industrialización de la Alemania de finales del siglo XIX, contribuyendo a generar una oleada de nostalgia restauradora mucho antes de la violencia masiva de la Primera Guerra Mundial y la humillante derrota que trajo consigo.

En algún momento entre la década de 1990 y la de 2010, varios conservadores británicos dados a la reflexión —periodistas, escritores, algunos políticos— también se sintieron atraídos por algo muy parecido a la desesperación cultural que Stern identificara en Langbehn. Eso empezó a suceder mucho antes del referéndum del Brexit. Personalmente sitúo su origen al final del thatcherismo, que coincidió también con el final de la Guerra Fría, un punto de inflexión que, visto en retrospectiva, resultaría más trascendental para Gran Bretaña de lo que nos pareció en aquel momento. El conflicto con el comunismo había ofrecido a los conservadores británicos, en sintonía con sus aliados estadounidenses, la oportunidad de tomar parte en una cruzada moral enormemente fructífera; y en 1989, cuando cayó el Muro de Berlín y los regímenes comunistas se desmoronaron con rapidez, se sintieron reivindicados. Quienes habían optado por asumir una postura radical en la Guerra Fría habían tenido que sufrir cierta impopularidad. Habían sido escarnecidos por la izquierda, incluidos muchos de sus propios colegas en las universidades, la prensa y la política. Pero ellos habían mantenido la fe. Ahora tenían la prueba de que Thatcher estaba en lo cierto. Juntos, habían luchado contra quienes se habían sentido fascinados por el comunismo, y habían ganado.

Pero cuando aquella batalla terminó se produjo un vacío. De repente todas las demás causas parecían menos importantes, menos glamurosas. El primer ministro John Major, el sucesor de Thatcher, ocupó el cargo durante siete años, y como el presidente estadounidense George Bush padre, desempeñó un importante papel en la reunificación de la Europa de posguerra. Pero a pesar de que Major era un hombre hecho a sí mismo del tipo que ellos decían que admiraban, además de alguien que sabía hablar de manera evocadora, incluso nostálgica, del pasado británico, los conservadores nostálgicos lo odiaban. Puede que parte de ese odio se

debiera a un mero esnobismo, ya que Major no había ido a la universidad. Pero también lo detestaban porque, a diferencia de Thatcher, él no pretendía liderar una cruzada moral. No pregonó un programa de reformas económicas transformadoras ni abogó a favor de un cambio revolucionario. Tras los turbulentos años de Thatcher, Major creía que bastaba con gobernar discretamente desde el centroderecha en colaboración con los aliados europeos y estadounidenses. Fue lo suficientemente popular en el país como para ser reelegido en 1992, pero no inspiraba una gran admiración entre la que teóricamente debería haber sido su base intelectual. En la fiesta que dio el magnate Conrad Black en el Hotel Savoy la noche de las elecciones, pude ver a un grupo poco entusiasta de directores de periódicos conservadores y donantes del partido *tory* comiendo ostras, bebiendo champán y murmurando lo sorprendidos que estaban.

La elección de Tony Blair vino a desplazar aún más a un segundo plano a los nostálgicos reflexivos del Partido Conservador. En muchos aspectos, Blair era el discípulo más aventajado de Thatcher, como ha dejado patente Charles Moore, biógrafo de esta última.[12] Aceptó la necesidad de mercados libres, asumió la estrecha relación de su predecesora con Estados Unidos, llevó al Partido Laborista al centro del espectro político y lo mantuvo en el poder durante doce años. Pero no tenía ni una pizca de nostalgia en su cuerpo, ni le importaba lo que Inglaterra pudiera tener de peculiar. Antes bien, Blair puso en juego su modernidad, suscribió el cambio social, alentó la integración económica de Gran Bretaña con Europa y el mundo, y traspasó parte de las competencias de Londres creando un Parlamento escocés y una Asamblea galesa, debilitando así la voz de Inglaterra en la política nacional. Asimismo, aceptó una serie de concesiones que pusieron fin al prolongado conflicto de Irlanda del Norte, cosa que logró en parte porque ahora quienes en el norte se sentían

«irlandeses» podían, gracias a la Unión Europea, tener un pasaporte irlandés. Aquella difuminación de la soberanía finalmente trajo la paz.

Para los conservadores nostálgicos, Blair fue un desastre. La atmósfera triunfal de la década de 1980 dio paso a una auténtica ira. Y casi nadie se sentía más airado que Simon Heffer, un brillante historiador y columnista que fue subdirector de *The Spectator* a principios de la década de 1990 —mi predecesor directo en ese puesto— y que durante largo tiempo ha sido un amigo generoso y leal. Simon, que siente un profundo y genuino amor por la literatura, la música y el cine británicos, me llevó al único partido de críquet profesional de máxima categoría al que he asistido en toda mi vida, además de introducirme en el mundo de las Ealing Comedies, como se conoce en Gran Bretaña a una serie de hilarantes y sofisticadas películas de humor satírico rodadas en las décadas de 1940 y 1950 en los Estudios Ealing —en el municipio del mismo nombre—, algunas de las cuales pude ver en su propia casa. También soy la madrina de uno de sus hijos, al igual que Ania Bielecka lo es de uno de los míos. Durante una gran parte del tiempo en que estuvimos trabajando juntos, Simon se dedicó a arremeter con vigor —aunque no sin un cierto desenfado— contra John Major, la Unión Europea y la situación de la Gran Bretaña moderna. A mediados de la década de 2000, cuando yo no vivía en Gran Bretaña y nos veíamos solo de vez en cuando, varios años de liderazgo del Partido Laborista lo habían dejado hecho una furia. Así, por ejemplo, en 2006 —un momento en que resultaba difícil imaginar que un líder conservador pudiera volver a derrotar jamás al Partido Laborista— escribía que «gracias a un feliz accidente de nacimiento, yo solo tenía nueve años y medio cuando terminó la década de 1960»; y proseguía:

> Digo feliz, porque cuando contemplo un país gobernado por personas que tienen diez años más que yo y todavía siguen obsesionadas con la melenuda autocomplacencia de los hippies fumetas de

> paz y amor por la que es famosa esa triste década, doy gracias a Dios por haber escapado [...] Nuestro Gobierno de antiguos activistas políticos estudiantiles [...] continúa absolutamente paralizado por sus propios prejuicios adolescentes y completamente hastiado de ellos. Y el daño que estas personas infligen a la sociedad por su falta de sensatez sigue siendo enorme, y tan corrosivo como el azote de las drogas que hasta ahora se han tomado tan a la ligera.[13]

Tampoco es que el problema fueran únicamente las drogas. Simon veía decadencia por todas partes; por ejemplo, en la creciente corrección política, así como en la «salvaje oleada de crímenes». Pero, sobre todo —escribía, haciéndose eco de Langbehn— «el concepto de mérito ha desaparecido de la vida pública». Como su predecesor alemán, lamentaba que la era moderna ya no produjera grandes líderes. Ya no había Churchills, ni Thatchers; solo «la melenuda autocomplacencia de los hippies fumetas de paz y amor» del Partido Laborista de Tony Blair. Ni siquiera cuando finalmente los conservadores recuperaron el poder se renovó su fe en los líderes modernos. Poco después de la elección de David Cameron como líder del partido *tory*, Heffer escribió que este «jamás ha exhibido el menor atisbo de principios en ningún momento de toda su carrera política».[14] En los siete años siguientes repetiría una u otra versión de esta misma frase en muchos otros artículos, hasta que llegó la campaña del referéndum sobre el Brexit. Entonces apoyó la opción de abandonar la Unión y calificó a Cameron de «mentiroso» un mes antes de la votación.[15] En ese mismo artículo denunciaba a Reino Unido como una «república bananera» cuyas instituciones carecían de valor.

Puede que Heffer fuera excepcionalmente cáustico, pero la frustración subyacente tras su postura no tenía en absoluto nada de peculiar. En aquella misma época, Roger Scruton, un gran filósofo conservador y otro viejo amigo mío, escribió un libro de veras emotivo titulado *England: An Elegy*, que además de contar con una preciosa redacción resultaba incluso más intensamente apocalíptico que el periodismo de Heffer. Conocí a Scruton a

finales de la década de 1980, cuando él dirigía una organización benéfica que enviaba dinero a disidentes de Europa del Este utilizando a estudiantes y otras personas como mensajeros (yo me convertí en uno de ellos). Por entonces era un valeroso crítico del comunismo en un momento en que eso no estaba de moda. Pero *England: An Elegy* iba sobre un tema distinto. Scruton empezaba explicando que el libro «rendía un tributo personal a la civilización que me formó y que ahora está desapareciendo del mundo». [16] No era un análisis ni una obra historiográfica: era «una oración fúnebre», un «intento de entender, desde una perspectiva filosófica, lo que estamos perdiendo a medida que nuestra forma de vida se deteriora». Los capítulos que seguían, compuestos con elegancia, rendían homenaje a lo que para él era una Inglaterra muerta o moribunda: la cultura inglesa, la religión inglesa, las leyes inglesas y el carácter inglés. La suya era una nostalgia clásica, reflexiva, y terminaba con una extraordinaria efusión de desesperación cultural:

> La vieja Inglaterra por la que lucharon nuestros padres se ha reducido a rincones aislados entre las autopistas. La granja familiar, que mantenía la producción diversificada de pequeña escala que fue en gran parte responsable de la forma y apariencia de Inglaterra, se halla hoy al borde de la extinción. Los pueblos han perdido sus centros, que están tapiados y destrozados; y las ciudades han sido casi arrasadas por vastas estructuras de acero que de noche permanecen vacías entre restos de hormigón iluminados. Ya no se ve el cielo nocturno, que en todas partes está cubierto de un pálido resplandor anaranjado, e Inglaterra se está convirtiendo en una tierra de nadie, un «lugar otro» gestionado por ejecutivos que solo fugazmente visitan los puestos de avanzada, alojándose en hoteles multinacionales en los límites de alumbrados páramos.

El amor de Scruton por el campo, su vitalicia defensa de los estilos arquitectónicos tradicionales y su fe en las comunidades e instituciones locales podrían haberle llevado a apoyar a la Unión Europea, cuyas políticas aspiran explícitamente a proteger y promover tanto las marcas como los productos europeos, a preservar la arquitectura y la agricultura del

continente —y, con ello, el campo— a veces en contra de las fuerzas del mercado. Podría haber abogado por que la Unión hiciera más cosas en ese sentido, o que las hiciera mejor; podría haber llegado a ver a la institución, como hacen tantos europeos, como un baluarte contra un mundo cada vez más dominado por China, Estados Unidos y una serie de empresas y bancos globales sin el menor interés en las pequeñas poblaciones de Europa como las que amaba Scruton. Pero él, como Heffer y muchos otros, llegó a la conclusión opuesta.

Con el tiempo, la Unión Europea se convertiría en una especie de fijación para los conservadores nostálgicos. Dejando aparte cualquier crítica legítima a las políticas o comportamientos de la Unión —por supuesto, se pueden hacer muchas—, para algunos de ellos «Europa» se convirtió en la encarnación de todo lo que había ido mal, en la explicación de la ineficacia de la clase dirigente, la mediocridad de la cultura británica, la fealdad del capitalismo moderno y la falta generalizada de vigor nacional. La necesidad de negociar regulaciones había castrado al Parlamento británico. Los fontaneros polacos y los analistas de datos españoles que trabajaban en Gran Bretaña ya no eran compatriotas europeos que compartían una cultura común, sino inmigrantes que amenazaban la identidad de la nación. Con el paso del tiempo, esas ideas calaron cada vez con más intensidad, hasta el punto de que poco a poco generaron nuevas divisiones, alteraron las relaciones y cambiaron las mentalidades. En 2012, mi esposo pronunció un discurso en un congreso pidiendo que Gran Bretaña no solo se quedara en la Unión Europea, sino que la liderara. La Unión Europea —declaró— «es una potencia angloparlante. El mercado único fue una idea británica [...] Si ustedes quisieran, podrían liderar la política de defensa de Europa». El discurso apareció publicado en el *Times*, y Heffer me escribió una airada

nota al respecto. Más tarde también yo le escribí algunas notas airadas, y durante mucho tiempo no nos hablamos.

Para quienes en Inglaterra (y ciertamente en su mayoría estaban en Inglaterra, no en Escocia, Gales ni Irlanda del Norte) veían el mundo a través de este prisma, la lucha contra «Europa» fue adquiriendo poco a poco el carácter de un valeroso conflicto con claros ecos del pasado. La cultura popular ya había establecido la Segunda Guerra Mundial como el acontecimiento central de la historia contemporánea, y la campaña a favor del Brexit encajaba a la perfección en ese relato. En el tiempo transcurrido entre el referéndum y el Brexit se estrenaron dos películas sobre Churchill y una sobre Dunkerque. En 2018, la biografía de Churchill de Andrew Roberts se convirtió en un éxito de ventas (la biografía que escribiera el propio Johnson también había funcionado muy bien unos años antes). En una entrevista realizada en 2016, William Cash, un diputado conservador que consagró su carrera a sacar a Reino Unido de Europa, comparó la pertenencia de Gran Bretaña a la Unión con la política de «apaciguamiento».[17] En aquella misma entrevista aludió a la memoria de su padre, que murió en las playas de Normandía, mientras explicaba por qué hoy no quería vivir en una «Europa dirigida por los alemanes». En la última columna que publicó antes del referéndum, Heffer calificaba a la Unión Europea —una organización que la propia Gran Bretaña había contribuido a liderar durante dos generaciones— como «una potencia extranjera que invalida [nuestros] tribunales y [nuestro] Gobierno electo», [18] al mismo tiempo que describía a quienes habían hecho campaña a favor del Brexit como los representantes de un «fuerte incremento de la conciencia nacional que no presenciábamos desde la Segunda Guerra Mundial». Invocando el espíritu del Blitz, declaraba: «Este es nuestro momento de grandeza».

Este giro hacia la nostalgia restauradora llevó a Heffer a rechazar al Partido Conservador mucho antes de 2016. En algún momento de la década de 1990 me dijo que iba a votar al Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP, por sus siglas en inglés), un movimiento político monotemático que pretendía sacar a Gran Bretaña de la Unión Europea, aunque no sé si al final lo hizo; sí recuerdo que me sorprendí porque en ese momento no había oído hablar del UKIP, que por entonces era una organización muy marginal. En la práctica, el UKIP actuaba como el partido oficial del nacionalismo inglés, y su verdadero interés residía en el resurgimiento de este tanto como en la «independencia» británica. El fundador y líder del partido, Nigel Farage, era un rico operador bursátil de la City londinense e hijo de un corredor de Bolsa, vestía chaquetas de tweed, se fotografiaba bebiendo cerveza en pubs y afirmaba con hipocresía que hablaba en nombre del ciudadano corriente y en contra de la «élite». Él no compartía la elegíaca nostalgia burkeana de Scruton; antes bien, tomó la ira de Heffer contra la gente que gobernaba Gran Bretaña y le dio un uso político. No era en absoluto un intelectual, pero sí alguien que —como los *clercs* de Benda— moldeaba y plasmaba las ideas de otros en un proyecto político. Al principio los conservadores lo denostaron. Luego, cuando la estrella del UKIP empezó a brillar, trataron de imitarlo.

A veces había cierto trasfondo racial en este tipo de nacionalismo inglés: por definición, no puede haber «ingleses» negros, aunque pueda haber británicos negros. Pero en realidad no tenía que ver con el color de la piel. Al fin y al cabo, el concepto de «inglesidad» también excluía a los británicos irlandeses de Belfast, así como a los británicos escoceses de Glasgow y a todo el resto de gaélicos de Reino Unido. Sus partidarios incluso llegaron a pensar que si el hecho de abandonar la Unión Europea acababa rompiendo a Reino Unido —y siempre supieron que eso podía

suceder—, pues que así fuera. John O'Sullivan, antiguo redactor de discursos de Margaret Thatcher, era uno de los que estaban dispuestos a pagar ese precio. «Bueno, Escocia se irá —me dijo en cierta ocasión hace unos años—, y nosotros seguiremos adelante.»

Para algunos, el potencial de caos constitucional y político no era solo un lamentable efecto secundario del Brexit, de hecho formaba parte de su atractivo. Ataviado con sudaderas con capucha y gafas de sol oscuras, Dominic Cummings usaba un estilo de indumentaria completamente distinto del de los conservadores nostálgicos envueltos en tweed, con sus elegantes zapatos de cuero y sus chaquetas Barbour. Por lo que yo sé, nunca ha expresado añoranza por el pasado, pero desde una perspectiva sociológica Cummings —uno de los más destacados estrategas de comunicación política de la campaña del Brexit y luego principal asesor de Johnson— se hallaba estrechamente vinculado a los conservadores nostálgicos. Era el marido de una directiva de *The Spectator*, yerno de un baronet y sobrino de un famoso juez graduado en Humanidades en Oxford. Y lo que es más importante: compartía con ellos algunos de sus sentimientos, en especial su creencia de que algo esencial de Inglaterra estaba muerto y enterrado. En el periodo previo a la campaña del Brexit y en los meses siguientes, Cummings escribió varias entradas en su blog, repletas de terminología técnica y jerga militar, en las que vertía su desdén por el Parlamento, los políticos y la administración pública británicos utilizando un lenguaje muy distinto del de Heffer, pero que rezumaba exactamente el mismo nivel de furia. Así, hablaba de la «disfunción sistémica de nuestras instituciones y la influencia de grotescos incompetentes», y afirmaba que la política británica era «como un ciego guiando a otro ciego».[19]

Aunque nunca se habría calificado a sí mismo como tal, la visión que

Cummings tenía de Europa era como la del resto de nostálgicos restauradores. En uno de sus ensayos publicados en internet —concretamente en 2019, antes de que Boris Johnson lo nombrara asesor especial en jefe—, Cummings vituperaba a la Unión Europea por frenar el progreso de Gran Bretaña: «Las viejas instituciones como la ONU y la UE, fundamentadas en los supuestos de principios del siglo XX sobre el funcionamiento de las burocracias centralizadas, son incapaces de resolver los problemas de coordinación global».[20] Su conclusión: había que reinventarlo todo, desde las escuelas hasta la administración pública, pasando por el propio Parlamento.

Con independencia de que su desesperación cultural fuera airada o elegíaca, de que su nostalgia fuera restauradora o reflexiva —de que ellos mismos fueran *clercs* como Cummings o teóricos distanciados de la política como Scruton—, el hecho es que los conservadores nostálgicos sentaron las bases de una campaña a favor del Brexit que, para quienes la apoyaban, parecía ser la última oportunidad de salvar al país por todos los medios, fuera cual fuese el coste. Tanto la campaña Vote Leave del *establishment* conservador, liderada por Johnson y su colega *tory* Michael Gove, como la que realizó el UKIP, liderada por Nigel Farage, se basaron en mentiras. Si Reino Unido abandonaba la Unión —afirmaba Johnson—, el Servicio Nacional de Salud británico dispondría de trescientos cincuenta millones de libras más a la semana, una cifra completamente imaginaria; si se quedaba, se vería obligado a aceptar a Turquía como miembro, cosa que tampoco era cierta. Farage apareció ante un cartel que mostraba la imagen de una gran multitud de sirios caminando hacia Europa, aunque en realidad no había ninguna razón para suponer que alguno de ellos pudiera terminar en Reino Unido, que no forma parte del Espacio Schengen, la zona europea libre de fronteras. En una entrevista realizada posteriormente, Cummings comparó

aquella campaña con la «propaganda soviética»;[21] pero su propia campaña también se basó en avivar los temores relacionados con la inmigración y las falsas promesas sobre el gasto público en bienestar social, vinculando deliberadamente ambas cuestiones. Entre otras cosas, publicó un vídeo en el que se afirmaba: «Turquía se integra en la Unión Europea. Nuestras escuelas y hospitales ya no dan abasto». Aunque no guardaba relación alguna con la realidad, el vídeo se visualizó quinientas quince mil veces.

Hubo un tiempo en que la reformulación de ideas en forma de proyectos políticos se limitaba a la redacción de panfletos; el referéndum del Brexit marcó el final de ese concepto y el comienzo de algo distinto. La campaña Vote Leave jugó sucio, quebrantando las leyes electorales para gastar más dinero en publicidad dirigida en Facebook. Así, por ejemplo, cuando se conectaban a la red social, los amantes de los animales veían fotografías de toreros españoles, mientras que los aficionados al té veían una mano abierta, con una bandera de la Unión Europea, que se extendía para tratar de agarrar una taza de té inglés, y a la que acompañaba un inflamado eslogan: «La Unión Europea quiere aniquilar nuestro té». Vote Leave utilizó los datos robados por la empresa Cambridge Analytica para ayudar a identificar a los destinatarios de esos anuncios dirigidos. Todas las campañas del Brexit se beneficiaron asimismo de las actividades de diversos troles rusos, aunque en su mayor parte estas se limitaban a repetir lo que hacía Vote Leave de todos modos. La atmósfera de la campaña fue la más tensa y desagradable de toda la moderna historia británica. En su momento de máximo apogeo, la parlamentaria Jo Cox fue asesinada por un hombre que se había convencido de que el Brexit traería la liberación, mientras que el «Remain» —la permanencia en la Unión Europea— implicaba que Inglaterra sería destruida por hordas de extranjeros de tez morena. Como el

asesino de Paweł Adamowicz, el alcalde de Gdansk, se había radicalizado por la retórica airada que lo rodeaba.

Tanto entonces como después, los activistas empeñados en restaurar la grandeza inglesa seguirían centrándose en el objetivo de abandonar la Unión. Conociendo a algunos de ellos —y sabiendo cuánto se preocupan por Inglaterra y cuán convencidos están de que su civilización está en peligro—, podía llegar a entender su actitud, por más que no la compartiera. Ellos creen que el sistema político británico es demasiado corrupto para reformarse, que el país se ha transformado hasta tal punto que resulta irreconocible, que la propia esencia de la nación se está desvaneciendo. Pero si todo eso es cierto, entonces solo una profunda revolución, incluso una revolución que pueda alterar la propia naturaleza del Estado —sus fronteras, sus tradiciones, puede que hasta sus instituciones democráticas— detendrá la podredumbre. Si el Brexit podía ser esa revolución, entonces cualquier cosa que condujera a ese objetivo era aceptable, desde las falsas afirmaciones relativas al gasto público hasta la manipulación de datos, pasando por los ataques al poder judicial y el dinero ruso. Esa perspectiva de cambio extremo seguiría inspirándoles y motivándoles, incluso cuando se revelara problemática.

En los escritos y discursos de algunos de los partidarios del Brexit, la democracia era la razón primordial que justificaba su postura. En 2010, Heffer escribía que «Europa ha avanzado en gran medida siendo antidemocrática», que el continente se había «sovietizado» y que Gran Bretaña necesitaba escapar por el bien de su democracia.[22] En 2016, el diputado conservador Michael Gove declaraba públicamente que «nuestra pertenencia a la Unión Europea impide que podamos elegir quién toma

decisiones cruciales que afectan a la vida de todos nosotros».[23] Él esperaba, en cambio, que una victoria del Brexit condujera a «la liberación democrática de todo un continente». Los partidarios del Brexit no se plantearon en ningún momento lograr su objetivo sin que se celebrara un referéndum.

Sin embargo, por mucho que en teoría apoyaran la democracia, muchos de ellos, especialmente los que trabajaban para la prensa sensacionalista, se sentían asqueados por las instituciones democráticas reales de Reino Unido. Cuando en noviembre de 2016 tres jueces británicos dictaminaron que haría falta la aprobación del Parlamento para que el Gobierno pudiera abandonar oficialmente la Unión Europea, el *Daily Mail*, un periódico dirigido por partidarios del Brexit, hizo algo extraordinario: publicó en portada fotos de los tres jueces, con sus togas y pelucas, junto al titular: «Enemigos del pueblo».[24]

La decisión no tenía nada que ver con el Brexit; por el contrario, defendía la soberanía del Parlamento. Pero en el artículo adjunto se vituperaba a los tres jueces, dos de ellos nada menos que el presidente del Tribunal Supremo y el presidente del Tribunal de Apelación, las dos instancias más importantes de la judicatura británica. Hubo un tiempo en que estas eran la clase de figuras del *establishment* respetadas por los conservadores burkeanos; ahora eran personajes ajenos, extraños, miembros de una élite que había «perdido el contacto» con los británicos «reales» y pretendían frustrarles. A uno de ellos se le describía en tono burlón como un «exesgrimista olímpico abiertamente gay».[25] Pero la judicatura no era la única institución británica venerable que era objeto de ataque. En otro artículo de primera plana del *Daily Mail* se arremetía contra la Cámara de los Lores bajo el titular «Aplastemos a los saboteadores».[26]

A medida que se prolongaban las negociaciones con la Unión Europea, el

desprecio de los partidarios del Brexit por las instituciones británicas se hacía más intenso. Inevitablemente, el proceso de sacar a Gran Bretaña de cuarenta años de tratados resultaba mucho más difícil de lo que habían prometido los simplistas eslóganes electorales. Al final resultó que muy pocos de los conservadores nostálgicos realmente entendían Europa o la política europea, de manera que sus predicciones sobre lo que iba a suceder se revelarían erróneas. Heffer escribió una columna en la que argumentaba que el Brexit desencadenaría en otros países europeos una serie de referendos a imagen y semejanza del británico; lo que sucedió en realidad fue que generó un creciente apoyo a la Unión.[27] Un miembro conservador de la Cámara de los Lores me dijo justo después de la votación que había hablado personalmente con los principales fabricantes alemanes y le habían asegurado que cualquier acuerdo que se forjara sería favorable para Gran Bretaña; en realidad, los principales fabricantes alemanes empezaron a hablar de desinvertir en Reino Unido. Durante la campaña del referéndum, nadie había pensado en absoluto en Irlanda del Norte ni en la necesidad de construir una nueva aduana británico-irlandesa si Gran Bretaña salía del mercado único; en cuanto empezaron las negociaciones, este se revelaría de inmediato uno de los principales asuntos a tratar.

La conciencia de que habían subestimado los costes y sobrestimado la facilidad con la que Reino Unido podía apartarse de Europa llevó a algunos partidarios del Brexit a guardar silencio. Una periodista me dijo en privado que había cambiado de opinión sobre el Brexit, aunque pude observar que el tono de sus escritos públicos no cambiaba. Otros, en cambio, se sintieron aún más atraídos por la idea del caos. Un Brexit «sin acuerdo» —que implicaba que Reino Unido rompería todos sus tratados con Europa, lo que a su vez provocaría un incremento automático de los aranceles y la inseguridad jurídica para millones de personas— ya no era un resultado

desafortunado que debía evitarse si era posible. Ellos querían que hubiera perturbación, que hubiera un impacto, que hubiera un cambio *real*. Finalmente, ese era el momento en que podrían convertir su nostalgia por un pasado mejor en un futuro mejor.

Hubo diferentes versiones de ese anhelo de caos. Algunos llegaron a creer que una caída repentina de la actividad económica sería buena para el alma de la nación. Todo el mundo tendría que espabilar, apretarse el cinturón y trabajar con más ahínco. «Los británicos se cuentan entre los peores holgazanes del mundo», escribía un grupo de parlamentarios pro-Brexit de sus compatriotas; necesitaban un buen susto, una época de vacas flacas, un reto.[28] Eso restituiría su esencia a Reino Unido —o al menos a Inglaterra— y revelaría el valeroso carácter de la nación; obligaría al perezoso y decadente Estado moderno a recuperar —en palabras de Johnson— «el dinamismo de aquellos barbudos victorianos».[29]

En el otro lado del espectro político imperaba un tipo distinto de fantasía sobre un potencial desastre. El líder del Partido Laborista, Jeremy Corbyn, provenía de una tradición marxista que históricamente había celebrado la catástrofe en cuanto esta podía conducir a un cambio radical. Aunque nunca lo declararan en público, Tom Watson, entonces vicepresidente del partido, le dijo en privado al periodista Nick Cohen que una parte de los líderes laboristas estaban «absolutamente convencidos de que, si el Brexit trae el caos, los votantes se decantarán por la izquierda radical».[30] También había un pequeño grupo de la izquierda intelectual británica que parecía esperar que, como mínimo, el Brexit sacara al país de su sistema económico capitalista. Así, por ejemplo, la revista izquierdista *Jacobin* publicó un artículo en el que argumentaba que el Brexit ofrecía «una oportunidad única para demostrar que es posible una ruptura radical con el neoliberalismo y con las instituciones que lo apoyan».[31]

Otros esperaban que hubiera una profunda crisis, pero con un resultado distinto: que el caos generara una «hoguera de regulaciones», el abandono del Estado del bienestar y nuevas oportunidades para los fondos de cobertura y los inversores. Gran Bretaña podía convertirse en el paraíso fiscal de Europa, una «Singapur a orillas del Támesis», como me dijo Robert Rowland, eurodiputado del Partido del Brexit. Los oligarcas estarían contentos, y todos los demás simplemente tendrían que adaptarse. Todo iría mejor.

No es que estas fueran precisamente opiniones marginales, ni tampoco se las consideraba descabelladas. Diversas figuras del *establishment* expresaron esas mismas fantasías en diferentes momentos: el primer ministro, el líder de la oposición y varios ricos financieros. Por supuesto, nadie había votado a favor de ese tipo de perturbación. Jamás se había debatido el asunto durante toda la campaña del referéndum. La mayoría del Parlamento estaba en contra. La mayoría de la nación estaba en contra. Pero, para muchos partidarios del Brexit, poco a poco se fue convirtiendo en el verdadero objetivo de este último. Y si las instituciones del Estado británico se interponían en su camino, habrían de sufrir las consecuencias.

No creo que sea casual el hecho de que por entonces algunos conservadores británicos —miembros destacados del partido *tory*, exthatcheristas, antiguos radicales de la Guerra Fría— también se enamoraran de las políticas antidemocráticas practicadas en otros lugares. El Gobierno de Theresa May había abandonado con sorprendente rapidez la vieja idea de que Gran Bretaña debía defender la democracia en todo el mundo; durante su breve y desastroso mandato como secretario de Exteriores, Johnson tampoco hizo ningún esfuerzo en ese sentido. A partir de 2016, el único interés de Gran Bretaña en materia de política exterior sería el Brexit. Así, por ejemplo, en lugar de utilizar su considerable

ascendiente en Varsovia para persuadir al partido Ley y Justicia polaco de que dejara de intentar influir en los tribunales, el Partido Conservador —que compartía el mismo grupo en el Parlamento Europeo— se lanzó a defenderlo.

A algunas personas esto les exigió un importante cambio de valores. El eurodiputado conservador Daniel Hannan, por ejemplo, había hablado muy claro en el pasado a la hora de denunciar las mentiras comunistas; como yo, incluso había ayudado a Scruton a enviar dinero a disidentes de Europa del Este. Pero prefirió ignorar esa misma clase de mentiras cuando provenían de sus colegas de Ley y Justicia en el Parlamento Europeo. «No quiero interferir en la política nacional polaca», me dijo cuando le pregunté al respecto en enero de 2020, durante su última semana en la sede del Parlamento en Estrasburgo.

Algunos parlamentarios europeos británicos fueron aún más lejos. En 2018, varios eurodiputados tanto del Partido Conservador como del UKIP votaron para impedir que la Unión Europea censurara a Orbán por socavar ilegalmente la independencia de la judicatura de Hungría. ¿Por qué los políticos de un país consagrado al Estado de derecho harían algo así? En palabras de un antiguo eurodiputado del UKIP, querían «reafirmar el derecho de una nación democrática a desafiar la interferencia de Bruselas».

Por entonces, *The Spectator* —la revista donde yo trabajaba— accedió alegremente a organizar un evento vespertino patrocinado por la Fundación Századvég, una institución leal a los intereses de Fidesz, el partido gobernante húngaro. En cierta ocasión, la fundación cerró su propia revista alegando que esta había publicado un artículo crítico con el Gobierno. «La tarea de esta publicación será apoyar la dirección del Gobierno», afirmaba el director. El tema del evento de *The Spectator* y Századvég no era precisamente la libertad de prensa, sino la política migratoria, la cuestión

que utilizan los líderes húngaros para atraer a los conservadores antiinmigración de Europa occidental, a pesar de que Hungría no es en sí mismo un destino de migración masiva ni lo ha sido nunca. Al evento le siguió lo que, según todas las descripciones, fue una alegre y etílica velada en la embajada de Hungría, en la que el embajador saludó a los escritores y locutores británicos que había en la mesa como colegas «conservadores» que luchaban todos por una misma causa.

Cuando le pregunté sobre el evento a Fraser Nelson, director de *The Spectator*, negó con vehemencia que sintiera la más mínima simpatía por el autoritarismo húngaro. Aunque no renunciaba a la relación con la fundación (o, presumiblemente, a lo que esta pagaba en concepto de patrocinio), me dejó escribir un artículo argumentando que algunos partidarios del Brexit estaban «dando cobertura intelectual a un partido político profundamente corrupto, que nunca abandonará voluntariamente la Unión Europea porque sus líderes han inventado demasiadas formas ingeniosas de apropiarse de los fondos de esta en pro de sus amigos».[32] Eso enfureció al embajador húngaro en Londres, que me arrinconó en la fiesta de presentación de un libro —donde me había invitado otro de mis amigos— para acusarme de haber escrito un texto que dificultaba su trabajo. No era precisamente una acusación falsa.

Los húngaros también atraían a algunas personas cuya ira o decepción en su propio país les había predispuesto a buscar con más ahínco alternativas en otros lugares. Entre ellos se contaba John O'Sullivan —el mismo que tan a la ligera se había tomado la posible salida de Escocia de Reino Unido—, uno de los redactores de discursos de Margaret Thatcher, su escritor anónimo, consumado estilista, y en las décadas de 1980 y 1990 director de una de las más importantes revistas conservadoras estadounidenses, *National Review*. Precisamente en calidad de tal había contratado a mi

esposo en cierta ocasión como «corresponsal itinerante»; de hecho, estuvo en nuestra boda. Tenía una merecida reputación de ser un *bon vivant* (un amigo en común recuerda haber estado en su casa y haber observado que no tenía nada en el refrigerador excepto una botella de champán), también era un gran conversador, además de un escritor excelente. Pero hacia el final de una carrera realmente distinguida, O'Sullivan, que por entonces tenía setenta y tantos años, puso rumbo a Budapest.

Allí empezó a trabajar para el Danube Institute, un laboratorio de ideas creado y financiado por el Gobierno húngaro a través de otra fundación. El propio O'Sullivan me lo describió como «conservador en cultura, clásicamente liberal en economía y atlantista en política exterior». Pero el Danube Institute existe, en la práctica, para dar al Gobierno húngaro una apariencia presentable ante el mundo exterior. No tiene influencia alguna dentro del país; de hecho, varios amigos húngaros califican su presencia en Budapest de meramente «marginal». En general, los húngaros no leen sus publicaciones (que son bastante escasas y en inglés), mientras que sus eventos no son demasiado interesantes y la mayoría pasan desapercibidos. Pero O'Sullivan tiene una oficina y un piso en Budapest. Dispone de medios para invitar a sus numerosos amigos y contactos, todos ellos escritores y pensadores conservadores, a visitarle en la que es una de las ciudades más grandes y hermosas de Europa; y no me cabe la menor duda de que, cuando llegan, encuentran en él al jovial e ingenioso anfitrión que ha sido siempre.

O'Sullivan ha defendido muchas veces a Orbán; entre otras ocasiones, en la introducción a un breve libro sobre el primer ministro húngaro.[33] Su defensa se basa, más o menos, en la siguiente argumentación. Todo lo que se oye sobre Hungría es falso. Allí hay mucha libertad. Otros europeos critican a Hungría no por la corrupción, ni por la xenofobia cuidadosamente

alimentada por el Gobierno, sino solo porque no les gustan los valores «cristianos» de Orbán. Este último argumento ejerce una poderosa atracción sobre algunos escritores conservadores estadounidenses como Christopher Caldwell, quien tras aceptar la invitación de O'Sullivan de viajar a Budapest, publicó un largo artículo en *Claremont Review* en el que alababa el ataque de Orbán a las «estructuras sociales neutrales y la uniformidad de las reglas de juego», un eufemismo para referirse a la independencia judicial y el Estado de derecho.[34]

Caldwell también elogiaba la mítica «comunidad orgánica» que, según él, Orbán ha creado en su lugar. Pero solo un extranjero calificaría de «comunidad orgánica» al cerrado y corrupto Estado unipartidista de Orbán, un mundo en el que los amigos, la familia y los primos del primer ministro se hacen cada vez más ricos, se asciende y degrada a la gente según la lealtad a su partido, y todos los demás son excluidos. Y solo un ideólogo podría creer que los vecinos europeos de Hungría están molestos por el «cristianismo» de Orbán. En realidad, están molestos por la cultivada xenofobia de las campañas anti-Soros y antieuropeas; por las manipulaciones legales que han dado al primer ministro húngaro un control casi absoluto de la prensa y el proceso electoral, así como por su corrupción y uso del dinero de la Unión Europea para financiar a sus compinches. Asimismo, en la primavera de 2020 se indignaron cuando Orbán utilizó el coronavirus como excusa para otorgar poderes casi dictatoriales a su Gobierno, incluido el poder de detener a aquellos periodistas que criticaran la respuesta de este a la pandemia. También la hipocresía resulta exasperante: de hecho, hay muchas personas no europeas y no cristianas (sirios, malasios, vietnamitas...) que emigran a Hungría; basta con que paguen.

En 2013, cuando llegó O'Sullivan, el Danube Institute era tan solo un

lugar un tanto extravagante para que alguien tan distinguido como él acabara allí. Pero después de que el Gobierno húngaro creara un sistema político en el que ningún partido de oposición podía ganar; después de que la Oficina de Auditoría Estatal despojara a los partidos de la oposición de la financiación necesaria para hacer campaña; después de que un grupo financiero estatal se hiciera con el control de la mayoría de los medios de comunicación húngaros; después de que el Gobierno húngaro obligara a la Universidad Centroeuropea a abandonar el país; después de que la familia y los amigos de Orbán se enriquecieran con contratas públicas; después de que el partido gobernante utilizara el racismo y un antisemitismo encubierto en su campaña electoral (Orbán combatía a un «enemigo» anónimo que era «astuto», de ámbito «internacional» y «especula con dinero»); después de que Orbán acogiera a un banco ruso que tenía vínculos con el espionaje; después de socavar la política estadounidense en Ucrania... Después de todo eso, la posición de O'Sullivan en el Danube Institute se hizo francamente extraña, y aún más el argumento que les vendía a los amigos que iban a verle. Por entonces, la única razón concebible para que el Gobierno húngaro financiara el instituto era camuflar su verdadera naturaleza: la de un Gobierno que no tenía nada de conservador en el tradicional sentido anglosajón, ni era clásicamente liberal en economía, ni tampoco especialmente atlantista.

Me llevó cierto tiempo ponerme en contacto con O'Sullivan, dado que suele moverse bastante. Cuando por fin pudimos hablar por teléfono, en el otoño de 2019, él estaba en un crucero y era muy tarde para su horario. Tuvimos una conversación desagradable, aunque no tanto como la que tuve con Mária Schmidt: él no me exigió hacer su propia grabación ni publicó una versión inexacta después. Pero respondió a todas mis preguntas con una u otra versión de lo que se conoce como «whataboutismo» (derivado del

inglés *what about*...?, «¿y qué pasa con...?», «¿y qué hay de...?»), una técnica retórica que antaño hicieron famosa los funcionarios soviéticos y que consiste en responder a cualquier pregunta acusando de hipocresía a quien la formula por ocultar sus propios trapos sucios o los del colectivo al que supuestamente representa. Así, a mis preguntas sobre los medios de comunicación húngaros —el 90 por ciento de los cuales son propiedad del Gobierno o de empresas vinculadas al partido gobernante, que también son las que las gestionan—, respondió que también la mayoría de los medios estadounidenses son «más favorables» al Partido Demócrata, por lo que la situación es similar.[35] Cuando le pregunté por la amistad del Gobierno húngaro con Rusia, me preguntó a su vez si Alemania estaba realmente comprometida con Estados Unidos y la OTAN. Cuando le pregunté si se sentía cómodo trabajando para una institución financiada por el Gobierno húngaro, me respondió que estaba «absolutamente seguro de que el Gobierno de Hungría aplica políticas con las que personalmente no estoy de acuerdo», pero que, por otro lado, también «hay montones de políticas gubernamentales en distintos países que no me gustan». Cuando le pregunté por los empresarios húngaros amenazados por el partido gobernante, me respondió que «deberían quejarse más al respecto».

Reconocía que no dejaba de ser interesante y curioso que en otro tiempo, allá por la década de 1980, él, Orbán y yo estuviéramos en el mismo bando, mientras que ahora no. Pero pensaba que era porque yo había cambiado, no él: ahora yo formaba parte de una «élite internacional liberal, judicial y burocrática» que se oponía a los «parlamentos democráticamente electos». Pero no explicaba cómo se puede llegar a tener siquiera un «Parlamento democráticamente electo» en un Estado como Hungría, donde el Gobierno puede jugar sucio y de hecho lo hace impunemente; donde los partidos de oposición pueden ser multados o castigados de forma aleatoria; donde parte

de la judicatura está politizada, y donde el grueso de los medios de comunicación están manipulados por el partido gobernante. El uso que hacía O'Sullivan de la palabra élite también resultaba curioso: en Hungría, la única élite que existe —y es una élite tremendamente poderosa, antiliberal, judicial y burocrática— es la que está prosperando en el seno de Fidesz. Y resultaba asimismo curiosamente irreflexivo, dado que hubo un tiempo en que O'Sullivan se habría sentido orgulloso de considerarse miembro de la élite internacional trasatlántica que asistía a fiestas con Rupert Murdoch y a costosas cenas con Conrad Black. Pero, dondequiera que estuviese su crucero, se había hecho muy tarde. Él estaba molesto y yo también.

No creo que al principio Boris Johnson se considerara miembro de una nueva élite, menos aún un revolucionario. Al fin y al cabo, era miembro «oficial» de la vieja élite. E independientemente de lo que creyeran sus lugartenientes y asesores, en un primer momento no tenía el menor interés en socavar al Estado, ni en redefinir Gran Bretaña o Inglaterra. Solo intentaba ganar, ser admirado; quería seguir contando historias divertidas y adquirir más poder. Pero en el nuevo mundo político creado por el Brexit, ganar requería dar pasos inusitados. Había que forzar la Constitución al límite, había que purgar de escépticos el partido *tory*, había que cambiar las reglas. Y en el otoño de 2019 Johnson empezó a cambiarlas.

En septiembre de ese año, por consejo de Cummings, tomó la extraordinaria decisión de dejar el Parlamento en suspenso de manera tan inusitada como inconstitucional. También expulsó del partido a un grupo de conservadores liberales que intentaban impedir un potencial Brexit sin acuerdo, algo igualmente insólito. Entre los expulsados se contaban dos

exministros de Hacienda y el nieto de Churchill. Después algunos de ellos, como Dominic Grieve, antiguo fiscal general y uno de los últimos conservadores proeuropeos con principios, fueron activamente difamados por el partido. Una «fuente» anónima «de Downing Street» (presumiblemente Cummings) declaró a la prensa que Grieve y otros estaban siendo objeto de investigación por «connivencia extranjera», una expresión que pretendía dar a entender una posible traición. Johnson se negó a desmentir tan absurda historia, y en cambio afirmó en un programa de análisis y debate político: «Hay una cuestión que es legítimo plantear». [36] En los días posteriores Grieve recibió amenazas de muerte. Boris también calificó las objeciones parlamentarias a un posible Brexit sin acuerdo como una forma de «rendición» ante el enemigo; un comentario que intentó hacer pasar por una broma. Pero no todo el mundo reía.

Por el contrario, algunas de las personas que lo rodeaban hablaban muy en serio. Los partidarios del Brexit estaban furiosos con el Parlamento, cuya mayoría contraatacaba con todas las tácticas legales y todas las normas parlamentarias a las que podía recurrir para evitar el Brexit sin acuerdo al que se oponían la mayoría de los británicos. Finalmente llegaron a un acuerdo que muchos habían calificado de inaceptable solo unos meses antes, que permitía implementar una aduana entre Irlanda del Norte y el resto de Reino Unido. Se había evitado el escenario del Brexit sin acuerdo, pero los partidarios del Brexit estaban decididos a asegurarse de que nada pudiera volver a detenerlos. El manifiesto del partido *tory*, redactado antes de su campaña electoral de diciembre de 2019, contenía un atisbo de la venganza que algunos esperaban infligir a quienes tan eficazmente habían utilizado la separación de poderes que establecía la Constitución:

> Después del Brexit, también debemos examinar los aspectos más generales de nuestra Constitución: la relación entre el Gobierno, el Parlamento y los tribunales; el funcionamiento de la

prerrogativa real; el papel de la Cámara de los Lores, y el acceso a la justicia para la gente de a pie. [37]

En las semanas inmediatamente posteriores a las elecciones hubo algunos indicios de lo que podría suceder. Como en Polonia, se oyeron voces instando a socavar los medios de comunicación públicos, quizá alterando la financiación de la BBC. Como en Hungría, se habló de restringir o limitar la capacidad de los tribunales. También se habló de una purga de funcionarios. Cummings anunció que quería contratar a «bichos raros e inadaptados» para que le ayudaran a realizar los «grandes cambios en política y en la estructura de la adopción de decisiones» que habría que emprender a continuación.[38] A lo largo de la divisiva campaña del referéndum y de dos encarnizadas elecciones, los intelectuales y asesores de comunicación política que habían invertido sus energías en el Brexit hablaron de revolución y destrucción, empleando un tipo de lenguaje que hacía muchos años que no formaba parte de la política británica. Cuando Johnson ganó por una abrumadora mayoría, algunos de ellos, finalmente, se vieron en situación de actuar en consecuencia.

También se encontraron de repente ante el dilema que planteara el estadista estadounidense Dean Acheson allá por 1962: «Gran Bretaña ha perdido un imperio, pero aún no ha encontrado un papel».[39] En las décadas posteriores Gran Bretaña encontró su papel: el que la llevó a convertirse en uno de los líderes más poderosos y eficaces de Europa, el vínculo más importante entre Europa y Estados Unidos, y el paladín de la democracia y el Estado de derecho, especialmente en Europa. Ahora, en un mundo drásticamente remodelado por una pandemia, los dirigentes británicos parten de cero. El lugar de Gran Bretaña en el mundo, su papel en el orden mundial, incluso su propia definición —¿quiénes son los británicos?, ¿qué tipo de nación es Gran Bretaña?— está en juego una vez

más. En el nuevo panorama creado por la doble crisis médica y económica de 2020 —y por el propio y peligroso encontronazo de Johnson con el coronavirus— puede que surja algo muy distinto.

4
Aluviones de falsedades

El cambio político —las alteraciones de la opinión pública, las modificaciones bruscas del sentimiento de la ciudadanía, el desplome de la lealtad de partido— ha constituido durante mucho tiempo un tema de gran interés para académicos e intelectuales. Existe una vasta bibliografía sobre las revoluciones, así como un subgénero de fórmulas diseñadas para predecirlas. La mayoría de esas investigaciones se centran en criterios económicos mensurables y cuantificables, como el grado de desigualdad o el nivel de vida. Muchas intentan predecir el grado de dolor económico, cuánta hambruna, cuánta pobreza producirá una reacción, forzará a la gente a salir a la calle, la persuadirá de la necesidad de asumir riesgos.

En una fecha muy reciente, esta cuestión se ha vuelto más difícil de responder. En el mundo occidental, la inmensa mayoría de la gente no muere de hambre. Tiene casa y comida. Tiene una educación básica. Si la describimos como «pobre» o «desfavorecida», a veces es solo porque carece de cosas con las que los seres humanos ni siquiera podían soñar hace solo un siglo, como el aire acondicionado o el wifi. En este nuevo mundo, puede que los grandes cambios ideológicos no vengan causados por la escasez de pan, sino por nuevos tipos de perturbaciones. Puede que esas nuevas revoluciones ni siquiera se parezcan en nada a las viejas. En un mundo donde la mayor parte del debate político tiene lugar en internet o en televisión, no hace falta salir a la calle y esgrimir una pancarta para afirmar nuestra lealtad. Para manifestar un cambio brusco de afiliación política, lo

único que tenemos que hacer es cambiar de canal, visitar un sitio web distinto por las mañanas o empezar a seguir a un grupo diferente de personas en las redes sociales.

Uno de los muchos aspectos intrigantes de la investigación de Karen Stenner sobre las predisposiciones autoritarias es que nos da una pista acerca de cómo y por qué podrían producirse revoluciones políticas en este mundo nuevo y distinto del siglo XXI. A través de una videoconferencia llena de interrupciones entre Australia y Polonia, Stenner me recordó que la «predisposición autoritaria» que ella ha identificado no tiene que ver exactamente con mostrar una mentalidad estrecha.[1] Más bien es cuestión de mostrar una mentalidad simplista: con frecuencia, las personas se sienten atraídas por las ideas autoritarias porque les molesta la complejidad. Les disgusta la división; prefieren la unidad. Y, por lo tanto, una repentina avalancha de diversidad —diversidad de opiniones, diversidad de experiencias...— les enfada. Entonces buscan soluciones en un nuevo lenguaje político que las haga sentir más seguras y protegidas.

¿Y qué factores son los que, en el mundo moderno, podrían provocar que las personas reaccionen contra la complejidad? Algunos son evidentes. Un gran cambio demográfico —la llegada de inmigrantes o foráneos— es una forma de complejidad que tradicionalmente ha inflamado ese impulso autoritario y todavía sigue haciéndolo. No tuvo nada de sorprendente que la migración de cientos de miles de personas de Oriente Próximo a Europa durante la guerra de Siria en 2016 —algunas de las cuales llegaron por invitación de la canciller alemana, Angela Merkel— provocara un incremento del apoyo a aquellos partidos políticos europeos que utilizan un lenguaje y unos símbolos autoritarios. En algunos territorios, especialmente los países costeros mediterráneos, ese gran número sin duda creó una serie de problemas reales: cómo alojar y cuidar a las personas que llegan en

embarcaciones, cómo alimentarlas, qué hacer con ellas después... En otras partes de Europa, especialmente en Alemania, también hubo auténticos problemas relacionados con el alojamiento, la formación y la integración de los nuevos inmigrantes. En algunas partes de Estados Unidos y Reino Unido hay evidencias de que los nuevos inmigrantes crean una competencia no deseada en ciertos trabajos. Y en muchos países ha habido graves brotes de delincuencia o terrorismo directamente asociados con los recién llegados.

Pero la relación entre los inmigrantes reales y los movimientos políticos antiinmigración no siempre resulta tan directa. Por un lado, la inmigración, incluso si procede de lugares con una religión o una cultura distintas, no siempre provoca una reacción contraria. En la década de 1990 llegaron a Hungría refugiados musulmanes de las guerras de la antigua Yugoslavia sin causar excesivas dificultades. Tampoco los refugiados musulmanes de Chechenia provocaron una gran reacción en Polonia. En los últimos años, Estados Unidos ha absorbido refugiados de Rusia, Vietnam, Haití y Cuba, entre otros lugares, sin que se generara demasiado debate.

Tampoco se puede atribuir siempre la reacción contra los inmigrantes a su escasa integración. En Alemania, por ejemplo, el antisemitismo no se hizo más fuerte cuando llegaron los judíos, sino justamente cuando se integraban, tenían éxito e incluso se convertían. Es más, hoy parece que un país ni siquiera necesita tener auténticos inmigrantes que creen problemas reales para sentirse apasionadamente airado ante la inmigración. En Hungría —como reconocía Mária Schmidt— apenas hay extranjeros, y pese a ello el partido gobernante se las ha arreglado para avivar la xenofobia. En otras palabras, cuando la gente afirma estar irritada por la cuestión de la «inmigración», no siempre está hablando de algo que haya vivido y experimentado; está hablando de algo imaginario, de algo que teme.

Lo mismo ocurre con la desigualdad y la reducción de los salarios, otro motivo de ansiedad, ira y división. La economía por sí sola no puede explicar por qué entre 2015 y 2018 distintos países que atravesaban diferentes ciclos económicos, con historias políticas diversas y distintas estructuras de clases —no solo Estados Unidos y diversos países europeos, sino también India, Filipinas o Brasil—, desarrollaron de manera simultánea una forma similar de «política airada». La «economía» o la «desigualdad» no explican por qué en ese preciso momento todos se enfadaron tanto. En un libro titulado *La tentación totalitaria*, el filósofo francés Jean-François Revel escribía que «sin duda alguna, el capitalismo tiene graves problemas. A finales de 1973, su ficha médica parecía más bien una necrológica».[2] Este diagnóstico, realizado hace cuarenta años, parece perfectamente aplicable al presente. Sin embargo, el impacto de los fallos del capitalismo se hizo sentir de un modo u otro en 2016, no en 1976.

Eso no significa que en la crisis actual la inmigración y el sufrimiento económico sean irrelevantes: es obvio que constituyen motivos reales de ira, angustia, incomodidad y división. Pero son insuficientes para explicar de forma exhaustiva el cambio político, para explicar el surgimiento de tipos completamente nuevos de actores políticos. En este momento está ocurriendo algo más; algo que está afectando a democracias muy diversas, con economías y demografías muy distintas, y en todo el planeta.

Junto con el resurgimiento de la nostalgia, la decepción con respecto a la meritocracia y el atractivo de las teorías conspiranoicas, es posible que una parte de la respuesta resida en la naturaleza polémica e irascible del propio discurso moderno: las formas en que actualmente entendemos la política, pensamos en ella, leemos sobre ella y oímos hablar de ella. Sabemos desde hace tiempo que en las sociedades cerradas el advenimiento de la democracia, con sus voces discordantes y sus opiniones divergentes, puede

resultar «complejo y aterrador» —en palabras de Stenner— para quienes no están acostumbrados a la disensión pública. El ruido de los debates, el constante rumor del desacuerdo, pueden irritar a aquellas personas que prefieren vivir en una sociedad unida por un solo relato. Esa marcada preferencia por la unidad, al menos entre una parte de la población, contribuye a explicar por qué numerosas revoluciones liberales o democráticas, desde 1789 en adelante, terminaron en dictaduras que gozaron de un amplio apoyo. Isaiah Berlin escribió una vez sobre la necesidad humana de creer que «en algún lugar, en el pasado o en el futuro, en la revelación divina o en la mente de un pensador individual, en los dictámenes de la historia o de la ciencia [...] existe una solución definitiva». [3] Berlin observó que no todo aquello que los seres humanos creen que es bueno o deseable resulta ser compatible. La eficiencia, la libertad, la justicia, la igualdad, las necesidades del individuo y las del grupo: todo ello nos empuja en direcciones distintas. Y para mucha gente —escribió Berlin —, eso resulta inaceptable: «Admitir que la satisfacción de algunos de nuestros ideales puede imposibilitar en principio la satisfacción de otros equivale a decir que la idea de una plena realización es una contradicción formal, una quimera metafísica». Pese a ello, la unidad es una quimera que algunos siempre perseguirán.

En las sociedades más abiertas de Occidente hemos llegado a sentirnos orgullosos de nuestra tolerancia ante las opiniones divergentes. Pero durante gran parte de nuestra historia reciente el alcance real de esas opiniones era limitado. Desde 1945, los debates más importantes generalmente han sido los que se han dado entre el centroderecha y el centroizquierda. Como resultado, la gama de posibles resultados ha sido limitada, especialmente en democracias como las escandinavas, que tenían una mayor tendencia al consenso. Pero aun en las democracias más estridentes el campo de batalla

estaba relativamente bien definido. En Estados Unidos las restricciones de la Guerra Fría crearon un consenso bipartidista en materia de política exterior, mientras que en muchos países europeos el compromiso con la Unión Europea era un hecho que se daba por sentado. Sobre todo el predominio de las emisoras de televisión de ámbito nacional —como la BBC en Gran Bretaña o las tres cadenas de Estados Unidos— y los periódicos de amplia difusión que dependían de los ingresos publicitarios implicaban que en la mayoría de los países occidentales, y durante la mayor parte del tiempo, había un único debate nacional. Había opiniones divergentes, pero al menos la mayoría de las personas debatía dentro de unos parámetros acordados.

Ese mundo se ha desvanecido. Hoy estamos viviendo una rápida transformación en la forma como la gente transmite y recibe información política; exactamente el mismo tipo de revolución de la comunicación que tan profundas consecuencias políticas ha tenido en el pasado. En el siglo XV, la invención de la imprenta trajo consigo todo tipo de cosas maravillosas: alfabetización masiva, difusión fiable del conocimiento, el final del monopolio de la información que ejercía la Iglesia católica... Pero esas mismas cosas también contribuyeron a crear nuevas divisiones, a generar polarización y cambio político. La nueva tecnología posibilitó que la gente corriente leyera la Biblia, un cambio que a su vez contribuyó a inspirar la Reforma protestante y, como consecuencia, muchas décadas de sangrientas guerras religiosas. Se ahorcaron mártires, se saquearon iglesias y aldeas, en una furiosa vorágine justiciera que solo remitiría con la Ilustración y la aceptación generalizada de la tolerancia religiosa.

El final del conflicto religioso marcó el comienzo de otro tipo de conflictos, esta vez entre ideologías laicas y grupos nacionales. Algunos de ellos también se intensificaron después de que se produjera otro cambio en

la naturaleza de la comunicación: la invención de la radio y el fin del monopolio de la palabra impresa. Hitler y Stalin se contaron entre los primeros líderes políticos que comprendieron cuán poderoso podía llegar a ser el nuevo medio. En un primer momento, a los gobiernos democráticos les costó encontrar formas de contrarrestar el lenguaje de los demagogos que ahora llegaba a la gente en su propio hogar. Previendo hasta qué punto la radiodifusión podía generar división entre la ciudadanía, en 1922 Reino Unido creó la BBC, diseñada desde el principio explícitamente para llegar a todos los rincones del país, no solo con el fin de «informar, educar y entretener», sino también para aglutinar a la gente, no en torno a un único conjunto de opiniones, sino a una única conversación de ámbito nacional que posibilitara el debate democrático. En Estados Unidos se buscaron respuestas distintas: allí los periodistas aceptaron un marco regulador, leyes contra la difamación y reglamentos que regulaban las licencias de radio y televisión, mientras el presidente Franklin D. Roosevelt creaba sus célebres «charlas informales» radiadas, una forma de comunicación que se adaptaba mejor al nuevo medio.

Pero la actual revolución de las comunicaciones ha sido mucho más veloz que todo lo que conocíamos desde el siglo XV, incluso más que todo lo que experimentamos en el siglo XX. Tras la invención de la imprenta tuvieron que transcurrir varios siglos para que la inmensa mayoría de los europeos supieran leer y escribir, y cuando se inventó la radio los periódicos no desaparecieron. En cambio, la rápida transferencia de buena parte de los ingresos publicitarios a empresas digitales ha mermado gravemente en tan solo una década la capacidad de recopilar y difundir información tanto de los periódicos como de las emisoras tradicionales. Muchos de ellos, aunque no todos, han dejado de dar noticias por completo; y muchos, aunque no todos, a la larga dejarán de existir. El modelo de negocio más común,

basado en la publicidad dirigida a la ciudadanía en general, implicaba que estos medios se veían obligados a servir también al interés público general y forzados a mantener cuando menos un compromiso teórico con la objetividad. Podían ser parciales, insulsos y aburridos, pero dejaban las teorías conspiranoicas más descabelladas fuera del debate. Tenían ciertas obligaciones para con los tribunales y los reguladores. Sus periodistas se adaptaban a ciertos códigos éticos tanto explícitos como implícitos.

Pero, sobre todo, los periódicos y las emisoras de aquella época creaban la posibilidad de una única conversación nacional. En muchas democracias avanzadas hoy no existe un debate común, mucho menos un relato común. La gente siempre ha tenido opiniones distintas, pero ahora parte de datos fácticos distintos. Al mismo tiempo, en un ámbito informativo exento de autoridades reguladoras —políticas, culturales o morales— y carente de fuentes fiables, no hay una manera fácil de distinguir entre las teorías conspiranoicas y las historias reales. Hoy se propagan relatos falsos, tendenciosos y a menudo deliberadamente engañosos que forman auténticos incendios digitales fuera de control, aluviones de falsedades que se extienden con demasiada rapidez para ser objeto de una mínima verificación factual. Y aunque dicha verificación llegue a realizarse, para entonces ya no importa: parte de la opinión pública nunca visita los sitios web dedicados a la verificación de datos, y si lo hace, tampoco cree lo que dicen. La campaña Vote Leave de Dominic Cummings demostró que era posible mentir repetidamente y salirse con la suya.

El problema no es una mera cuestión de historias falsas, datos incorrectos o incluso campañas electorales y asesores de comunicación política que juegan sucio: los propios algoritmos de las redes sociales fomentan las falsas percepciones del mundo. La gente clica solo en las noticias que le apetece conocer, y luego Facebook, YouTube y Google les muestran aún

más de cualesquiera que sean sus preferencias previas, ya se trate de una determinada marca de jabón o de una determinada forma de política. Los algoritmos también radicalizan a quienes los usan. Si alguien clica en canales antiinmigración de YouTube legítimos, por ejemplo, estos pueden llevarle rápidamente, con solo unos pocos clics más, a sitios que fomentan el supremacismo blanco y luego a sitios que alientan la xenofobia violenta. Además, dado que se han diseñado para maximizar el tiempo que uno permanece en línea, los algoritmos también favorecen las emociones, especialmente la ira y el miedo. Y puesto que estos sitios son adictivos, afectan a las personas de formas inesperadas. La ira se convierte en un hábito. La disensión pasa a ser normal. Aunque en general las redes sociales todavía no constituyen la principal fuente de información para el conjunto de la población, ya están contribuyendo a configurar el modo en que los políticos y los periodistas interpretan y describen el mundo. La polarización ha pasado del mundo digital al real.

El resultado es un «hiperpartidismo» que incrementa la desconfianza con respecto a la política «normal», los políticos del *establishment*, los ridiculizados «expertos» y las instituciones «convencionales», incluidos los tribunales, la policía y la administración pública, lo cual no resulta nada extraño, pues en la medida en que aumenta la polarización, invariablemente se retrata a los empleados del Estado como si hubieran «caído víctimas» de sus oponentes. No es casual que tanto el partido Ley y Justicia en Polonia como los partidarios del Brexit en Gran Bretaña y la Administración Trump en Estados Unidos hayan lanzado ataques verbales contra funcionarios y diplomáticos de carrera; como tampoco lo es que hoy los jueces y tribunales sean objeto de crítica, escrutinio e ira también en muchos otros lugares. En un mundo polarizado no puede haber neutralidad porque tampoco puede haber instituciones apolíticas o no partidistas.

El medio del debate también ha cambiado su naturaleza. A nuestros teléfonos u ordenadores llega un constante flujo de anuncios de secadores de pelo, noticias sobre estrellas del pop, historias sobre el mercado de bonos, notas de nuestros amigos y memes de extrema derecha, cada uno de ellos aparentemente con el mismo peso e importancia. Si en el pasado la mayoría de las conversaciones sobre política tenían lugar en una cámara legislativa, las columnas de un periódico, un estudio de televisión o un bar, hoy suelen producirse en línea, en una realidad virtual donde lectores y escritores se sienten distantes unos de otros y de los problemas a los que aluden; donde todos pueden ser anónimos y nadie tiene que responsabilizarse de lo que dice. Reddit, Twitter y Facebook se han convertido en el medio perfecto para la ironía, la parodia y los memes cínicos: la gente los abre para navegar por la pantalla y pasar un buen rato. No es de extrañar que de repente haya toda una plétora de candidatos políticos «irónicos», «paródicos» y «chistosos» que ganan las elecciones en países tan dispares como Islandia, Italia y Serbia. Algunos son inofensivos; otros no. Actualmente toda una generación de jóvenes trata las elecciones como una oportunidad para mostrar su desdén por la democracia votando por personas que ni siquiera fingen tener opiniones políticas.

Eso no significa que podamos o debamos volver a un pasado analógico: el mundo de los viejos medios de comunicación tenía muchas cosas malas y el de los nuevos tiene muchas buenas: por ejemplo, movimientos políticos, foros en línea y nuevas ideas que no existirían sin él. Pero todos esos cambios —desde la fragmentación de la esfera pública hasta la ausencia de un terreno central, desde el auge del partidismo hasta la disminución de la influencia de las instituciones neutrales respetadas— parecen molestar especialmente a aquellas personas que tienen problemas con la complejidad y las voces discordantes. Aunque no estuviéramos atravesando un periodo

de rápidos cambios demográficos, aunque la economía no estuviera en crisis, aunque no hubiera una crisis sanitaria, lo cierto es que la escisión del centroderecha y el centroizquierda, el incremento de movimientos separatistas en algunos países, el aumento de la retórica airada y la proliferación de voces extremistas y racistas que durante medio siglo habían quedado marginadas seguirían persuadiendo a una parte del electorado a votar por quienes prometen un orden nuevo y —valga la redundancia— más ordenado.

Hay numerosos ejemplos recientes de cómo funciona esto. La destrucción del bipartidismo en el Congreso estadounidense en la década de 1990; el advenimiento de un partido de mentalidad conspiranoica como Ley y Justicia al centro de la política polaca en 2005; el voto favorable al Brexit en 2016: todos esos momentos de polarización radicalizaron a una parte de la población de sus respectivos países. En palabras de Stenner: «Cuanto más entran en conflicto los mensajes entre sí, más airadas se sienten estas personas». La novelista polaca Olga Tokarczuk expresó la misma idea en el discurso que pronunció al recibir el Premio Nobel en 2019: «En lugar de escuchar la armonía del mundo, hemos escuchado una cacofonía de sonidos, un insoportable ruido estático entre el que intentamos, desesperados, captar alguna melodía más suave, incluso el más débil latido».[4]

Las modernas instituciones democráticas, construidas para una era con tecnologías de la información muy distintas de las actuales, apenas brindan consuelo a aquellos a quienes irrita la disonancia. Votar, hacer campaña, formar coaliciones... todo eso parece obsoleto en un mundo donde hay otras cosas que suceden muy rápido. Podemos presionar la pantalla del móvil y comprar un par de zapatos, pero en cambio en Suecia pueden ser necesarios varios meses para formar una coalición de gobierno. Podemos descargar

una película con un simple movimiento de muñeca, pero se necesitan años para debatir un problema en el Parlamento canadiense. Esto es mucho peor a nivel internacional: a las instituciones multinacionales como la Unión Europea o la OTAN les resulta extremadamente difícil tomar decisiones o hacer grandes cambios con rapidez. Como cabría esperar, la gente teme los cambios que implica la tecnología, y también —y no sin razón— teme que sus líderes políticos no puedan lidiar con ellos.

El irritante y disonante sonido de la política moderna; la ira que rezuman los informativos de televisión; el increíble ritmo de las redes sociales; los titulares que se contradicen entre sí cuando pasamos de uno a otro; la contrastante torpeza y lentitud de la burocracia y los tribunales: todo eso ha desconcertado a aquella parte de la población que prefiere la unidad y la homogeneidad. La propia democracia siempre ha sido ruidosa y estridente en sí misma, pero cuando se siguen sus reglas, a la larga acaba creando consenso. No ocurre así con el debate moderno, que en algunas personas inspira, por el contrario, el deseo de silenciar al resto por la fuerza.

Este nuevo mundo de información también proporciona un inédito conjunto de herramientas y tácticas que la nueva generación de *clercs* puede utilizar para llegar a las personas que desean un lenguaje sencillo, símbolos potentes e identidades bien definidas. Hoy en día no es necesario formar un movimiento callejero para atraer a las personas con predisposición autoritaria. Se puede construir uno en un edificio de oficinas, sentado ante un ordenador. Se pueden probar diversos mensajes y calibrar las respuestas. Se pueden configurar campañas publicitarias dirigidas a sectores concretos de la opinión pública. Se pueden crear grupos de seguidores en WhatsApp o Telegram. Se pueden elegir aquellos temas del pasado que mejor se ajustan al presente y adaptarlos a un público determinado. Se pueden inventar memes, crear vídeos y evocar eslóganes diseñados para apelar justamente al

miedo y la ira causados por esta masiva oleada de cacofonía internacional. Incluso uno mismo puede generar la cacofonía y crear el caos, sabiendo muy bien que habrá gente a la que eso le asustará.

Amanece en la campiña vasca. Un hombre camina a cámara lenta. Cruza una valla. Atraviesa un campo de trigo mientras pasa las manos, como en una película de Hollywood, por la parte superior de las espigas. Al mismo tiempo suena música y se escucha una voz: «Si no te ríes del honor porque no quieres vivir entre traidores... Si anhelas nuevos horizontes sin despreciar tus viejos orígenes [...] Si conservas intacta tu honradez en tiempos de corrupción...».

Sale el sol. El hombre corre, atraviesa un bosque, cruza un riachuelo y luego sube por un empinado sendero: «Si sientes gratitud y orgullo por quienes, de uniforme, guardan el muro [...] Si amas a tu patria como amas a tus padres...». La música llega al clímax. El hombre está en la cima de la montaña. La voz termina diciendo: «Sabrás que estás logrando hacer a España grande otra vez». Aparece un eslogan en pantalla: «Hacer España grande otra vez».

El hombre que aparece en el vídeo es Santiago Abascal, y la grabación es un anuncio de Vox.[5] En 2019, Vox fue el partido político que experimentó un crecimiento más rápido en España, y Abascal es su líder. En las anteriores elecciones generales, celebradas tres años antes, Vox, con su cinematográfico y machista nacionalismo español, no obtuvo ni un solo escaño. Poco después, el diario digital *El Confidencial* publicaba un artículo preguntándose: «¿Por qué nadie vota a Santiago Abascal?».

Pero en la primavera de 2019 el apoyo al partido había pasado del cero al 10 por ciento, lo que le permitió obtener veinticuatro escaños en el

Congreso de los Diputados. Tras celebrarse unas nuevas elecciones en otoño de ese mismo año, después de que en los anteriores comicios ningún partido obtuviera mayoría suficiente para lograr la investidura, la cifra se duplicó. Ese año estuve varias veces en Madrid, y la atmósfera de la ciudad me recordó un poco a la de Londres justo antes del referéndum sobre el Brexit, o a la de Washington antes de la elección de Trump. Muchas de las personas a las que conocía —periodistas, académicos, editores— se mostraban pesimistas sobre el futuro. En cambio, el equipo de Vox —a alguno de cuyos miembros también conocía— rebosaba energía y compartía la percepción de tener un objetivo claro. Por mi parte, yo experimentaba una fuerte sensación de *déjà vu*: una vez más, tenía ante mis ojos a una clase política a punto de ser alcanzada por una oleada de ira.

Algunos de los españoles a quienes conocía también experimentaban una sensación de *déjà vu*, aunque de un tipo distinto: creían escuchar los ecos del pasado en la retórica de Vox. Los españoles de mayor edad todavía recuerdan el ostentoso nacionalismo que caracterizó la dictadura de Francisco Franco, las consignas de «¡Arriba España!» en los mítines, la atmósfera solemne propia del patriotismo forzado. Durante la mayor parte de las cuatro décadas transcurridas tras la muerte del dictador en 1975, parecía que nadie quería recuperar nada de eso. Lejos de ello, a finales de la década de 1970 España pasó por una transición paralela a la que vivieron Polonia y Hungría en la década de 1990; un periodo en el que el país se unió a las instituciones europeas, redactó una nueva Constitución y estableció una tregua nacional. A su manera, la democratización de España fue la auténtica prueba conceptual del mundo de posguerra. Cuando murió Franco, la democratización e integración de otros países como Francia, Alemania o Italia se había revelado tan fructífera que los españoles, que tras

la guerra civil habían emprendido un rumbo completamente distinto, finalmente clamaron por unirse a ellos.

Una vez completada la transición, la nueva democracia española se caracterizaría por su casi rimbombante carácter consensual. Del antiguo Estado unipartidista surgieron, entre otros, dos grandes partidos políticos dispuestos a llegar a acuerdos. Muchos antiguos franquistas y sus hijos se sintieron identificados con el nuevo Partido Popular, de centroderecha, mientras que muchos de los antiguos opositores a Franco y sus hijos lo hicieron con el nuevo Partido Socialista, una formación de centroizquierda. Pero ambas partes acordaron tácitamente —y a veces abiertamente— no hablar de lo que antaño les había dividido. Se permitió que Franco permaneciera en su ostentosa tumba en el monumento conmemorativo conocido como Valle de los Caídos, al mismo tiempo que a sus oponentes de izquierda se les permitió homenajear a sus propias víctimas. El debate sobre la guerra civil que había dividido a España quedó en el aire. El pasado —en aparente desafío a la famosa observación de Faulkner— siguió siendo pasado.

Ese consenso se ha roto en la última década. En respuesta a la crisis económica de 2009 surgió un nuevo partido de extrema izquierda, Podemos, que desafiaba la unidad del centroizquierda. En respuesta a las acusaciones de corrupción del centroderecha surgió un partido liberal, Ciudadanos, que aspiraba a crear una nueva fuerza política centrista. Una controvertida decisión judicial sobre un caso de violación llevó a cientos de miles de mujeres a la calle en grandes y ruidosas manifestaciones, lo que inquietó a muchos católicos tradicionales. Un Gobierno de centroizquierda exhumó los restos de Franco, los sacó de su ostentoso mausoleo y los enterró en un cementerio, lo que inquietó a su vez a los conservadores nostálgicos españoles.

Pero fue sobre todo el movimiento secesionista catalán el que planteó el mayor reto al consenso constitucional, y lo hizo de una manera visualmente dramática. Cataluña es una región rica con una lengua propia, el catalán, que habla la mayoría de sus habitantes, y una larga historia tanto de unidad como de conflicto con el resto de España que se remonta varios siglos. Durante la dictadura franquista se reprimió con dureza cualquier atisbo de separatismo catalán. Por el contrario, la Constitución democrática española de 1978 otorgó una gran autonomía a todas las regiones de España —definidas en ella como comunidades autónomas y dotadas de sus propias instituciones de gobierno—, permitiendo así el desarrollo de las identidades regionales hasta el punto de que en 2017 el gobierno autonómico catalán, controlado con escaso margen por los separatistas, decidió celebrar un referéndum sobre la independencia de Cataluña. El Tribunal Constitucional español lo declaró ilegal, pese a lo cual se llevó a cabo. Aunque una clara mayoría de catalanes boicotearon el referéndum —un evento de carácter emotivo, empañado por la brutalidad policial—, la mayoría de quienes votaron lo hicieron a favor de la independencia.

En el caos que se produjo a continuación, el Gobierno español —con el respaldo de las dos cámaras de las Cortes Generales— destituyó al Gobierno autonómico catalán, disolvió el Parlamento de Cataluña y convocó nuevas elecciones autonómicas. Algunos líderes secesionistas huyeron al exilio, mientras que una docena fueron detenidos, enjuiciados y, en el caso de diez de ellos, finalmente sentenciados a largas condenas. Cuando se calmaron los ánimos, Vox —el único partido que daba voz a un nacionalismo español de carácter estridente y antiseparatista— se convirtió de repente en uno de los actores de la política nacional. Vox aprovechó una ley que le permitía entablar una demanda privada contra los secesionistas catalanes. El partido celebró un mitin en Barcelona en el que calificó al

Gobierno catalán de «organización criminal»;[6] como reacción, se desató una virulenta manifestación de «antisistemas» en la que, algunos de quienes participaron en ella, con el rostro cubierto con máscaras negras, arrojaron piedras y quemaron barricadas, una imagen excelente para aglutinar a sus partidarios. Pero Vox aspiraba sobre todo a recuperar el sentimiento de unidad que antaño había prevalecido en los mítines en los que se gritaba «¡Arriba España!». Y sus líderes lo harían utilizando YouTube, Twitter, Instagram, Telegram y WhatsApp.

A partir de la primavera de 2018, y hasta las elecciones de 2019, Abascal llevó un recuento en Twitter de cada mitin que celebraba, publicando una serie de vídeos y fotografías de bares, salas de conferencias y, a la larga, estadios, todos ellos llenos de gente vitoreando y aplaudiendo. Algunos de sus últimos tuits también contenían el *hashtag* #EspañaViva acompañado de comentarios entusiastas.[7] Un ejemplo: «Ni las amenazas de muerte de unas decenas de comunistas ni los insultos de las teles van a detener a la #EspañaViva». Algunos de los mítines más populares se llevaron a cabo bajo el eslogan de «Cañas por España». En marzo de 2018, setecientas entradas para un evento celebrado bajo este eslogan en una discoteca madrileña se agotaron en solo cuatro horas, todas ellas adquiridas por menores de treinta años.

Estos mítines y los tuits que los describían, así como los constantes ataques del partido a las «falsas» encuestas de opinión que publicaban unos medios de carácter «tendencioso», tenían un objetivo. Se habían diseñado para que cualquiera que siguiera al partido se sintiera parte de algo grande, emocionante, en constante crecimiento... y homogéneo. Abascal afirmaba que Vox era un «movimiento patriótico de salvación de la unidad nacional», utilizando un lenguaje grandilocuente que también ayudaba a que Vox pareciera tener un apoyo mucho mayor del que realmente tenía.[8] Ese era

el pilar central de la estrategia del partido: utilizar las redes sociales para crear un sentimiento de unidad en torno a un movimiento que de hecho ni siquiera existía aún.

Al mismo tiempo, Vox encontró formas de llegar a grupos de votantes que se sentían descontentos con otros aspectos de la vida moderna que los partidos mayoritarios no abordaban. Piénsese en el modo como las compañías discográficas forman los nuevos grupos de pop: hacen estudios de mercado, eligen el tipo de rostros que encajan y luego comercializan el grupo publicitándolo al sector demográfico más favorable. Hoy los nuevos partidos políticos también actúan así: agrupan determinadas cuestiones, las «reempaquetan» en una nueva unidad y luego las comercializan utilizando exactamente el mismo tipo de mensaje dirigido —basado exactamente en el mismo tipo de investigación de mercado— que saben que funciona en otros ámbitos. Los ingredientes de Vox eran temas que se habían dejado al margen, que otros habían ignorado o subestimado, como la oposición al separatismo catalán y vasco; la oposición al matrimonio entre personas del mismo sexo; la oposición al feminismo; la oposición a la inmigración, especialmente la musulmana, el enfado por la corrupción o el hastío por la política dominante, más otro puñado de cuestiones como la caza y la posesión de armas, que a algunas personas les importan y a otras no, todo ello acompañado de cierta vena de libertarismo, cierto talento para el escarnio y cierto tufillo a nostalgia restauradora.

Lo que se ofrecía no era una ideología, sino una identidad, cuidadosamente seleccionada, envasada para un consumo fácil y lista para ser «impulsada» mediante una campaña viral. Todos sus eslóganes hablaban de unidad, armonía y tradición. Vox se diseñó desde un primer momento para atraer a aquellas personas a quienes molestaban las voces discordantes, y les ofrecía justo lo contrario.

Cuando le pregunté a Rafael Bardají por el vídeo de «Hacer España grande otra vez», me sonrió: «Fue idea mía; en aquel momento era una especie de chiste».[9] Bardají, miembro de Vox casi desde el principio, no encaja en el estereotipo de un líder de partido de «extrema derecha». Es una persona de carácter alegre, lleva gafas, viste traje y corbata, como todo el resto del *establishment* de centroderecha del que proviene. Bardají fue asesor del expresidente de centroderecha José María Aznar, el primer político del Partido Popular que tuvo auténtico éxito, y pasó gran parte de los primeros años de su carrera profesional en el ámbito de la política centrista. Es conocido sobre todo por presionar para que España se uniera a la invasión estadounidense de Irak en 2003. Según un famoso sondeo, el 91 por ciento de los españoles se oponía a esa guerra. Cuando un grupo de yihadistas islámicos hizo estallar varias bombas en la estación ferroviaria de Atocha, en Madrid, pocos días antes de las elecciones generales de 2004 (murieron casi doscientas personas y otras dos mil resultaron heridas), los votantes españoles culparon al Gobierno de Aznar de trasladar al país la política de Oriente Próximo. De manera inesperada, el poder pasó a manos de un gobierno socialista, y la carrera política tanto de Aznar como de Bardají se vio bruscamente interrumpida.

Justamente gracias al hecho de que se le asocia a aquella época, en España se percibe a Bardají como alguien ajeno a la política convencional. Con frecuencia se le califica de neoconservador, aunque este término carece de sentido en el contexto español, donde simplemente suena a «americano». También se ha ganado un apodo, Darth Vader, que le resulta lo suficientemente divertido como para poner la foto de dicho personaje en su perfil de Twitter. En Madrid, cuando les dije a varias personas que me había reunido con él, fruncieron el ceño.

Pero lo cierto es que este tipo de definiciones —ser o no un político

«convencional», pertenecer o no al *establishment*— cambian con el tiempo. Conocí a Bardají cuando era una figura importante no solo en el Gobierno español, sino también en lo que por entonces parecía ser una alianza internacional sólida, poderosa y duradera. En algún momento, hacia 2003, nos reunimos para cenar en Washington. Bardají había ido como invitado al American Enterprise Institute, el laboratorio de ideas conservador donde por entonces mi esposo dirigía un programa cuyo nombre y objetivos parecen ahora pintorescos. Se trataba de la denominada Iniciativa Nuevo Atlántico, y pretendía, a raíz de la expansión de la OTAN, renovar la alianza y reunir a europeos y estadounidenses «atlantistas» para discutir objetivos y proyectos trasatlánticos conjuntos. En uno de los eventos de la iniciativa habló el senador John McCain. Vinieron asimismo varios demócratas estadounidenses interesados en el papel de Estados Unidos en Europa, así como europeos interesados en Estados Unidos: prominentes conservadores británicos, checos entusiastas y un ministro de Defensa portugués. También John O'Sullivan era una figura destacada en el mundo atlantista. En aquel momento, alguien como Bardají —un español afable y proestadounidense con una fuerte afinidad por Israel— encajaba a la perfección.

En aquella época, obviamente, la alianza trasatlántica no tenía un claro objetivo definido que aglutinara a todos sus miembros como ocurriera durante la Guerra Fría. Había habido cooperación en Kuwait y en Bosnia, pero no había un enemigo común, al menos hasta el 11 de septiembre de 2001. Los atentados de las Torres Gemelas movilizaron a los países occidentales, pero de manera desigual: los franceses y los alemanes, por ejemplo, se unieron a la guerra de Afganistán, pero no a la de Irak. Aun así, hubo una genuina coalición de líderes dispuestos a combatir a Saddam Hussein, como el presidente Aznar en España; el primer ministro británico,

Tony Blair; el primer ministro danés, Anders Fogh Rasmussen; el presidente polaco, Aleksander Kwasniewski, entre otros. Aquel grupo, que durante un breve tiempo pareció coherente, dejaría una huella perdurable en Aznar, al igual que la dejaría en Blair. Conocí al expresidente español en 2019, en su despacho de Madrid, y no pude menos que observar las fotos, exhibidas de forma prominente en las estanterías, en las que aparecía él mismo en Oriente Próximo junto con Blair y George Bush hijo, como si las imágenes de aquella época marcaran el momento más importante de su dilatada carrera.

Esas imágenes también parecen ahora fuera de lugar porque el atlantismo —una idea que antaño podía vincular estrechamente a personas como O'Sullivan o Aznar a un poderoso grupo internacional, proporcionándoles una forma clara de relacionarse con sus homólogos conservadores estadounidenses y europeos— ya no es una fuerza importante, ni en España ni en ningún otro lugar. Las personas como Aznar parecen pertenecer ya a un mundo distinto. Y lo mismo le ocurrió durante unos años a Bardají. A lo largo de una interminable década y media se quedó al margen, observando el ir y venir de diversos gobiernos en España, todos ellos demasiado de izquierdas o demasiado poco de derechas para su gusto. Así como el centrismo de John Major aburrió a algunos conservadores británicos en los años posteriores a Thatcher, en la década de 2010 los líderes de centroderecha del Partido Popular español irritaron a algunos de sus miembros más leales. Cuando regresó al poder, en 2011, el partido no detuvo el desarrollo del Estado, como ellos esperaban que hiciera. No derogó una ley de violencia doméstica que, en su opinión, penaliza injustamente a los hombres, ni trató de evitar actitudes más públicamente críticas con la época franquista. Un parlamentario de Vox, Iván Espinosa de los Monteros, ilustró lo que él y algunos de sus amigos empezaron a sentir

con respecto a la política española poniendo un par de saleros sobre la mesa donde estábamos tomando café. «Aquí —dijo Espinosa, juntando los dos saleros— estaba la política española en las décadas de 1980 y 1990, y aquí —puso un tenedor a varios centímetros de distancia— está España hoy:arrastrada hacia la extrema izquierda. El centro y la derecha no se defienden. No contraatacan. No tienen ninguna idea.»[10]

Lo peor de todo, en su opinión, es que tanto el centroderecha como el centroizquierda se habían vuelto demasiado complacientes con el separatismo vasco y catalán. Abascal —él mismo hijo de un político vasco que había sido amenazado por la organización terrorista ETA— estaba furioso, como lo estaban Espinosa, Bardají y sus amigos. Pero se hallaban al margen de la política, carecían de influencia, estaban lejos de los pasillos donde se fraguan las cosas. En aquellos años Bardají montó una consultoría. Hizo algunos negocios en Israel y Estados Unidos. Trabajó en el principal laboratorio de ideas español en materia de política exterior. Y entonces Vox —y Trump— le mostraron el camino de vuelta.

Tampoco estaba solo: súbitamente, el lenguaje y las tácticas de la campaña electoral de Trump parecían ofrecer algo nuevo a muchas personas que se habían mantenido en los márgenes de la política, no solo en Estados Unidos, sino en todo el mundo. Bardají no es un bloguero de la derecha alternativa ni un asiduo de oscuros chats políticos, pero comprendió lo útiles que podrían resultar los métodos de la derecha alternativa estadounidense en España. Puede que no cautivaran a la mayoría, pero podían ganarse a una minoría significativa.

Y también molestarían a un *establishment* español que en su opinión había derivado hacia la izquierda, dejando muy atrás a las personas como él. «Lo de hacer España grande otra vez —me dijo en tono malicioso— fue una especie de provocación... Solo pretendía irritar un poco más a la

izquierda.» La diversión que se obtiene ofendiendo al *establishment* —un sentimiento clásico en el mundo de Steve Bannon y Breitbart News o de los partidarios del Brexit— es la misma en Madrid que en Gran Bretaña o Estados Unidos. Bardají conoce personalmente a Bannon, con quien tiene un amigo común, y aparecen juntos en algunas fotos; pero se ríe de todas las especulaciones que ha suscitado. Los periodistas españoles, me dijo, «dan a Bannon una relevancia que no tiene».

En la década de 1990 la política de Trump, con su desdén por Europa, la OTAN y la democracia, habría repugnado a Bardají. Pero en 2016 este último —al igual que algunos conservadores nostálgicos británicos— se había hastiado de la «democracia liberal», al menos como lema e idea unificadora. Como español, me dijo que no sentía que tuviera mucho en común con una OTAN que ahora se aprestaba a defender a Europa oriental contra Rusia. Pero sí le gustaba la idea de confluir con una Casa Blanca que, al menos al principio, parecía dispuesta a librar una batalla contra el islamismo radical. Aunque durante una década se había mantenido al margen de la política española, descubrió que tenía muchos contactos e intereses comunes con la Administración Trump, vínculos de los que carecía el entones presidente socialista del Gobierno de España. Conocía a Jason Greenblatt, el primer negociador en Oriente Próximo de la Administración Trump. Tenía antiguos vínculos con el Gobierno de Netanyahu, que a su vez estaba muy próximo a la Casa Blanca, y de hecho consiguió que algunos de los asesores electorales del dirigente israelí ayudaran a Vox. Poco después de las elecciones estadounidenses Bardají había mantenido contactos con el primer asesor de seguridad nacional de Trump, Michael Flynn, y más tarde había hecho lo mismo con su sucesor, H. R. McMaster. Había estado en Washington para hablar tanto de la primera intervención de Trump en la OTAN como de un discurso que el

presidente estadounidense había de pronunciar en Varsovia en 2017; se trataba del célebre discurso en el que Trump subrayaría la necesidad de defender el mundo cristiano: «La aspiración civilizadora, cómo debe defenderse Occidente, nosotros estábamos completamente en sintonía con eso», me dijo Bardají.

Aunque la proporción real de musulmanes entre la población española es más bien baja —la mayoría de los inmigrantes que llegan al territorio español proceden de Latinoamérica—, la idea de que es necesario redefinir la civilización cristiana frente al enemigo islámico tiene una especial resonancia histórica en España, y Vox aprovechó esa resonancia en beneficio propio. En uno de sus vídeos, Abascal aparecía montando a caballo y, como los caballeros que antaño lucharon por reconquistar Andalucía de manos de los árabes, cabalgando por un paisaje del sur de España. Como muchos de los memes que circulan por internet, el vídeo tenía una parte seria y otra no tanto: la música de fondo era el tema principal de *El señor de los anillos*.

Estos vínculos entre Vox y la Administración Trump no sugieren una conspiración, pero sí la existencia de intereses y tácticas comunes. También revelan cómo el éxito de Trump inspiró y potenció a un grupo de personas que querían usar un nuevo tipo de lenguaje en España; un lenguaje diseñado específicamente para atraer a aquellos a quienes irrita el debate catalán, no les gusta la forma en que el discurso moderno ha dividido a los españoles y piensan que los proyectos de reforma social y cultural han ido demasiado lejos. Pero en el contexto español es también un grupo que teme que sus ideas corran peligro de desaparecer por completo. Bardají cree que la polarización de la política española ha adquirido carácter permanente y que lo que está en riesgo no es solo la carrera política de las personas como él, sino la propia nación. Si él y sus amigos de ideas afines no entraban en la

refriega, ellos y todo lo que representaban podrían quedar completamente excluidos de la política. Ahí está el verdadero origen del temor y la ira de los partidarios de Vox, y es real. Esto fue lo más importante que me dijo Bardají: «Estamos entrando en un periodo en el que la política se está convirtiendo en algo distinto, la política es una guerra por otros medios; nosotros no queremos que nos maten, tenemos que sobrevivir... Creo que en la política actual el ganador se lo lleva todo».

Vox es el primer movimiento político español posfranquista diseñado deliberadamente para atraer a esa parte de la población a la que inquieta la polarización del país. Una posible radicalización del separatismo catalán no hará sino incrementar aún más su apoyo, como lo harán las protestas feministas, los debates económicos airados y el retorno de viejos enfrentamientos históricos, al igual que la presencia de Podemos —un partido de extrema izquierda abiertamente radical— en el actual Gobierno de coalición. Vox es un proyecto creado por personas que son muy conscientes de ello. Y también saben que el éxito del partido insuflará en sus fundadores, portavoces, creadores de memes y empresas de relaciones públicas un nuevo aliento en la vida política, además de darles acceso a una creciente red de patrocinadores, seguidores y troles de internet con ideas similares, dentro y fuera de Europa.

Hasta hace muy poco, los líderes de los partidos nacionalistas o nativistas de «extrema derecha» en Europa rara vez colaboraban entre sí. A diferencia de los democratacristianos de centroderecha, cuya cooperación creó la Unión Europea, los partidos nacionalistas están arraigados en sus propias historias nacionales concretas. Los orígenes de la moderna derecha radical francesa se remontan a la era de Vichy. La derecha nacionalista italiana ha

contado durante mucho tiempo entre sus filas con los descendientes intelectuales de Benito Mussolini, sin mencionar a la propia nieta del dictador. Ley y Justicia está vinculado al accidente aéreo de Smolensk y a sus propias obsesiones históricas. Como resultado, los intentos de confraternización entre ellos a menudo han fracasado por culpa de viejas rencillas. Las relaciones entre la extrema derecha italiana y la extrema derecha austriaca, por ejemplo, se fueron al traste en cierta ocasión cuando empezaron a discutir ridículamente sobre la identidad nacional del Alto Adigio, o Tirol del Sur, una provincia germanoparlante del norte de Italia que en determinados periodos de la historia ha sido austriaca. De manera similar, las relaciones entre Vox y la Liga Norte, un partido nacionalista que comenzó como un movimiento separatista en la zona septentrional de Italia, se complicaron cuando Matteo Salvini, el líder de la Liga, apoyó a los separatistas catalanes.

Pero en fecha más reciente esto ha empezado a cambiar. Después de tanto tiempo divididos por las fronteras y la historia, hoy algunos de los intelectuales e ideólogos que están detrás de esos nuevos movimientos han encontrado una serie de temas en torno a los que pueden unirse; temas que pueden atravesar fronteras y que son fáciles de vender en línea. Uno de ellos es la oposición a la inmigración, en especial la musulmana —tanto real como imaginaria—; otro es la promoción de una cosmovisión religiosa socialmente conservadora, y a veces un tercero es la oposición a la Unión Europea, o a las instituciones internacionales en general. Estos temas no están relacionados entre sí —no hay ninguna razón por la que uno no pueda ser católico y proeuropeo, como lo han sido muchos en el pasado—, sin embargo, quienes creen en ellos han hecho causa común. La aversión al matrimonio entre personas del mismo sexo, los taxistas africanos o los «eurócratas» es algo que pueden compartir incluso los españoles e italianos

que discrepan con respecto a sus respectivos movimientos separatistas. Eludiendo la historia y las viejas disputas fronterizas, pueden realizar campañas conjuntas contra las sociedades laicas y étnicamente heterogéneas en las que habitan y, al mismo tiempo, atraer a quienes desean poner fin al ruidoso debate sobre todas esas cuestiones.

Entre las entidades que han intentado entender cómo funciona esta nueva y poco conocida campaña transfronteriza se encuentra una empresa de análisis de datos con sede en Madrid llamada Alto Analytics. Alto se especializa en aplicar inteligencia artificial al análisis de los datos que se publican en Twitter, Facebook, Instagram, YouTube y otros medios digitales. En el periodo previo a la última campaña electoral española, pasé varias horas en Madrid, algunas de ellas bastante avanzada la noche y en un restaurante (¿dónde, si no, podría estar en España a tales horas?) con un amigo que trabaja en Alto y que prefiere que no se mencione su nombre en este libro y no entrar en el debate sobre la política española. Me enseñó una serie de elegantes «mapas de red» de vivos colores que reflejaban las conversaciones en línea que se mantenían en España, y me señaló una gran marca en la parte central: era la conversación «dominante», que interconectaba a montones de personas. También me mostró tres conversaciones periféricas y polarizadas: era lo que en comunicación se conoce como «cámaras de eco» independientes, sistemas cerrados cuyos miembros se dedican básicamente a hablarse y escucharse entre sí. Una de ellas era la conversación secesionista catalana, otra era la conversación de extrema izquierda y la tercera era la conversación de Vox.

Eso no tenía nada de sorprendente, dado que los tres grupos llevaban mucho tiempo construyendo sus identidades peculiares. Tampoco fue una sorpresa saber que mi amigo había encontrado que, en la internet española, el mayor número de lo que él denominaba «usuarios con una actividad

anormalmente alta» —es decir, robots o personas reales que publican con mucha frecuencia y probablemente de manera profesional— se hallaban en esas tres comunidades. La comunidad de Vox representaba por sí sola más de la mitad de dichos usuarios. En la primavera de 2019, el Instituto para el Diálogo Estratégico (ISD, por sus siglas en inglés), una entidad británica que rastrea el extremismo en línea, descubrió una red de casi tres mil «usuarios con una actividad anormalmente alta» que en el año anterior habían publicado casi 4,5 millones de mensajes pro-Vox y antiislámicos en Twitter.[11]

Los orígenes de dicha red no estaban claros. En un primer momento se creó para atacar al Gobierno de Maduro en Venezuela. En 2017, tras el atentado terrorista perpetrado en Barcelona, cambió de objetivo, pasando a centrarse en fomentar el miedo a la inmigración e incrementando de manera gradual su intensidad emocional. Parte del material promocionado en la red provenía originariamente de diversas redes extremistas, y estaba en sintonía con los mensajes difundidos por Vox. Así, por ejemplo, el 22 de abril de 2019, una semana antes de la celebración de elecciones generales en España, la red tuiteó imágenes de lo que sus miembros describían como disturbios producidos en un «barrio musulmán de Francia»; en realidad, el vídeo mostraba escenas de una reciente protesta contra el Gobierno de Argelia.

Tanto Alto como el ISD observaron otro fenómeno curioso. Los partidarios de Vox, especialmente el grupo identificado como «usuarios con una actividad anormalmente alta», tenían bastante tendencia a publicar y tuitear tanto contenido como material de determinados sitios web de carácter conspiranoico, en su mayoría creados al menos un año antes de las elecciones de 2019. A primera vista esos sitios, a veces administrados por una sola persona, parecían webs de noticias locales de lo más corrientes,

pero el caso es que mezclaban información «normal» con artículos y titulares extremadamente tendenciosos que luego se difundían de manera sistemática en las redes sociales. En 2018, el equipo de Alto encontró exactamente el mismo tipo de sitios web en Italia y Brasil en los meses previos a la celebración de elecciones en dichos países. En ambos casos, los sitios web empezaron a publicar material tendencioso —sobre la inmigración en Italia; sobre la corrupción y el feminismo en Brasil— el año anterior a los comicios, y en ambos países tuvieron el efecto de alimentar y amplificar determinados temas de cariz partidista incluso antes de que pasaran realmente a formar parte de la política dominante. No es que estos sitios se diseñen justo para generar noticias falsas. Aunque algunos de ellos lo hacen, su objetivo real es más sofisticado: crear relatos infundados, repetir y remachar determinados temas, seleccionar ciertas noticias y enfatizar determinados detalles, crear ira, irritación y miedo, una y otra vez.

En España había media docena de tales sitios; algunos parecían bastante profesionales, mientras que otros eran claramente obra de aficionados. Algunos de ellos reproducían una plantilla preexistente. Uno de los más oscuros, por ejemplo, tenía exactamente el mismo estilo y diseño que cierto sitio brasileño pro-Bolsonaro, como si ambos hubieran sido diseñados por una misma persona o, lo más probable, por un mismo equipo de especialistas en relaciones públicas: una avanzadilla de modernos *clercs* a la última en tecnología y comunicación. El día anterior a la celebración de los comicios españoles, la noticia principal de este sitio era una familiar teoría conspiranoica: George Soros ayudaría a orquestar un fraude electoral. Soros no era un personaje conocido en España hasta que Vox hizo que pasara a formar parte del debate. En los sitios web del partido podían encontrarse algunas de las habituales teorías conspiranoicas tejidas en torno a él; entre

otras cosas se decía, como cabría esperar, que estaba tramando poblar Europa de musulmanes.

Este tipo de sitios web también se encuentran en muchos otros lugares. Los tristemente célebres sitios macedonios que trataron de influir en las elecciones presidenciales estadounidenses se basaban en principios muy similares, como también lo hacen los sitios conspiranoicos de la red QAnon. Lo mismo ocurrió con las páginas de Facebook creadas por la inteligencia militar rusa durante la campaña electoral estadounidense de 2016, además de otros sitios claramente identificables adscritos a los medios públicos rusos Sputnik y RT. También en Estados Unidos se están lanzando nuevas versiones de este tipo de estrategias. En 2019, un reportero de Michigan descubrió una red de sitios web supuestamente dedicados a dar información local. Todos ellos se habían creado al mismo tiempo, y todos aparentaban ser periódicos «normales» con nombres de resonancias familiares: *Lansing Sun*, *Ann Arbor Times*, *Detroit City Wire*... Pero todos ellos divulgaban el mismo tipo de noticias tendenciosas —explicando, por ejemplo, que los ciudadanos de Michigan apoyaban mayoritariamente a Trump— mezcladas con genuinas noticias locales en las que se informaba, pongamos por caso, de dónde podía comprarse la gasolina más barata. Se habían diseñado ex profeso para repercutir en cámaras de eco de carácter tendencioso, conspiranoico y extremadamente apasionado.

En los últimos años han empezado a surgir sitios similares que operan de manera concertada en distintos idiomas y a través de las fronteras nacionales. En diciembre de 2018, la ONU convocó a los líderes mundiales para hablar de la migración global en una discreta cumbre de la que solo salió un acuerdo anodino y no vinculante, el Pacto Mundial para una Migración Segura, Ordenada y Regular. Aunque el acuerdo apenas fue objeto de atención por parte de los medios de comunicación, Alto descubrió

que casi cincuenta mil usuarios de Twitter estaban tuiteando teorías conspiranoicas sobre él, y varios cientos de ellos lo hacían en múltiples idiomas, alternando entre francés, alemán, italiano y, en menor medida, español y polaco. Como en la red española que promueve Vox, aquellos usuarios tomaban material de sitios web extremistas y conspiranoicos, utilizaban imágenes idénticas, y se enlazaban y retuiteaban unos a otros a través de las fronteras.

Una red internacional de características similares incrementó notablemente su actividad tras el incendio de la catedral de Notre Dame de París producido en 2019. El ISD rastreó miles de mensajes de personas que afirmaban haber visto a musulmanes «celebrando» el incendio, junto con otras que publicaban rumores y fotografías que pretendían demostrar que el fuego había sido provocado. Un sitio web llamado *CasoAislado* se hizo eco casi de inmediato, afirmando que en París había «cientos de musulmanes» de celebración y utilizando una imagen en la que parecía que varias personas con nombres árabes publicaban emoticonos de caritas sonrientes bajo escenas del incendio en Facebook. Unas horas más tarde, Abascal tuiteaba su indignación por la actitud de aquellos «cientos de musulmanes» empleando la misma imagen, que enlazaba a un tuit del conspiranoico de la derecha alternativa estadounidense Paul Watson, quien a su vez la remitía a un activista de extrema derecha francés llamado Damien Rieu. «Los islamistas quieren destruir Europa y la civilización occidental celebrando el incendio de #NotreDame —escribía Abascal—. Tomemos nota antes de que sea tarde.»[12]

Ese mismo tipo de memes e imágenes los difundieron luego los grupos de seguidores de Vox en WhatsApp y Telegram, cuyos miembros compartieron un meme en inglés en el que se comparaba París «antes de Macron», con la catedral de Notre Dame, y «después de Macron», con una

mezquita en su lugar. También compartieron un vídeo informativo, grabado en relación con otro incidente distinto, que parecía dar a entender que se habían hecho detenciones y se habían encontrado bombas de gas en un coche cercano. Era un ejemplo perfecto de cómo la derecha alternativa estadounidense, la extrema derecha europea y Vox podían transmitir todos ellos un mismo mensaje, al mismo tiempo y en varios idiomas, intentando crear las mismas emociones en Europa, Norteamérica y más allá.

Este mundo digital semioculto está adquiriendo poco a poco un rostro en el mundo real. En el invierno de 2020 tuve ocasión de observar, en el salón de baile de cierto hotel italiano de espectacular opulencia —con sillas de terciopelo rojo bajo relucientes candelabros de cristal y un techo de vidriera —, cómo algunos de esos nuevos movimientos intentaban aunar fuerzas. La ocasión era una conferencia aparentemente celebrada en honor a Ronald Reagan y Juan Pablo II, y organizada, entre otros, por John O'Sullivan, cuyo instituto —financiado por el Gobierno húngaro, como antes hemos señalado— figuraba como patrocinador. Había cierta atmósfera de irrealidad en aquel evento, que homenajeaba a dos hombres que habían compartido una elevada, ambiciosa y generosa concepción de la civilización política occidental —una visión en la que una Europa democrática y unos Estados Unidos democráticos se integrarían económica, política y culturalmente—, mientras que todos los presentes en la sala se consagraban justo a la visión opuesta. El tema del evento era el «nacionalismo», pero lo que realmente unía a todos los asistentes era su aversión a las sociedades en las que vivían, así como un auténtico temor a que en ellas pronto se desvanecieran algunos de sus propios valores. Un orador tras otro —un estadounidense, un italiano, un francés, un holandés, un británico, un polaco y un español (este último eurodiputado de Vox)—, subieron al estrado y describieron sus sentimientos de persecución política,

así como la experiencia de ser disidentes en un mundo dominado por un conjunto de ideas calificadas, de manera diversa, como «de izquierdas», «progresistas», «liberal-racional ilustradas» o incluso «totalitarias». En ocasiones su alejamiento de la realidad política llegaba a resultar desconcertante: muchos lamentaban la pérdida del concepto de «la nación»; sin embargo, ahí estábamos, en el centro de Roma, donde Matteo Salvini, un político abiertamente nacionalista e incluso chovinista, estaba justo a la vuelta de la esquina liderando la carrera para convertirse en el nuevo primer ministro.

Aun así, algunos de ellos se mostraron muy elocuentes, incluso conmovedores. Entre los oradores figuraba Marion Maréchal, la carismática sobrina de la líder de extrema derecha francesa Marine Le Pen, candidata en dos ocasiones a la presidencia francesa. Maréchal dividió el mundo en un «nosotros» que incluía a todos los presentes en la sala, y un «ellos» que parecía incluir a todos los demás, desde el presidente liberal francés, Emmanuel Macron, hasta los estalinistas franceses: «Nosotros intentamos conectar el pasado al futuro, la nación al mundo, la familia a la sociedad... Nosotros representamos el realismo, mientras que nuestros oponentes representan la ideología. Nosotros encarnamos la memoria, mientras que ellos encarnan la amnesia».[13] Mientras ella pronunciaba esas palabras, el propio Macron estaba en Cracovia, donde se describía a sí mismo como un francés orgulloso de serlo y *a la vez* un europeo orgulloso de serlo,[14] dicho lo cual siguió hablando un poco más sobre la historia y la memoria, como hace habitualmente. Puede que para los seguidores de Maréchal eso carezca de importancia: cabe suponer que prefieren escuchar la historia de alguien como ella, portavoz de una definición étnica de Francia y lo francés. O puede que simplemente compartan con ella su sentimiento de persecución y les complazca oírlo reflejado en público.

Gracias a algunos discursos bastante menos elocuentes sobre el patriotismo polaco y las glorias de la «soberanía», el número de asistentes al evento de Roma fue disminuyendo de manera significativa a medida que avanzaba la jornada. Pero al acercarse la sesión final, los periodistas y cámaras de televisión empezaron a regresar de nuevo a la sala. Cuando entró el último orador, fue recibido con una gran ovación. Este no era otro que Viktor Orbán, la persona —comprendí— a la que muchos de los asistentes realmente habían venido a escuchar; no porque fuera el que mejor hablaba, sino porque había logrado algunas de las cosas a las que aspiraban los demás. Aunque varios oradores habían hablado sobre la opresiva ideología izquierdista que reinaba en las universidades, Hungría es el único país europeo que ha cerrado toda una universidad, que ha situado a organismos académicos como la Academia de Ciencias de Hungría bajo el control directo del Gobierno, y que ha retirado la financiación a los departamentos universitarios que disgustan al partido gobernante por razones políticas. Asimismo, aunque muchos de los presentes se oponían a los medios de comunicación de «izquierdas», Hungría es también el único país europeo que ha utilizado una combinación de presión política y financiera para someter a la mayoría de los medios públicos y privados al control del partido gobernante. Para aquellos partidos con vocación autoritaria, y para unos políticos que en su mayoría todavía no habían alcanzado el poder, había mucho de admirable en el ejemplo húngaro. Hungría no es un país grande, pero ese tipo de control, ese tipo de influencia, es justo lo que desean.

Orbán no pronunció un discurso. En su lugar, se le pidió que explicara el secreto de su éxito. Con expresión seria, el primer ministro húngaro dijo que era importante no tener que compartir el poder con otros partidos; no explicó la manipulación, la ingeniería electoral y el engaño minuciosamente

orquestado que le había permitido mantener su mayoría. También ayuda —añadió— contar con el apoyo de los medios de comunicación. En el fondo de la sala, donde se acomodaba la prensa, se escucharon algunas risas. Pero el resto de la sala asintió sin reírse lo más mínimo: ellos simpatizaban con el mensaje, y lo entendían.

5
Fuego en la pradera

Dada la potente historia fundacional de Estados Unidos, su inusual reverencia por la Constitución, su aislamiento geográfico y sus dos siglos de relativo éxito económico, durante mucho tiempo los estadounidenses de hoy hemos dado por sentado que la democracia liberal, una vez lograda, es imposible de revertir. No obstante, los propios fundadores de la nación no estaban tan seguros de ello: sus preciados autores clásicos les enseñaron que la historia se repite en un movimiento circular, que la naturaleza humana es imperfecta y que se requieren medidas especiales para evitar que la democracia degenere en tiranía. Pero a la mayoría de los estadounidenses de hoy la historia de Estados Unidos no les parece circular. Al contrario, a menudo se narra como una historia de progreso, siempre hacia adelante y siempre hacia arriba, con la guerra de Secesión como un mero incidente pasajero. No es fácil que la desesperación cultural alcance a una nación que creyó en el mito de Horatio Alger y la doctrina del «destino manifiesto». El pesimismo es un sentimiento ajeno a un Estado cuyos documentos fundacionales —la encarnación de la Ilustración— contienen una de las visiones más optimistas de las posibilidades del gobierno humano jamás escritas.

Es más: el optimismo sobre las posibilidades del gobierno se halla incardinado en la propia cultura política estadounidense ya desde 1776. Ese año, en la mayor parte del mundo todavía no era «evidente» que todos los hombres «son creados iguales».[*] Tampoco lo era en 1789 que «nosotros,

el pueblo», fuéramos capaces de formar una «Unión más perfecta»,[*] o siquiera que fuéramos capaces de autogobernarnos en absoluto. Sin embargo, un pequeño grupo de hombres apiñados en la costa este de lo que por entonces era un continente salvaje escribieron esas palabras y luego crearon una serie de instituciones diseñadas para materializarlas. Pese a su optimismo sobre la naturaleza humana, no creían que esta pudiera perfeccionarse. Antes bien, intentaron crear un sistema —basado en la separación de poderes y lleno de mecanismos de control mutuo— que alentara a las personas a comportarse mejor. Ni entonces ni después sus elevadas palabras reflejarían siempre la realidad. Ni entonces ni después sus instituciones funcionarían siempre como se esperaba. Pero, con el tiempo, las palabras se revelarían lo bastante potentes, y las instituciones lo bastante flexibles, para abarcar círculos cada vez más amplios de ciudadanos de pleno derecho, que a la larga incluirían no solo a los hombres, sino también a las mujeres, a personas sin propiedades ni riquezas, antiguos esclavos e inmigrantes de todas las culturas. Cuando las instituciones fallaban, como a veces ocurría, se recitaban y repetían aquellas palabras para persuadir a la gente de que no desfalleciera. Abraham Lincoln habló de Estados Unidos como de la «última y mejor esperanza de la tierra».[1] Martin Luther King soñó que «un día esta nación se levantará y vivirá el verdadero significado de su credo: "Sostenemos que estas verdades son evidentes; que todos los hombres son creados iguales"».[2]

Desde el principio existió la convicción de que la nueva nación sería diferente de las demás. Thomas Jefferson creía que en Estados Unidos la democracia triunfaría, pese a haber fracasado en Francia, porque la peculiar historia y las peculiares experiencias de los estadounidenses les habían preparado para ello. Pensaba que los estadounidenses, «imbuidos desde la cuna» de la creencia en el autogobierno democrático, eran especiales

justamente porque estaban aislados de Europa y sus ciclos históricos: «Separados de la progenie y protegidos de la contaminación».[3] Otros, desde Tocqueville hasta Reagan, reinterpretarían esa «excepcionalidad» dotándola de significados distintos. Pero lo que realmente hacía único el patriotismo estadounidense, tanto entonces como después, era el hecho de que jamás se había vinculado de manera explícita a una única identidad étnica con un único origen y en un único espacio. El discurso que en 1989 pronunciara Reagan sobre la «ciudad que relumbra en lo alto de una colina» —recordado como el momento cumbre de la retórica de la «grandeza» y la «excepcionalidad» de Estados Unidos— aludía claramente a los documentos fundacionales de la nación, y no a su geografía ni a una supuesta raza propia.[4] Reagan pedía a los estadounidenses que se unieran no en torno a la sangre y el territorio, sino en torno a la Constitución: «Mientras recordemos nuestros primeros principios y creamos en nosotros mismos, el futuro siempre será nuestro».

Pero también desde un primer momento hubo diversas alternativas posibles, distintas versiones de lo que Estados Unidos era o debería ser, diferentes definiciones de «la nación». Como una voz disonante dentro de un coro cada vez mayor, siempre ha habido grupos cuya aversión a los ideales estadounidenses ha sido muy intensa, reflejando algo más que un mero hastío con el Gobierno de turno. Ya desde 1776, siempre ha habido quienes han encontrado el proyecto estadounidense ingenuo, aterrador, opresivo o espurio. Tras la independencia, decenas de miles de leales a Inglaterra huyeron a Canadá; luego los estados confederados se separaron. Para algunos, la decepción con Estados Unidos era tan profunda, y la rabia que les producía tan intensa, que les llevó a sacar conclusiones drásticas y emprender acciones no menos radicales.

En el último siglo y medio, las visiones más desesperadas y apocalípticas

de la civilización estadounidense vinieron por lo general de la izquierda. Inspirándose en los pensadores y movimientos europeos —como el marxismo, el anarquismo o el bolchevismo—, los radicales estadounidenses de finales del siglo XIX y principios del XX se lamentaban del advenimiento de lo que consideraban una modernidad infernal, al mismo tiempo que deploraban la incapacidad del capitalismo estadounidense para mejorarla. La anarquista Emma Goldman daba voz a toda una clase de intelectuales y activistas cuando escribía en 1917 sobre lo que para ella no eran sino instituciones espurias: «¡Una República libre! ¡Cómo puede mantenerse un mito, seguir engañando, embaucando e impidiendo incluso a las personas relativamente inteligentes ver sus monstruosas aberraciones!».[5]

A Goldman le repugnaban especialmente las aventuras militares de Estados Unidos en el extranjero y el lenguaje patriotero empleado para justificarlas. «¿Qué es el patriotismo?», se preguntaba en un ensayo publicado en 1908. ¿Acaso es «el lugar de los recuerdos y esperanzas, sueños y aspiraciones de la infancia»? No —concluía—, no era eso:

> Si el patriotismo fuera eso, hoy pocos hombres estadounidenses podrían contarse entre los patriotas, puesto que el lugar de juego se ha convertido en fábrica, factoría y mina, al mismo tiempo que los ensordecedores sonidos de la maquinaria han venido a reemplazar a la música de los pájaros. Tampoco podemos seguir oyendo relatos de grandes hazañas, porque las historias que hoy cuentan nuestras madres son solo historias de dolor, lágrimas y aflicción.[6]

Goldman creía que el «sueño americano» era una falsa promesa y que el propio Estados Unidos era un lugar de «dolor, lágrimas y aflicción»; una creencia que en un primer momento la llevó a emprender formas extremas de protesta. Su camarada y pareja, Alexander Berkman, fue encarcelado tras intentar sin éxito asesinar al industrial Henry Clay Frick, y su nombre estuvo asociado asimismo a un fallido intento de hacer saltar por los aires la casa de John D. Rockefeller Jr. Aunque más tarde repudiaría la violencia —

y quedaría profundamente conmocionada por las realidades de la revolución bolchevique una vez las conoció—, en 1917 Goldman expresaba cierta comprensión por los «modernos mártires que pagan su fe con su sangre y reciben la muerte con una sonrisa porque creen, tan sinceramente como lo hizo Cristo, que su martirio redimirá a la humanidad».[7]

Ese lenguaje se repetiría cincuenta años después en el pensamiento de la organización radical Weather Underground. En 1970, el grupo lanzó varios cócteles Molotov contra la residencia de un juez del Tribunal Supremo de Nueva York, publicó una «Declaración de guerra» contra Estados Unidos e hizo estallar accidentalmente una casa adosada en Greenwich Village mientras fabricaba bombas. Como los anarquistas de antaño, no tenían fe en el sistema político estadounidense ni en su capacidad de generar cambios significativos. En su más famoso manifiesto, *Prairie Fire* (literalmente «fuego en la pradera»), escribían sobre la «ideología insensibilizadora del conformismo y el gradualismo», que «pretende tranquilizar al pueblo» difundiendo ideas conciliadoras y centristas.[8] Aquel «reformismo» —el término con el que aludían a las actividades normales de la política democrática— partía del supuesto de «la bondad esencial de la sociedad estadounidense, en conflicto con la visión revolucionaria de que el sistema está podrido hasta la médula y debe ser derrocado». Lejos de creer en la bondad esencial de la sociedad estadounidense, los miembros del grupo juzgaban que el sistema estaba «podrido hasta la médula», compartiendo el desprecio que sintiera Lenin por los políticos electos y los Parlamentos; la idea de tener que ganarse a potenciales electores o recabar votos les provocaba frustración y hastío.

Les irritaba aún más la noción de la «excepcionalidad estadounidense», que denunciaban de manera explícita en su manifiesto. Para ellos, Estados Unidos no podía ser especial, no podía considerarse distinto, no podía ser

una excepción. Las férreas leyes del marxismo dictaban que, tarde o temprano, la revolución llegaría también a ese país, poniendo fin a su perniciosa influencia en el mundo. Su irritación ante el propio término de *excepcionalidad* todavía resuena en el lenguaje que utiliza una parte de la izquierda política estadounidense. El historiador Howard Zinn, autor de una historia de Estados Unidos que se centra en el racismo, el sexismo y la opresión, se ha desvivido por denunciar los «mitos de la excepcionalidad estadounidense».[9] Asimismo, en las últimas dos décadas se han publicado decenas de artículos con variaciones sobre el mismo tema. Esa aversión por la idea de Estados Unidos y lo que representa resuena y se repite en interminables coloquios, seminarios y encuentros públicos, dondequiera que se reúnan quienes hoy se sienten decepcionados por ella.

Pero ha habido otro grupo de estadounidenses cuya indignación ante las deficiencias de la democracia en su país les ha llevado a sacar conclusiones igualmente radicales, que hoy también tienen sus propias resonancias. Si la izquierda basaba su pesimismo en la fuerza destructora del capitalismo, el poder del racismo y la presencia del ejército estadounidense en otros países, la derecha cristiana cimentaba su decepción en lo que percibía como la depravación moral, la decadencia, la mezcolanza racial y sobre todo el irreversible laicismo de Estados Unidos en la modernidad. El escritor cristiano evangélico Michael Gerson, sagaz analista crítico del cristianismo «político», ha argumentado que en la actualidad una parte de la comunidad evangélica cree sinceramente que Estados Unidos está perdido. Gerson, que había redactado discursos para George Bush hijo y ahora se ha distanciado de sus antiguos colegas, describe así las opiniones de quienes fueron sus amigos: «No dará comienzo una era nueva y mejor hasta la Segunda Venida de Cristo, que es el único capaz de poner fin al caos. Ningún esfuerzo humano puede adelantar ese día ni, en última instancia, salvar a un mundo

condenado».[10] En otras palabras: hasta el mismo Día del Juicio no tiene sentido tratar de mejorar la sociedad, y, de hecho, lo más probable es que empeore. Eric Metaxas, un locutor de radio evangélico, sostenía que una victoria de Hillary Clinton en 2016 anunciaría el fin de la República: «La única vez que afrontamos una lucha existencial como esta fue en la guerra de Secesión y en la Revolución en la que se originó la nación».[11] Franklin Graham, hijo del predicador evangélico Billy Graham y rector de la Universidad Liberty, empleó un lenguaje aún más elaborado durante la presidencia de Obama: «Creo que en lo que respecta al reloj de Dios estamos en la medianoche, o puede que estemos en los últimos minutos... viendo lo rápido que se deteriora nuestro país, lo rápido que el mundo se deteriora moralmente, en especial durante esta Administración, hemos presenciado cómo se ha lanzado de cabeza desde el trampolín moral al pozo negro de la humanidad».[12]

Esta faceta de profundo pesimismo de la derecha de Estados Unidos con respecto a su propio país no es del todo nueva. A lo largo de tres décadas se ha ofrecido a los estadounidenses en repetidas ocasiones una u otra versión de esos mismos argumentos por parte de muchos otros oradores y escritores, entre los que destaca especialmente Patrick Buchanan. Este último no es precisamente un protestante evangélico, sino un católico que comparte con ellos la misma cosmovisión apocalíptica. En 1999, Buchanan anunció que se daba de baja del Partido Republicano y se presentaba como candidato a la presidencia por el Partido de la Reforma. En el discurso donde dio a conocer su decisión lamentaba la pérdida de la «cultura popular que sustentaba los valores de la fe, la familia y la patria; la idea de que los estadounidenses somos un pueblo que nos sacrificamos y sufrimos juntos, y también avanzamos juntos; el respeto mutuo; la percepción de los límites; los buenos modales: todo ello ha desaparecido».[13] En versiones más

recientes de ese mismo lamento, Buchanan se ha mostrado más concreto a la hora de expresar su desesperación cultural, como hizo en la primavera de 2016:

> En la cultura popular de las décadas de 1940 y 1950, los hombres blancos eran modelos a imitar. Eran los detectives y policías que capturaban a los gánsteres y los héroes que ganaron la Segunda Guerra Mundial en los campos de batalla de Europa y las islas del Pacífico. Hoy el mundo se ha puesto patas arriba para los niños blancos. En nuestras escuelas se han reescrito los libros de historia y se ha borrado de un plumazo a los viejos héroes, mientras se desmantelan sus estatuas y se arrían sus banderas.[14]

El pesimismo de Buchanan se deriva en parte de lo que él percibe como el declive de la raza blanca, pero también —como les ocurre a algunos de quienes se oponen diametralmente a él en la izquierda— de su aversión por la política exterior estadounidense. Su ideario ha evolucionado con los años, alejándose del aislacionismo habitual para asumir aparentemente la creencia de que el papel de Estados Unidos en el mundo resulta pernicioso, cuando no maligno. En 2002 declaró en un programa de televisión —utilizando un lenguaje que podría haber empleado perfectamente Noam Chomsky o algún otro crítico similar de izquierdas de la realidad estadounidense— que «el 11-S fue una consecuencia directa de la injerencia de Estados Unidos en una área del mundo en la que no pintamos nada y donde no se nos quiere».[15]

Pero lo que resulta aún más extraño es que un hombre que durante muchas décadas fue impermeable a los falsos relatos soviéticos se tragara luego el falso relato ruso, creado por los tecnólogos políticos de Putin, de que Rusia es una piadosa nación cristiana que intenta proteger su identidad étnica. No importa que solo un pequeño porcentaje de rusos vayan a la iglesia, o que menos del 5 por ciento declaren que alguna vez han leído la Biblia; no importa que Rusia sea un Estado extremadamente multiétnico y

multilingüe, con una población musulmana mucho mayor que la de la mayoría de los países europeos; no importa que Chechenia, una república rusa, se rija de hecho por la sharía, o que su Gobierno obligue a las mujeres a usar velos y torture a los hombres homosexuales; no importa que haya numerosas formas de cristianismo evangélico que en la práctica están prohibidas en su territorio: la propaganda rusa —las fotos de Putin rindiendo homenaje a un icono de Nuestra Señora de Kazán, por ejemplo, o la incorporación de servicios religiosos a sus ceremonias de investidura— hizo efecto en Buchanan, que se convenció de que Rusia era en realidad un Estado nacionalista étnico de un tipo superior a Estados Unidos, un país al que describe con disgusto como una «"nación universal" multicultural, multiétnica, multirracial y multilingüe cuyo avatar es Barack Obama».[16]

Como les ocurre a quienes moran en los límites de la extrema izquierda estadounidense, desde hace largo tiempo algunos de quienes moran en los límites de la extrema derecha se han sentido atraídos por la violencia. No creo necesario repetir aquí la historia del Ku Klux Klan ni los casos del terrorista de Oklahoma Timothy McVeigh o el asesino de Charleston Dylann Roof, ni enumerar el montón de individuos y movimientos «milicianos» que han planeado asesinatos masivos —y continúan haciéndolo— so pretexto de rescatar a una nación caída. En 2017, una milicia de Illinois hizo estallar una bomba en una mezquita de Minnesota. En 2018, un individuo que creía que los judíos estaban conspirando para destruir la Norteamérica blanca asesinó a once personas en una sinagoga de Pittsburgh. En enero de 2019, un grupo de hombres que se autodenominaban los Cruzados urdieron un plan para poner una bomba en un complejo de apartamentos de Garden City, Kansas, con la esperanza de matar a un gran número de refugiados somalíes. Esos grupos y movimientos también se inspiraban en la convicción de que la democracia

carece de valor, los procesos electorales no pueden implicar un cambio real, y solo las acciones más extremas y desesperadas pueden detener el declive de una determinada visión de Estados Unidos.

En 2016, algunos de los argumentos de la vieja izquierda marxista —como su odio a la política burguesa común y su anhelo de un cambio revolucionario— se fusionaron con la desesperación de la derecha cristiana con respecto al futuro de la democracia estadounidense. Y esa fusión generó a su vez la retórica nostálgico-restauradora de la campaña de Donald Trump. Dos años antes, Trump había despotricado contra lo que él calificaba de fracaso de Estados Unidos, abogando por una solución que habría suscrito el propio Trotski: «¿Sabéis cómo se resuelve? Cuando la economía se desploma, cuando el país se va completamente al infierno y todo es un desastre. Entonces se producirán [...] disturbios para volver adonde estábamos cuando éramos grandes».[17] Cuatro años antes de eso, su asesor Steve Bannon —que se ha comparado abiertamente a sí mismo con Lenin— hablaba en tono amenazador de la necesidad de una guerra: «Habremos de pasar algunos días sombríos antes de recuperar el cielo azul de la mañana en Estados Unidos. Tendremos que soportar un dolor enorme. Creo que cualquiera que piense que no tenemos que soportar dolor os está engañando».[18] En un discurso pronunciado en 2010, incluso hizo una referencia directa a la Weather Underground, aludiendo a *Prairie Fire* y citando la letra de la canción de Bob Dylan de donde la organización había tomado inicialmente su nombre:

> No hace falta un meteorólogo para ver de dónde sopla el viento,[*] y los vientos soplan desde las altas llanuras de este país, a través de la pradera y prendiendo un fuego que lo arrasará todo hasta llegar a Washington en noviembre.[19]

El discurso de toma de posesión de Trump, redactado por un equipo de

asesores —Bannon entre ellos— también contenía las variantes de «antiamericanismo» características tanto de la izquierda como de la derecha. Incluía la aversión de la izquierda al *establishment*, que se había «protegido a sí mismo, pero no a los ciudadanos de nuestro país»: «Sus victorias no han sido las vuestras; sus triunfos no han sido los vuestros; y mientras ellos estaban de celebración en la capital de nuestra nación, había poco que celebrar para las familias con dificultades en todo nuestro territorio».[20] Y también reflejaba la desesperación evangélica ante la terrible situación moral de la nación, «la delincuencia, las bandas y las drogas que han robado demasiadas vidas y despojado a nuestro país de tanto potencial no realizado».

El discurso de investidura no expresaba directamente el anhelo por un episodio de violencia purificadora. Pero el discurso sobre la «civilización occidental» que Trump pronunció en Varsovia un año después, en julio de 2017 —el mismo que Bardají y sus amigos ayudaron a redactar—, desde luego que lo hizo. Era evidente que el presidente estadounidense, que parecía sorprenderse por algunas cosas de las que leía en el teleprónter («¡Fíjate!», expresaría con asombro ante la mención de los orígenes polacos de Copérnico), no era el autor del texto. Pero sus verdaderos autores, incluidos Bannon y Stephen Miller, utilizaron parte del mismo lenguaje que habían empleado ya en la toma de posesión: «La gente, no los poderosos [...] ha sido siempre el fundamento de la libertad y la piedra angular de nuestra defensa», escribían, como si el propio Trump no fuera un rico y poderoso empresario de élite que había eludido el servicio militar y permitido que otros lucharan en su lugar.[21] En un pasaje en el que se describe el Alzamiento de Varsovia —una terrible y destructiva batalla en la que, pese a mostrar un gran coraje, la resistencia polaca fue aplastada por los nazis—, hacían declarar a Trump que «estos héroes nos recuerdan que

Occidente se salvó con la sangre de los patriotas; que cada generación debe alzarse y desempeñar su papel en su defensa». Era difícil pasar por alto el tono amenazador de aquellas palabras: «cada generación» implicaba que también los patriotas de nuestra generación tendrían que derramar su propia sangre en la inminente batalla para rescatar a Estados Unidos de su decadencia y corrupción.

Pero Trump aporta nuevos elementos de cosecha propia a este viejo discurso. Al milenarismo de la extrema derecha y el nihilismo revolucionario de la extrema izquierda, él añade el profundo cinismo de quien lleva años gestionando planes comerciales de dudosa naturaleza en todo el mundo. Trump no conoce la historia de Estados Unidos, por lo tanto, no puede tener ninguna fe en ella. No comprende el lenguaje de los fundadores de la nación ni simpatiza con él, de manera que tampoco puede servirle de inspiración. Dado que no cree que la democracia estadounidense sea buena, tampoco le interesa que Estados Unidos aspire a ser un modelo entre las naciones. En una entrevista realizada en 2017 con Bill O'Reilly, de Fox News, Trump expresaba su admiración por el dictador ruso Vladímir Putin empleando una variante clásica de «whataboutismo»: «Pero él es un asesino», le decía O'Reilly; «Hay muchos asesinos —respondía Trump—. ¿Cree que nuestro país es tan inocente?».[22] Dos años antes había expresado una idea similar en otra entrevista televisiva, esta vez con Joe Scarborough: «Él gobierna su país y al menos es un líder —declaraba Trump hablando de Putin—, a diferencia de lo que tenemos en este país... Creo que nuestro país también comete muchos asesinatos, Joe, así que ya lo sabe».[23]

Esta forma de hablar —«Putin es un asesino, pero también lo somos todos nosotros»— es un fiel reflejo de la propia propaganda de Putin, que a menudo viene a decir literalmente: «De acuerdo, Rusia es corrupta, pero

todos los demás también lo son». Es un argumento que utiliza la llamada «equivalencia moral», que socava la convicción, la esperanza y la creencia de que los estadounidenses pueden estar a la altura de lo que dice su Constitución. Pero también es un argumento que resulta útil a Trump en la medida en que le permite a él mismo ser un «asesino», ser corrupto o romper las reglas «como todos los demás». En un viaje a Dallas tuve ocasión de escuchar una versión de ese mismo argumento de labios de una de las acaudaladas partidarias del presidente. Sí —me decía—, él es un corrupto, pero ella creía que también lo habían sido todos los presidentes que le habían precedido; «solo que antes no nos enterábamos». Aquella idea le permitía a ella misma —una ciudadana honrada, una patriota que respetaba la ley— apoyar a un presidente corrupto. Si todo el mundo es corrupto y lo ha sido siempre, entonces está bien hacer lo que sea necesario para ganar.

Ese, por supuesto, es el argumento que siempre han esgrimido los extremistas «antiamericanos», los grupos situados en los márgenes de extrema derecha y extrema izquierda del espectro social. Los ideales estadounidenses son espurios, las instituciones estadounidenses son fraudulentas, el comportamiento estadounidense en el extranjero es maligno, y el lenguaje del proyecto estadounidense —igualdad, oportunidad, justicia— no son más que consignas vacías. En esta visión conspiranoica, la realidad «real» —valga la redundancia— es la de los empresarios secretos, o los burócratas del «Estado profundo», que manipulan a los votantes para que sigan sus planes utilizando el lenguaje cursi de Thomas Jefferson como tapadera. Todo lo que haga falta para derrocar a esos malvados intrigantes está justificado. En *Prairie Fire*, Weather Underground arremetía contra «los tipos del Departamento de Justicia y de la Casa Blanca-CIA».[24] Ahora Trump hacía lo mismo: «Si

miras la corrupción en la cúspide del FBI, es una vergüenza —declaraba en el programa de entrevistas *Fox and Friends* dos años después de asumir la presidencia—. Y nuestro Departamento de Justicia, del que intento mantenerme al margen... pero en algún momento dejaré de hacerlo». En efecto, más adelante dejaría de hacerlo.[25]

Esta forma de equivalencia moral —la creencia de que en el fondo la democracia no es distinta de la autocracia— es un argumento familiar utilizado durante largo tiempo por los autoritarios. Ya en 1986, Jeane Kirkpatrick —académica, intelectual y embajadora de Reagan en la ONU— escribió sobre el peligro que entrañaba tanto para Estados Unidos como para sus aliados la retórica de la equivalencia moral que en aquel momento provenía de la Unión Soviética. Los cañones, las armas e incluso las ojivas nucleares eran peligrosas para las democracias, pero no tanto como aquella forma concreta de cinismo: «Para destruir una sociedad —sostenía—, primero hay que deslegitimar sus instituciones fundamentales».[26] Si uno cree que las instituciones de un país no son diferentes de sus opuestas, entonces no hay razón alguna para defenderlas. Lo mismo vale para las instituciones trasatlánticas. Para destruir la alianza atlántica, la comunidad de las democracias —escribía Kirkpatrick—, «basta con privar a los ciudadanos de las sociedades democráticas de la percepción de tener un objetivo moral compartido que subyace tras las identificaciones y esfuerzos comunes».

La victoria de Trump en 2016 era la victoria de exactamente esa misma forma de equivalencia moral. Lejos de representar la ciudad que relumbra en la colina, resulta que los estadounidenses no son distintos de los «asesinos» de la Rusia de Putin. En lugar de promover una nación que lidere a «los ciudadanos de las sociedades democráticas», se pasa a proclamar «Estados Unidos primero». En lugar de verse a sí mismos para

siempre en el corazón de una gran alianza internacional, los estadounidenses son indiferentes a la suerte de otras naciones, incluidas aquellas que comparten sus mismos valores. «Estados Unidos no tiene un interés vital en elegir entre facciones en guerra cuyas animosidades se remontan siglos en Europa oriental —escribía Trump, o quien fuera que lo hiciera por él, en el año 2000—. Sus conflictos no merecen [el sacrificio de] vidas estadounidenses.»[27] Como habrá podido adivinar el lector por la alusión a Europa oriental, el texto en cuestión no era precisamente una crítica a la guerra de Irak, sino una crítica a la implicación de Estados Unidos en los asuntos mundiales en general que retrocedía nada menos que hasta principios del siglo XX; es decir, una crítica a la implicación de Estados Unidos, entre otras cosas, en dos guerras mundiales y en la Guerra Fría, un retorno a la xenofobia y el aislacionismo introspectivo de la década de 1920, la época en la que el padre de Trump fue detenido por causar disturbios con el Ku Klux Klan.

Y eso es justamente lo que ha demostrado Trump: bajo la superficie del aparente consenso reinante entre los estadounidenses, su fe en los fundadores y los ideales de la nación, hay otros Estados Unidos —los de Buchanan, los de Trump— que no ven que exista una diferencia importante entre democracia y dictadura. Esos Estados Unidos no sienten el menor apego por otras democracias; no tienen nada de «excepcionales»; carecen de un espíritu democrático peculiar como el que describiera Jefferson. Lo que crea la unidad en esos otros Estados Unidos es la piel blanca, una cierta concepción del cristianismo y cierto apego a una tierra rodeada y defendida por un muro. El nacionalismo étnico de esos Estados Unidos se asemeja al obsoleto nacionalismo étnico de las naciones europeas más antiguas; y la desesperación cultural de esos Estados Unidos se asemeja también a su desesperación cultural.

Lo sorprendente no es la existencia de esta otra definición de Estados Unidos: de hecho, siempre ha estado ahí. Lo sorprendente es que haya aflorado en el partido político que más ostentosamente ha utilizado las banderas, los estandartes, los desfiles y los símbolos patrios para expresar su identidad. Para que el partido de Reagan se convirtiera en el de Trump —para que los republicanos abandonaran su idealismo y adoptaran en cambio la retórica de la desesperación— tenía que producirse un cambio radical, no solo entre los votantes del partido, sino también entre sus propios *clercs*.

«Era la hora del cóctel el primer día del periodo de sesiones del nuevo Congreso, dominado por los republicanos, y el largo salón iluminado con candelabros de la residencia de David Brock en Georgetown se llenaba de exultantes jóvenes conservadores recién llegados de los eventos celebrados en el Capitolio.»[28] Así rezan las primeras líneas de un artículo de portada publicado en 1995 en *The New York Times Magazine* que llevaba por título «La contra-contracultura». Su autor era el difunto James Atlas, quien pasaba luego a presentar, uno a uno, a toda una serie de personajes. Estaba el joven David Brooks, entonces a cargo de la página editorial de *The Wall Street Journal*. Estaba el propio Brock, conocido sobre todo en aquel momento por sus despiadadas investigaciones sobre los asuntos personales del presidente Bill Clinton. Estaban mis amigos David Frum —a quien se describe como «un antiguo redactor editorial de *The Wall Street Journal*»— y su esposa Danielle Crittenden, con quien años después escribiría un libro de cocina polaca.

En el artículo hay detalles graciosos —por ejemplo, se habla de ciertos restaurantes caros de Georgetown donde las élites conservadoras cultas se dedicaban a mofarse de las élites liberales cultas—, pero el tono general no

es negativo. Luego viene una sucesión de otros nombres, acompañados de breves semblanzas: Bill Kristol, John Podhoretz, Roger Kimball, Dinesh D'Souza... Cuando se publicó el artículo, yo conocía a la mayoría de ellos. Por entonces trabajaba en Londres para *The Spectator*, y mi relación con los miembros de este grupo era como la que mantienes con un primo extranjero que viene a verte ocasionalmente: inspiraba cierto interés en la familia, pero nunca llegaba a formar parte de su círculo íntimo. Yo escribía de vez en cuando para las revistas *The Weekly Standard*, dirigida por Kristol, y *The New Criterion*, dirigida por Kimball, y en una ocasión escribí también para *Independent Women's Quarterly*, que más tarde dirigiría Crittenden entre otros. También conocía un poco a cierta mujer cuyo aspecto, con una minifalda de piel de leopardo, haría que fuera la figura que más destacaba en la fotografía de portada de la revista: Laura Ingraham, que había sido secretaria del juez del Tribunal Supremo Clarence Thomas y en aquel momento trabajaba como abogada en un distinguido bufete. En el penúltimo párrafo del artículo, Atlas se describe a sí mismo, cerca de la medianoche, «corriendo a cien kilómetros por hora por las calles del centro de Washington junto con Brock en el Land Rover de color caqui de Ingraham, buscando un bar abierto, mientras la música de Buckwheat Zydeco atronaba en el estéreo».

De vez en cuando, Ingraham me confirma, en sus programas de televisión o en sus discursos públicos, la principal característica que yo le atribuía por entonces: su devoción por Reagan y el reaganismo; la misma devoción que en aquel momento sin duda compartían todas aquellas otras personas que habían asistido al cóctel de Brock. O quizá hablar de devoción por Reagan resulte demasiado concreto. Lo que realmente mantenía unido aquel grupo —y lo que también a mí me atraía— era una especie de optimismo «pos-Guerra Fría», la creencia de que «habíamos ganado», que

ahora la revolución democrática seguiría avanzando y la desintegración de la Unión Soviética iba a traer más cosas buenas; el mismo optimismo que por entonces se respiraba en Polonia y que tan bien recuerdo de la Nochevieja de 1999. Ese sentimiento no era como el conservadurismo nostálgico de los ingleses; era un sentimiento más vital, más «americano», un conservadurismo de talante optimista que no se dedicaba en absoluto a mirar atrás. Aunque había otras variantes más oscuras, en su mejor versión era enérgico, reformista y generoso, basado en la fe en Estados Unidos, la creencia en la grandeza de la democracia estadounidense y la ambición de compartir esa democracia con el resto del mundo.

Pero ese momento resultó ser más breve de lo que esperábamos. Si el final de la Guerra Fría y el thatcherismo generó descontento entre los conservadores británicos, en Estados Unidos el final de la Guerra Fría generó divisiones profundas e irresolubles disputas. Antes de 1989, los anticomunistas estadounidenses —cuyo espectro abarcaba desde los demócratas centristas hasta los sectores más extremistas del Partido Republicano— se habían sentido unidos por su determinación de oponerse a la Unión Soviética. Sin embargo, no se trataba de un grupo monolítico. Algunos de ellos habían adoptado una postura radical en la Guerra Fría porque, en cuanto diplomáticos o pensadores de la *realpolitik*, temían la tradicional agresividad rusa que acechaba bajo la propaganda soviética, les inquietaba la posibilidad de una guerra nuclear y les preocupaba la influencia estadounidense en todo el mundo. Otros —y yo misma me incluyo en esta categoría— creíamos que estábamos luchando contra el totalitarismo y la dictadura, y a favor de la libertad política y los derechos humanos. Y resultó que también había otros que luchaban contra la Unión Soviética porque la ideología soviética era explícitamente atea y creían que Estados Unidos estaba del lado de Dios. Cuando se desintegró la Unión

Soviética, también se rompieron los vínculos que habían mantenido unidos a estos diferentes tipos de anticomunistas.

El cambio radical tardó un tiempo en manifestarse. En un primer momento no se evidenciaron su envergadura y alcance. Los acontecimientos del 11-S probablemente mantuvieron unido al grupo mucho más tiempo del que habría sido el caso en circunstancias distintas. Pero al final la velada en casa de Brock resultaría ser de nuevo —como mi cena de Nochevieja— otra fiesta cuyos asistentes dejarían de hablarse. Solo dos años después de que se celebrara, el propio Brock, en un artículo titulado «Confesiones de un sicario de derechas», abjuraba de su postura anterior, acusando a la derecha de «intolerancia intelectual y pensamiento grupal prepotente».[29] Brooks derivó gradualmente hacia el centro y se convirtió en columnista de *The New York Times* y autor de libros acerca de cómo vivir una vida plena. Frum pasó a redactarle los discursos a George Bush hijo, luego se desilusionó con el ala xenófoba y conspiranoica del partido, y finalmente acabó rompiendo completamente con este tras la victoria electoral de Donald Trump. Kristol siguió la misma trayectoria un poco más tarde. Otros, como D'Souza y Kimball, fueron exactamente en la dirección opuesta.

Mi propia ruptura se produjo en 2008 gracias al auge de Sarah Palin —que era una especie de proto-Trump— y al uso de la tortura en Irak por parte de la Administración Bush. Incluso escribí un artículo titulado «Por qué no puedo votar a John McCain» en el que explicaba mi visión de cómo había cambiado el partido[30] (hoy, al releerlo, veo que el artículo se consagraba sobre todo a elogiar a McCain; aun así, este, que había pronunciado un maravilloso discurso en la presentación en Washington de mi libro *Gulag: Historia de los campos de concentración soviéticos*, jamás volvería a dirigirme la palabra). Pero solo cuando Donald Trump se

convirtió en el candidato del partido supe hasta qué punto se había distanciado mi cosmovisión de la de algunos de mis amigos estadounidenses. El pequeño grupo de «jóvenes conservadores» se había partido limpiamente por la mitad.

En 2017, Sam Tanenhaus publicó otro artículo sobre una fiesta, esta vez en la revista *Esquire*. Era la fiesta que habían dado los Frum en su residencia de Washington con motivo de la publicación de mi libro *Hambruna roja: La guerra de Stalin contra Ucrania*; una velada en la que había participado un gran contingente de lo que Tanenhaus calificaba como «un cuadro de desarraigados y desplazados, escritores, intelectuales y expertos que, de haberse reunido en París o en Londres —bueno, o, para el caso, en Ottawa—, podrían haber exhibido el embrujado glamur de los emigrados y exiliados».[31] Tanenhaus se burlaba ligeramente de aquella reunión de «antitrumpianos», entre otras cosas mofándose de que se sirvieran unos «entremeses estilo Europa del Este» en una fiesta en la que se celebraba la publicación de un libro sobre la hambruna, algo en lo que tenía bastante razón. Pero también planteaba un argumento serio: «Para muchos de los invitados [...] el auge de Trump cambió el viejo dicho de "Eso puede pasar aquí" por algo más terrible y acuciante: "Está pasando ahora y hay que pararlo"».

No todos nuestros viejos conocidos pensaban lo mismo, y lo cierto es que a muchos de ellos ni siquiera se les invitó. Las listas de invitados elaboradas por mis amigos en la década de 1990 y las redactadas por esos mismos amigos a finales de la de 2010 eran muy distintas. Para empezar, ahora había un puñado de demócratas de centroizquierda en la sala, gente a la que los Frum no conocían treinta años antes. También había algunas ausencias. Roger Kimball, por ejemplo, no estaba allí. En 1992 había escrito una reseña de *La trahison des clercs*, parte de la cual se publicaría más tarde

como introducción a una nueva edición inglesa del famoso libro de Benda.[32] En aquel texto, Kimball señalaba en tono aprobatorio que Benda —«que escribía en un momento en que los odios étnicos y nacionalistas estaban empezando a desgarrar Europa»— se oponía al partidismo y creía en «el ideal de la imparcialidad, la universalidad de la verdad». Por entonces, quizá debido a que los «odios étnicos y nacionalistas» iban en aumento en Yugoslavia y la antigua Unión Soviética, juzgaba apropiado ensalzar el ideal de neutralidad intelectual.

Pero en 2019 Kimball se había convertido en el extremo opuesto a la imparcialidad; tampoco es que se sintiera especialmente apegado a la «universalidad de la verdad». Durante las audiencias del *impeachment* de 2019, redactó una serie de artículos para un sitio web pro-Trump llamado American Greatness donde ignoraba o se mofaba repetidamente de las pruebas de que Trump había violado la ley, pruebas que ni los propios abogados del presidente cuestionaban. El Kimball de 1992 había escrito que «la desintegración de la fe en la razón y la humanidad común no solo conduce a la destrucción de las normas, sino que también entraña una crisis de coraje».[33] El de 2019 comparaba a los demócratas del Congreso con «la airada turba que apoyó a Barrabás ante Poncio Pilato», una declaración que equiparaba implícitamente a Trump con Jesucristo.[34] No mencionaba para nada la cobardía de los senadores republicanos que, con la sola excepción de Mitt Romney, tenían miedo de reconocer que el presidente había utilizado los instrumentos de la política exterior estadounidense en beneficio personal. La «crisis de coraje» estaba allí mismo, ante sus propias narices. Pero Kimball ya era incapaz de verla.

Ingraham tampoco estaba en la velada, aunque en una época anterior me habría alegrado contar con su presencia en una fiesta celebrada con motivo de la publicación de un libro sobre los crímenes soviéticos y, por su parte,

ella habría estado encantada de venir. Pero desde la década de 1990 nuestras trayectorias habían seguido direcciones radicalmente distintas. Ingraham dejó el mundo del derecho, se metió en el de los medios de comunicación conservadores, y durante mucho tiempo intentó tener su propio programa de televisión. Aunque aquellos primeros intentos fracasaron, a la larga tendría un popular programa de tertulia radiofónica. Yo misma acudiría como invitada al programa en un par de ocasiones, una de ellas tras la invasión rusa de Georgia en 2008.[35] Al escuchar de nuevo la conversación que mantuvimos entonces, me sorprende ver hasta qué punto se hallaba en sintonía con el conservadurismo optimista de la década de 1990. Ingraham seguía hablando del poder de Estados Unidos para hacer el bien, de su capacidad de plantar cara a la amenaza rusa; pero a la vez apuntaba también a algo distinto. En un momento dado, hizo alusión a un artículo de Pat Buchanan, uno de sus mentores, en el que este recriminaba repetidamente el sinsentido de cualquier posible relación de Estados Unidos con Georgia, que calificaba de democracia en ciernes, y alababa a Rusia, un país que él imaginaba más «cristiano» que el suyo propio.

Aquella referencia era el presagio de otros futuros cambios, puesto que en algún momento el optimismo reaganiano de Ingraham se desvanecería y poco a poco iría dando paso al pesimismo apocalíptico que compartiría con tantos otros. Esto resulta manifiesto en gran parte de lo que dice y escribe actualmente: Estados Unidos está condenado; Europa está condenada; la civilización occidental está condenada. Y los responsables de ello son la inmigración, la corrección política, los transgénero, la cultura, el *establishment*, la izquierda y los demócratas. Parte de lo que ella percibe es real: la llamada «cultura de la cancelación» de internet, el extremismo que a veces estalla en los campus universitarios o las exageradas reivindicaciones de quienes cultivan la política identitaria constituyen un problema político y

cultural que requerirá auténtica valentía afrontar. Pero ya no está claro que siga creyendo que esas formas de extremismo de izquierdas puedan combatirse utilizando la política democrática normal. En 2019 tuvo al propio Buchanan en su programa y le preguntó, sin rodeos: «¿Realmente hoy la civilización occidental, tal como la entendemos, pende de un hilo? Creo que de hecho se podría argumentar muy bien que se halla al borde del precipicio».[36] Como Buchanan, también Ingraham ha tenido sus dudas acerca de si Estados Unidos podría o debería desempeñar algún papel en el mundo. Y no es de extrañar: si Estados Unidos no es un país excepcional, sino degenerado, ¿por qué cabría esperar que lograra algo fuera de sus fronteras?

Ese mismo tono pesimista tiñe sus opiniones sobre la inmigración. Durante muchos años, Ingraham, como muchas otras figuras del universo Fox, ha caracterizado a los inmigrantes ilegales de Estados Unidos como ladrones y asesinos, pese a las abrumadoras evidencias que demuestran que en general los inmigrantes cometen menos delitos que los estadounidenses autóctonos. Tampoco se trata del habitual llamamiento razonable a favor de incrementar las restricciones en la frontera, dado que Ingraham le ha pedido a Trump que ponga fin no solo a la inmigración ilegal, sino también a la legal, aludiendo más de una vez a los «masivos cambios demográficos» que está experimentando Estados Unidos, «cambios por los que ninguno de nosotros ha votado nunca y que a la mayoría no nos gustan». En algunas partes del país —sostiene— «parece que los Estados Unidos que conocemos y amamos ya no existen». Al final Ingraham terminaría apelando directamente a Trump:

> Esta es una emergencia nacional, y debe exigir que el Congreso actúe ya. Algo se está apagando en este país, y no es una cuestión de raza o etnicidad. Se trata de lo que antaño fue la percepción

común en ambos partidos de que la ciudadanía estadounidense es un privilegio y que, como mínimo, requiere respeto por el Estado de derecho y lealtad a nuestra Constitución.[37]

Y si los Estados Unidos reales, los verdaderos Estados Unidos, están desapareciendo, entonces podrían requerirse medidas extremas para salvarlos. En 2019, Ingraham inclinó la cabeza en señal de asentimiento cuando uno de sus invitados, el abogado conservador Joseph diGenova, empezó a hablar del inminente conflicto cultural que iba a producirse en Estados Unidos: «La sugerencia de que en un futuro próximo va a haber un discurso civilizado en este país ya no vale... va a ser una guerra abierta —afirmó—. Yo hago dos cosas: voto y compro armas».[38] Cuando Rafael Bardají decía que «no queremos que nos maten, tenemos que sobrevivir», estaba hablando metafóricamente.[39] Ingraham promueve a un grupo de estadounidenses que creen que la política pronto se convertirá en una guerra real, con violencia real.

Ese oscuro pesimismo, con claras resonancias de los movimientos de izquierdas y de derechas más alarmistas y radicales de la historia política estadounidense, ayuda a explicar cómo Ingraham se convirtió, bastante antes que muchos otros, en una convencida partidaria de Donald Trump. Ingraham conoce a Trump desde la década de 1990; de hecho, en cierta ocasión tuvieron una cita, aunque al parecer no salió bien porque a ella le pareció un pretencioso («Necesita dos coches, uno para él y otro para su pelo», les dijo a algunos amigos comunes). Sin embargo, fue una de las primeras personas que apoyaron su participación en política, permitiéndole incluso despotricar contra Obama en su programa empleando el falso argumento de que este no había nacido en Estados Unidos. También habló en su favor en la Convención Republicana, defendiéndole incluso antes de que el resto de su partido lo aceptara. Ingraham ha tenido un acceso

especial a Trump durante toda su presidencia, y es una de las personas de Fox que hablan regularmente con él.

Su creencia en Trump, o al menos en su causa, configuraría profundamente la cobertura informativa de Ingraham sobre la pandemia de coronavirus en la primavera de 2020. Como sus colegas, los otros locutores de Fox News, en un primer momento minimizó la importancia del asunto, culpó a los demócratas de utilizar el virus con fines propagandísticos y lo calificó como «una nueva vía para atacar al presidente Trump».[40] Más tarde pasó a emprender una activa labor de desinformación, ignorando a los expertos médicos y promocionando intensamente el uso del fármaco hidroxicloroquina antes de que se hubiera probado siquiera; de hecho, lo mencionó tres días antes de que empezara a promoverlo el propio Trump.[41] En abril se unió a la extraña campaña del presidente contra las políticas de confinamiento de su propia Administración, alentando a los «rebeldes» a alzarse contra la cuarentena. Uno de sus tuits revelaba algunas de sus opiniones más arraigadas: «¿Cuántos de los que instaron a nuestro Gobierno a ayudar a liberar a los iraquíes, sirios, kurdos, afganos, etcétera, están igualmente comprometidos ahora para liberar Virginia, Minnesota, California, etcétera?».[42] El uso del concepto de *liberación*, así como la equiparación de Saddam Hussein —un hombre que había perpetrado asesinatos masivos— con unos gobernadores estadounidenses democráticamente elegidos que intentaban mantener a sus ciudadanos a salvo de una pandemia, no eran precisamente ideas propias de alguien que tiene fe en la democracia estadounidense.

Algunos elementos de la trayectoria de Ingraham siguen siendo misteriosos. Uno de ellos es su frecuente invocación de los valores morales, los valores cristianos o los valores personales. Durante una charla pronunciada en 2007, le dijo a un grupo de personas reunidas en Dallas que

«sin la virtud, Estados Unidos no existe. Sin la virtud, seremos gobernados por tiranos».[43] Luego enumeró las virtudes a las que se refería: «Honor, coraje, generosidad, sacrificio, esfuerzo, responsabilidad personal, respeto por los mayores y respeto por las personas vulnerables»; una lista de virtudes de las que no cabe atribuir ninguna a Donald Trump. Más complicada de entender resulta su participación en el oprobio del que el presidente colma a todos los inmigrantes, así como sus temores de que la inmigración legal haya socavado «los Estados Unidos que conocemos y amamos», teniendo en cuenta que la propia Ingraham tiene tres hijos adoptados, todos inmigrantes.

Ignoro cómo se explica a sí misma esas contradicciones, puesto que no quiere hablar conmigo. Como mi amiga Ania Bielecka, me respondió a un correo electrónico, y luego guardó silencio. Pero hay ciertas pistas. Algunos amigos comunes señalan que es una conversa al catolicismo, y que, tras sobrevivir a un cáncer de mama, se ha vuelto profundamente religiosa. A uno de ellos le dijo que «el único hombre que nunca me ha decepcionado es Jesús». No hay que subestimar la fuerza de voluntad que ha necesitado para sobrevivir en el despiadado mundo de los medios de comunicación de derechas, especialmente en Fox News, donde era habitual que se presionara a las estrellas femeninas para que se acostaran con sus jefes. Esa combinación de experiencias personales da un toque mesiánico a algunas de sus declaraciones públicas. En la mencionada charla de 2007 habló también de su conversión religiosa. De no ser por su fe —afirmó—, «No estaría aquí... probablemente no estaría viva». De ahí que luchara para salvar a Estados Unidos de los impíos: «Si, como país, perdemos la fe en Dios, perdemos nuestro país».

La ambición profesional —la excusa más antigua del mundo— también interviene en la historia. En parte gracias a Trump y a su conexión con él,

Ingraham lograría tener finalmente su propio programa televisivo en Fox en horario de máxima audiencia, aderezado con un salario enorme. Ha conseguido entrevistas con Trump en momentos clave, en las cuales solo le plantea preguntas halagadoras. «Por cierto, enhorabuena por sus cifras de votación», le dijo mientras lo entrevistaba en el aniversario del Día D.[44] Pero dudo que, en el caso de alguien tan inteligente como Ingraham, eso lo explique todo. Durante los muchos años en los que Fox le negó su programa de televisión estuvo dirigiendo un programa de radio, y creo que, si en algún momento la cadena cancela el programa de televisión, regresaría a la radio. Como ocurre en tantas biografías, intentar diferenciar lo personal de lo político es una empresa absurda.

Hay también algunas pistas sobre el pensamiento de Ingraham que proceden de otras épocas y otros lugares. Puede que las contradicciones personales —como tener un hijo gay y apoyar a un partido homófobo, como hace mi amigo polaco, o condenar la inmigración mientras se adoptan niños de otros países— en realidad *alimenten* el extremismo o, cuando menos, el uso de un lenguaje extremista. El escritor polaco Jacek Trznadel ha descrito cómo experimentaba, en la Polonia estalinista, el hecho de ser un acérrimo defensor del régimen y a la vez albergar dudas sobre este. «Gritaba desde una tribuna en alguna reunión universitaria en Breslavia, y al mismo tiempo sentía pánico al pensar en mí mismo gritando... Me decía que al gritar estaba tratando de convencer [a las masas], pero en realidad trataba de convencerme a mí mismo.»[45] Para algunos, defender a Trump a voz en grito ayuda a disimular las profundas dudas e incluso la vergüenza que sienten por apoyarle. No basta con expresar una tibia adhesión a un presidente que corrompe la Casa Blanca y destruye las alianzas de Estados Unidos en la escena mundial: tienes que gritar si quieres convencerte a ti

mismo tanto como a los demás; tienes que exagerar tus sentimientos si quieres hacerlos creíbles.

Pero la respuesta también puede residir simplemente en la profundidad de la desesperación de Ingraham. Los actuales Estados Unidos son un lugar oscuro y de pesadilla donde Dios habla solo a un pequeño número de personas; donde el idealismo ha muerto; donde la guerra civil y la violencia son inminentes; donde los políticos democráticamente elegidos no son mejores que los dictadores y asesinos en masa de otros países; donde la «élite» se regodea en la decadencia, el caos, la muerte... Los actuales Estados Unidos, como ella los ve —y los ven tantos otros—, son un lugar donde las universidades enseñan a la gente a odiar a su país, donde se celebra más a las víctimas que a los héroes, donde se han descartado los más antiguos valores. Hay que pagar cualquier precio, hay que perdonar cualquier crimen, hay que ignorar cualquier ultraje, si eso es lo que hace falta para recuperar los Estados Unidos reales, los Estados Unidos de antaño.

6
La historia se repite

Los cambios políticos profundos como el que estamos viviendo —acontecimientos que de repente dividen a familias y amigos, se extienden a través de las diversas clases sociales y reorganizan drásticamente las alianzas— ya han ocurrido antes. En los últimos años no se ha prestado ni de lejos la suficiente atención a una controversia suscitada en Francia en el siglo XIX que, de hecho, prefiguraba muchos de los debates del XX y constituye asimismo un anticipado reflejo de las polémicas del XXI.

El que pasaría a conocerse como caso Dreyfus se inició en 1894, cuando se descubrió que había un traidor en el ejército francés: alguien había estado pasando información a Alemania, que había derrotado a Francia un cuarto de siglo antes y todavía ocupaba la antigua provincia francesa de Alsacia-Lorena. La inteligencia militar francesa investigó el asunto y aseguró que había encontrado al culpable. El capitán Alfred Dreyfus era alsaciano, hablaba con acento alemán y además era judío, lo que a los ojos de algunos hacía que no fuera un auténtico francés. Resultó que al final era inocente. El verdadero espía era el mayor Ferdinand Esterhazy, otro oficial que varios años después dimitiría de su cargo y huiría del país.

Pero los investigadores del ejército francés crearon pruebas falsas y aportaron testimonios falsos. Dreyfus fue juzgado en consejo de guerra, declarado culpable y sometido a humillación pública. Ante los abucheos de una enorme multitud congregada en el Campo de Marte, un ordenanza le arrancó los galones de oficial del uniforme y le rompió la espada. Dreyfus

proclamó a voz en grito: «¡Se degrada a un inocente! ¡Viva Francia! ¡Viva el ejército!». Más tarde fue encarcelado en régimen de aislamiento en la Isla del Diablo, frente a la costa de la Guayana Francesa.[1]

La polémica resultante —que el escritor Romain Rolland calificaría como un «combate entre dos mundos»— dividió a la sociedad francesa en dos bandos que hoy parecen resultar repentinamente familiares.[2] Quienes sostenían que Dreyfus era culpable venían a ser como la versión de la época de la derecha alternativa estadounidense, o el partido Ley y Justicia, o el Frente Nacional francés, o incluso los fanáticos de QAnon. Utilizando los estridentes titulares de la prensa amarilla francesa —la versión decimonónica de las actividades actuales de los troles de extrema derecha—, fomentaron a sabiendas una teoría conspiranoica. Imprimieron carteles en los que salían serpientes de la cabeza de Dreyfus —un viejo tropo antisemita— y viñetas en las que se le representaba como un animal con la cola rota, «memes» racistas en una época muy anterior a la propia invención del término. Sus líderes mintieron para defender el honor del ejército, mientras que sus seguidores siguieron aferrándose a su creencia en la culpabilidad de Dreyfus —y su absoluta lealtad a la nación— incluso cuando se reveló su falsedad.

Persuadirles de que mantuvieran esa lealtad requirió que toda una camarilla de *clercs* decimonónicos renunciaran a su compromiso con la verdad objetiva. Dreyfus no era un espía. Para demostrar que lo era, los *antidreyfusards* tuvieron que desdeñar las pruebas, la ley, la justicia e incluso el pensamiento racional. Como Langbehn, el escritor alemán que idolatraba a Rembrandt, a la larga llegaron a atacar a la propia ciencia porque era moderna y universal, además porque entraba en conflicto con el culto emocional al territorio y al linaje. «Todo trabajo científico» —escribía un *antidreyfusard*— tiene algo de «precario» y de «contingente».[3]

También cuestionaron el carácter, la personalidad, la legitimidad y el patriotismo de quienes defendían a Dreyfus. Aquellos individuos eran «idiotas» y «extranjeros», personas que no eran dignas de ser ciudadanos de Francia.

Los *antidreyfusards* se calificaban a sí mismos como los «auténticos franceses», la auténtica élite, en oposición a la élite «extranjera» y desleal. Uno de sus líderes, Édouard Drumont, fundó un periódico llamado *La Libre Parole* que era a la vez anticapitalista y antisemita, anticipándose así a algunos de los autoritarios nacionalsocialistas del siglo XX e incluso de nuestros días. Entre otras cosas, acusó a los judíos de conspirar para destruir el ejército y el poder franceses, e incluso a la propia Francia.

Los *dreyfusards*, por su parte, argumentaban que hay principios más elevados que la lealtad a las instituciones nacionales, y que era importante esclarecer si Dreyfus era culpable o no. Sobre todo, sostenían que el Estado francés tenía la obligación de tratar a todos los ciudadanos por igual, independientemente de su religión. Ellos también eran patriotas, pero de un tipo distinto. No concebían la nación como un clan étnico, sino como la encarnación de un conjunto de ideales: justicia, honradez, objetividad, neutralidad de los tribunales... El suyo era un patriotismo más cerebral, más abstracto y difícil de captar, pero que no carecía de atractivo. En su célebre y apasionado escrito «J'accuse», publicado en 1898, Émile Zola declaraba que no sentía ninguna animosidad personal hacia los hombres que habían orquestado la acusación contra Dreyfus. Lejos de ello, escribió, «para mí son solo entes, espíritus de maleficencia social. Y el acto que estoy realizando aquí es solo un medio revolucionario de acelerar la explosión de la verdad y la justicia».[4]

Estas dos visiones de la nación, estas disensiones acerca de «quiénes somos», dividieron a Francia en dos, o quizá solo revelaron una división

que siempre había estado ahí, bajo los plácidos supuestos de una Francia en rápida industrialización y modernización. Los ánimos se caldearon, las lealtades sociales cambiaron y las listas de invitados se modificaron. En los últimos volúmenes de su gran obra literaria *En busca del tiempo perdido*, Marcel Proust describía cómo el caso Dreyfus había arruinado amistades y reorganizado la sociedad francesa. En su relato, una dama que intenta estar siempre a la última moda se vuelve *antidreyfusard* solo para tener acceso a los salones aristocráticos, cuyos miembros la consideran «doblemente meritoria» porque está casada con un judío.[5] Otra, que intenta ganarse el favor de una anfitriona *dreyfusard*, «declaró que todas las personas de su mundo eran idiotas». En una famosa viñeta del caricaturista Caran d'Ache se representa a una familia francesa cenando: en la primera escena todos están correctamente sentados; en la segunda aparecen peleando, forcejeando, arrojándose la comida y destrozando los muebles. El texto adjunto reza: «Habían empezado a hablar de ello», aludiendo al caso Dreyfus. El político socialista Léon Blum —el primer judío que ocupó el puesto de primer ministro de Francia— recordaría posteriormente aquellas discusiones comentando que «no [fueron] menos violentas que la Revolución francesa o la Primera Guerra Mundial».[6]

Al final ganaron los *dreyfusards*, y en 1899 Dreyfus volvió a Francia. Fue oficialmente indultado en 1906. Ese mismo año, Georges Clemenceau, que había publicado el «J'accuse» de Zola, se convirtió en primer ministro. En uno de los últimos pasajes de la novela de Proust, el narrador regresa de provincias tras una larga enfermedad y descubre que ya nadie habla de Dreyfus —«aquel nombre se había olvidado»—, y las lealtades y alianzas han vuelto a cambiar.

Pero la victoria no sería permanente. A comienzos del siglo XX volvió a cobrar fuerza una nueva reacción *antidreyfusard*. Un grupo de estudiantes

parisinos empezaron a manifestar su rechazo a la conclusión del caso Dreyfus, adoptando, en cambio, una ostentosa «perspectiva conservadora —en palabras del historiador Tom Conner— basada en valores tradicionales como la familia, la Iglesia y la nación».[7] En 1908 —el mismo año en que Emma Goldman cuestionaba la propia existencia del patriotismo estadounidense— el movimiento protofascista Acción Francesa, fundado por Charles Maurras, un destacado *antidreyfusard*, organizó una campaña de difamación contra el historiador Amédée Thalamas. Maurras —a quien Benda enumera como uno de sus *clercs*— estaba irritado porque Thalamas se había atrevido a sugerir que las visiones religiosas de Juana de Arco podrían haber sido meras alucinaciones auditivas en lugar de sagrados mensajes divinos. Un grupo de activistas atacó a Thalamas durante una de sus conferencias en la Sorbona, obligándole a vivir oculto. Maurras acabó alineándose con el régimen de Vichy que colaboró con Hitler a partir de 1940, empleando, por supuesto, la consigna de «Francia primero».

La rueda política giró de nuevo. Hitler fue derrotado, el régimen de Vichy desapareció y Maurras fue juzgado y condenado por traidor. Al escuchar el veredicto —más de medio siglo después de la famosa escena del Campo de Marte—, exclamó: «¡Es la revancha de Dreyfus!».

Desde el final de la guerra ha prevalecido una visión distinta de Francia; una visión basada en el pensamiento racional, el Estado de derecho y la integración con Europa. Pero el espíritu de los *clercs* que intentaron difamar a Dreyfus, apoyar a Vichy y luchar por «Francia primero» sigue vivo. El nacionalismo de Marine Le Pen, basado en la idea de «Francia para los franceses» y la evocación de antiguos símbolos y héroes autóctonos —sobre todo Juana de Arco—, al igual que el conservadurismo social de Marion Maréchal, se enfrentan hoy a la visión de Emmanuel Macron; la visión —más amplia de miras— de una Francia republicana que todavía

sigue representando un conjunto de valores abstractos como la imparcialidad de la justicia y el Estado de derecho. A veces ese enfrentamiento se vuelve violento. Cuando los «antisistema» conocidos como *gilets jaunes* —«chalecos amarillos»— provocaron disturbios en París en la primavera de 2019, destruyeron una estatua de Marianne, el símbolo femenino de la República, la encarnación del Estado abstracto.

El caso Dreyfus se desencadenó a partir de una única *cause célèbre*. Un solo caso judicial —un polémico juicio— reveló la presencia de divisiones irresolubles entre personas que hasta entonces no habían sido conscientes de su discrepancia o cuando menos ignoraban que fuera tan importante. Probablemente hace dos décadas ya existían diferentes concepciones de «Polonia» aguardando a verse exacerbadas por el azar, las circunstancias y las ambiciones personales. Antes de que Trump fuera elegido presidente también había distintas definiciones de lo que significa ser «estadounidense»; a pesar de que en Estados Unidos se libró una guerra civil que asestó un duro golpe a la definición étnica y nativista de lo que implicaba ser estadounidense, esta lograría sobrevivir lo suficiente para reencarnarse en 2016. El referéndum del Brexit y los caóticos debates que le siguieron revelan asimismo que algunas antiguas ideas sobre Inglaterra y lo inglés, durante mucho tiempo inmersas en una definición más amplia de «Gran Bretaña», siguen conservando un poderoso atractivo. El repentino incremento del apoyo a Vox en España constituye también un signo de que el nacionalismo español no desapareció con la muerte de Franco, simplemente entró en hibernación.

Todos estos debates, ya sea en la Francia de la década de 1890 o en la Polonia de la de 1990, se basan en las cuestiones en torno a las que gira el presente volumen: ¿Cómo se define una nación? ¿Quién la define?

¿Quiénes *somos*? Durante mucho tiempo hemos creído que tales cuestiones estaban resueltas, pero ¿por qué habrían de estarlo?

En agosto de 2019 celebramos una fiesta. Esta vez era verano, de modo que, en lugar de disfrutar de la nieve y pasear en trineo, la gente tomó el sol sobre la hierba y se bañó en la piscina. En lugar de fuegos artificiales, hicimos un fuego de campamento. Pero no solo el clima era distinto: el florecimiento de Polonia —su florecimiento económico, político y cultural — también hizo que las cosas fueran diferentes de como habían sido la Nochevieja de 1999. Esta vez fue una empresa dirigida por un amigo local, propietario de una rentable cadena de panaderías, la que se encargó de la comida, que resultó ser muy superior al estofado de ternera que habíamos preparado nosotros veinte años antes. Otro amigo, un antiguo miembro del Parlamento de nuestra región que casualmente también toca la guitarra eléctrica, pidió a algunos de sus propios amigos que le acompañaran, de modo que esta vez había música en vivo en lugar de cintas de casete. Algunos de los invitados se hospedaron en los nuevos hoteles construidos en Nakło nad Notecia, la población más cercana, uno de los cuales es una antigua cervecería bellamente reformada por un empresario local como una especie de cariñoso homenaje. Una vez más, yo tuve que llevar una lista de dónde se alojaba cada uno, pero en general todo resultó mucho más fácil, puesto que ahora había toda clase de cosas que en 1989 o incluso en 1999 habrían sido lujos impensables —como equipos de sonido portátiles o vinagre balsámico— de las que podía disponerse en abundancia y se utilizaban en miles de fiestas y bodas polacas cada fin de semana.

Algunos de los invitados eran familiares. Una amiga que había venido desde Nueva York en 1999 volvió a hacerlo en 2019, esta vez con su esposo

y su hijo. Una pareja polaca llegó sin los suyos, que ya habían crecido y se habían casado. El grupo que vino de Varsovia incluía a algunos colegas refugiados de lo que antaño fue la «derecha», además de algunas personas a las que ni siquiera se nos habría pasado por la cabeza invitar veinte años antes, personas adscritas entonces a lo que solía denominarse la «izquierda». En los años transcurridos perdimos algunos amigos, pero también hicimos otros nuevos.

También hubo otros invitados, incluidos vecinos del pueblo, los alcaldes de algunas poblaciones cercanas y, de nuevo, un pequeño grupo de amigos del extranjero, que vinieron desde Houston, Londres y Estambul. En un momento dado observé que el guardabosques local entablaba una acalorada discusión con el exministro de Exteriores de Suecia, Carl Bildt, con quien mi esposo había creado la Asociación Oriental entre la Unión Europea y Ucrania varios años antes. En otro momento vi a un conocido abogado, nieto de un notorio nacionalista polaco de la década de 1930, absorto en una conversación con un amigo de origen ghanés que residía en Londres. En las dos décadas anteriores el mundo se había encogido lo bastante como para que todos ellos pudieran reunirse en el mismo jardín de la campiña polaca.

También observé que la tradicional, espuria y exagerada división de la gente en dos tipos, las personas que supuestamente están arraigadas a un único lugar y los «ciudadanos del mundo» que viajan, la gente presuntamente «provinciana» y la presuntamente «cosmopolita», se había desintegrado por completo. En nuestra fiesta resultaba sencillamente imposible saber quién pertenecía a cada una de esas dos categorías. Las personas que moraban en nuestro oscuro trozo de campiña polaca estaban encantadas de hablar con quienes no residían allí. Al final resultó que personas con orígenes y trayectorias distintas podían llevarse bien por el sencillo hecho de que las «identidades» de la mayoría de la gente se

extienden más allá de esta simple dualidad. Es posible estar arraigado en un lugar y, sin embargo, abierto al mundo. Es posible interesarse por lo local y lo global al mismo tiempo.

Había un grupo de invitados que en 1999 todavía no habían nacido, o habían nacido hacía poco. Eran los amigos del colegio y la universidad de nuestros hijos, una ecléctica mezcla de polacos, europeos de otros países y estadounidenses: de Varsovia, Bydgoszcz, Connecticut y el sur de Londres. Llegaron en tren y durmieron en el suelo o, en el caso de uno de ellos, en una hamaca al aire libre. Se bañaron en el lago, se levantaron tarde la mañana siguiente, y luego volvieron a bañarse en el lago. Mezclaban el inglés y el polaco, bailaban con la misma música y conocían las mismas canciones. No parecían dividirles diferencias culturales marcadas, ni profundos choques de civilizaciones, ni brechas de identidad insalvables.

Puede que estos adolescentes que se sienten a la vez polacos y europeos, a quienes da igual estar en la ciudad o en el campo, sean los precursores de algo nuevo, algo mejor, algo que todavía ni siquiera somos capaces de imaginar. Sin duda hay muchos otros como ellos, y en muchos países. Por ejemplo, hace poco conocí a Zuzana Caputová, la nueva presidenta de Eslovaquia, una abogada y ecologista bratislava que ganó las elecciones generales forjando —como Vox— una coalición de personas a las que preocupan cosas dispares: el medio ambiente, la corrupción, la reforma de la policía... También tuve la fortuna de conocer a Agon Maliqi, un joven kosovar que promueve las ideas liberales y la cultura democrática a través del arte, el cine y la educación. «Lo que Occidente experimentó como décadas de lucha nos ha llegado como una hoja de papel», me dijo. Su objetivo es hacer que las ideas escritas en esa hoja de papel parezcan reales a la gente corriente. También hice un podcast con Flavia Kleiner, una estudiante de historia suiza que se cansó de la versión de nostalgia

restauradora de su país y decidió enfrentarse a ella. Kleiner y algunos de sus amigos se declararon a sí mismos «los hijos de 1848» —descendientes de la revolución liberal de Suiza—, empezaron a promover un tipo de patriotismo distinto —tanto en el mundo virtual como en el real— y contribuyeron al fracaso de varios referendos de marcado carácter nacionalista. Europa, Estados Unidos y el mundo entero están llenos de personas —de ámbito urbano y rural, cosmopolita y provinciano— que tienen ideas interesantes y creativas acerca de cómo vivir en un mundo que sea a la vez más justo y más abierto.

Tendrán que superar muchos obstáculos. En la primavera de 2020, mientras el nuevo coronavirus se extendía por Europa y el mundo, su optimismo global —cualquier tipo de optimismo global— de repente empezó a parecer ingenuo. El 13 de marzo —que resultó ser un «viernes trece»— mi esposo iba conduciendo por una carretera polaca cuando puso las noticias y se enteró de que en el plazo de veinticuatro horas iban a cerrarse las fronteras del país. Se detuvo y me llamó. Minutos después compré un billete de avión de Londres a Varsovia. A la mañana siguiente, en el aeropuerto de Heathrow reinaba un vacío fantasmal, salvo por el vuelo a Varsovia, que estaba lleno de gente que intentaba coger uno de los últimos aviones de regreso a su país. En el mostrador de facturación, los empleados se negaban a embarcar a los pasajeros que no tenían pasaporte polaco (yo lo tengo) o algún documento que acreditara su residencia. Entonces alguien se dio cuenta de que la nueva normativa no entraba en vigor hasta la medianoche, lo que me llevó a presenciar una conversación entre un auxiliar de vuelo y dos pasajeros que no eran polacos: «¿Es consciente de que quizá no pueda volver a coger un avión? ¿Es consciente de que podría tener que quedarse mucho tiempo en Varsovia?...».

Ese mismo día llamamos a nuestro hijo, que cursaba su primer año en

una universidad estadounidense, para decirle que se fuera corriendo al aeropuerto. Él tenía planeado quedarse con unos amigos y sus familiares cuando se cerrara la universidad. En lugar de ello, le dijimos —con solo treinta minutos de antelación— que cogiera uno de los últimos vuelos a Londres, que a su vez conectaba con uno de los últimos vuelos a Berlín. Cuando aterrizó en Europa, el domingo, Polonia ya había cerrado sus fronteras a todo el transporte público. A continuación tomó un tren de Berlín a Frankfurt del Óder, una ciudad situada en la frontera polaco-alemana. Allí se bajó y atravesó a pie el puente que cruza la frontera, cargado con su equipaje, como en una escena de intercambio de espías de alguna película ambientada en la Guerra Fría. Vio controles de carreteras, soldados armados, hombres con trajes de protección química tomando la temperatura a la gente, drones volando...llenándose de asombro, entre otras cosas, porque nunca antes había visto una frontera en la Europa continental. Mi esposo lo recogió al otro lado. Nuestro otro hijo permanecería en la otra orilla del Atlántico, atrapado durante muchas semanas.

La decisión aparentemente improvisada del Gobierno polaco de cerrar las fronteras provocó un caos enorme. Hubo ciudadanos polacos atrapados en todos los rincones del planeta, y el Gobierno se vio forzado a organizar vuelos chárteres para traerlos de vuelta. Asimismo, miles de ciudadanos de Ucrania, Bielorrusia y los países bálticos —incluidos camioneros y turistas que intentaban volver a casa— se vieron obligados a formar largas colas de vehículos durante varios días en la frontera entre Polonia y Alemania, utilizando los campos cercanos como retretes, porque los guardias fronterizos negaban la entrada a quienes no eran polacos. La Cruz Roja alemana tuvo que repartir bebida, comida y mantas. Pero ninguna de esas drásticas y contundentes medidas logró detener el virus: la pandemia ya había empezado a propagarse, y siguió haciéndolo aun después de que se

cerraran las fronteras. Los hospitales polacos no tardaron en verse desbordados, entre otras cosas porque la retórica del Gobierno nacionalista había persuadido a muchos médicos cualificados de que abandonaran el país en los cinco años anteriores. Pero a pesar del caos —o tal vez gracias a él—, aquellas drásticas restricciones fronterizas fueron inmensamente populares. El Estado estaba *haciendo* algo. Y puede que eso sea un presagio de lo que nos aguarda.

A lo largo de la historia, las pandemias siempre han implicado una expansión del poder del Estado: en los momentos en que la gente teme a la muerte, acepta medidas que —con razón o sin ella— cree que pueden salvarla, aunque ello entrañe una pérdida de libertad. En esta ocasión, en Gran Bretaña, Italia, Alemania, Francia, Estados Unidos y muchos otros países se impuso la opinión de que la gente debía quedarse en casa, de que era necesario hacer cumplir las cuarentenas y la policía tenía que desempeñar un papel excepcional. Pero en algunos lugares, el miedo a las enfermedades se convirtió, junto con otros aspectos inquietantes de la modernidad, en una fuente de inspiración para toda una nueva generación de nacionalistas autoritarios. Nigel Farage, Laura Ingraham, Mária Schmidt y Jacek Kurski, junto con los troles que trabajan para Vox en España o la derecha alternativa en Estados Unidos, ya habían abonado el terreno intelectual para que se produjera un cambio de esa naturaleza, así que pasó lo que tenía que pasar. A finales de marzo, el primer ministro húngaro Viktor Orbán promulgó una ley que le autorizaba a gobernar por decreto y permitía a su Gobierno detener y encarcelar durante cinco años a cualquier periodista que criticara las iniciativas oficiales para combatir el virus. No había ninguna necesidad de adoptar tales medidas, y tampoco ayudaban en nada a los hospitales húngaros que, como en Polonia, también se veían desbordados por la falta de inversión y la emigración. Pero el objetivo era

utilizarlas como excusa para zanjar el debate. Los políticos de la oposición que protestaron fueron escarnecidos por los medios públicos, que los tildaron de ser «provirus».

Puede que estemos viviendo un punto de inflexión. Puede que mis hijos y sus amigos —y todos nuestros amigos, de hecho todos aquellos de nosotros que queremos seguir viviendo en un mundo donde podamos decir confiadamente lo que pensamos, donde sea posible el debate racional, donde se respete el conocimiento y la experiencia, donde sea fácil cruzar fronteras— se conviertan —nos convirtamos— en la encarnación de uno de los numerosos callejones sin salida de la historia. Quizá estemos condenados, como la brillante y multiétnica Viena de los Habsburgo o la creativa y decadente Berlín de Weimar, a vernos arrastrados a la irrelevancia. Es posible que estemos viviendo ya el ocaso de la democracia; que nuestra civilización se encamine ya hacia la anarquía o la tiranía, como temieron antaño los antiguos filósofos y más recientemente los fundadores de Estados Unidos; que en el siglo XXI llegue al poder una nueva generación de *clercs* defensores de ideas antiliberales o autoritarias, tal como hicieron en el XX; y que sus cosmovisiones, nacidas del resentimiento, la ira o arraigados sueños mesiánicos, triunfen. Quizá la nueva tecnología de la información siga socavando el consenso, dividiendo aún más a la gente y exacerbando la polarización hasta que solo la violencia determine quién manda. Acaso el miedo a la enfermedad acabe engendrando miedo a la libertad.

O también es posible que el coronavirus inspire un nuevo sentimiento de solidaridad global. Puede que renovemos y modernicemos nuestras instituciones. Quizá el hecho de que todo el mundo haya vivido las mismas experiencias a la vez —confinamiento, cuarentena, miedo al contagio, miedo a la muerte...— lleve a un incremento de la cooperación

internacional. Tal vez los científicos de todo el mundo encuentren nuevas formas de colaborar al margen de la política. Acaso la realidad de la enfermedad y la muerte enseñe a la gente a recelar de los charlatanes, los mentirosos y los expertos en desinformación.

Por exasperante que pueda parecer, debemos aceptar que ambos futuros son posibles. No hay ninguna victoria política permanente; nada garantiza la perdurabilidad de ninguna definición de «la nación», y ninguna élite de ningún tipo —llámense «populistas», «liberales» o «aristócratas»— gobierna para siempre. Desde la enorme distancia del tiempo, la historia del antiguo Egipto nos parece una monótona historia de faraones intercambiables; pero si la examinamos más de cerca veremos que incluye periodos culturalmente luminosos y épocas de despótica oscuridad. Algún día, también nuestra historia se verá así.

Empezamos este libro con Julien Benda, un francés que en la década de 1920 supo prever las turbulencias que deparaba el futuro. Permítaseme terminar con un italiano que en la de 1950 había vivido ya más turbulencias de las que suelen experimentarse en una vida normal. El novelista Ignazio Silone tenía exactamente la edad que yo tengo en el momento de redactar estas líneas cuando escribió «La elección de los camaradas», un ensayo en el que trataba de explicar, entre otras cosas, por qué seguía en política pese a haber sufrido tantas decepciones y derrotas. Silone se había unido al Partido Comunista, que abandonó más tarde, y hay quien cree que también pudo haber colaborado con el fascismo antes de rechazarlo. Había vivido guerras y revoluciones; había tenido ilusiones y luego se había sentido desilusionado; había escrito como anticomunista y como antifascista; había visto los excesos de dos tipos distintos de política extremista. Aun así, creía que valía la pena seguir luchando, no porque hubiera un nirvana que

alcanzar, ni porque hubiera una sociedad perfecta que construir, sino porque la apatía era insensibilizadora y adormecedora, destruía el alma.

También le tocó vivir una época en la que la gente convivía, como lo hace hoy, con la extrema derecha y la extrema izquierda, con diferentes tipos de extremistas vociferando todos a la vez. Muchos de sus compatriotas reaccionaron declarando que «todos los políticos son unos granujas», o que «todos los periodistas mienten», o que «no puedes creerte nada». En la Italia de posguerra, esa forma de escepticismo antipolítico adquirió incluso un nombre, *qualunquismo*.[*] Silone había visto las consecuencias. «Los regímenes políticos vienen y van —escribió— [pero] los malos hábitos permanecen»; y el peor hábito era el nihilismo, «una enfermedad del espíritu que solo pueden diagnosticar quienes son inmunes o se han curado de ella, pero a la que la mayoría de la gente es bastante ajena, ya que cree que corresponde a un modo de ser perfectamente natural: "Así ha sido siempre, y así seguirá siendo"».[8]

Silone no ofrece ninguna panacea ni ningún antídoto milagroso, porque no existen. No hay ninguna solución definitiva, ninguna teoría que lo explique todo. No existe ninguna hoja de ruta que nos conduzca a una sociedad mejor, ninguna ideología didáctica, ningún manual. Lo único que podemos hacer es elegir con mucho cuidado a nuestros amigos y aliados —a nuestros camaradas—, porque solo con ellos, juntos, es posible evitar caer de nuevo en las tentaciones que ofrecen las diferentes formas de autoritarismo. Dado que todos los autoritarismos dividen, polarizan y separan a las personas en bandos enfrentados, combatirlos requiere nuevas coaliciones. Juntos, podemos hacer que antiguos términos a menudo malinterpretados como *liberalismo* vuelvan a significar algo; juntos, podemos luchar contra las mentiras y los mentirosos; juntos, podemos repensar cómo debería ser la democracia en la era digital.

Como los refugiados que luchan por alcanzar una meta lejana recorriendo una oscura senda, nos vemos obligados —escribe Silone— a abrirnos camino a través de la noche sin tener la certeza de si llegaremos o no a nuestro destino: «El cielo claro y antiguo del Mediterráneo, antaño lleno de brillantes constelaciones, está nublado; pero el pequeño círculo de luz que todavía nos queda nos permite al menos ver dónde poner los pies para dar el siguiente paso».

Me siento afortunada de haber pasado tanto tiempo con personas a las que les importa lo que sucede una vez dado ese paso.

A algunos la precariedad del momento actual les parece aterradora; sin embargo, esa incertidumbre siempre ha estado ahí. El liberalismo de John Stuart Mill, Thomas Jefferson o Václav Havel nunca prometió nada permanente. Los mecanismos de separación de poderes de las democracias constitucionales occidentales nunca han garantizado la estabilidad. Las democracias liberales siempre han exigido algo de los ciudadanos: participación, debate, esfuerzo, lucha... Siempre han requerido cierta tolerancia frente a la cacofonía y el caos, así como cierta disposición a hacer retroceder a quienes crean cacofonía y caos.

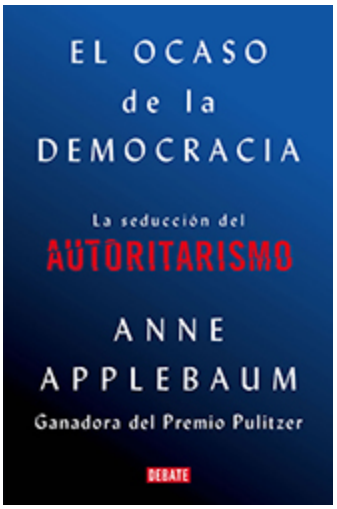
Siempre han admitido asimismo la posibilidad del fracaso; un fracaso que puede cambiar planes, alterar vidas y romper familias. Siempre hemos sabido —o deberíamos saberlo— que la historia puede volver a irrumpir en nuestra vida privada y reorganizarla. Siempre hemos sabido —o deberíamos saberlo— que ciertas visiones alternativas de nuestras naciones intentarían arrastrarnos consigo. Pero puede que, al abrirnos camino a través de la oscuridad, descubramos que juntos podemos oponerles resistencia.

Agradecimientos

Christian Caryl, Danielle Crittenden, David Frum, Cullen Murphy, Cristina Odone, Peter Pomerantsev, Alexander Sikorski, Radek Sikorski, Christina HoffSommers, Jacob Weisberg y Leon Wieseltier leyeron todos ellos diversos borradores del libro o de algunos de los capítulos, por lo que les estoy sumamente agradecida. Jeff Goldberg me encargó el artículo para *The Atlantic* que sería el germen de este libro, mientras que Scott Stossel, Denise Wills y el resto del equipo de redacción de la revista ayudaron a dar forma a mis ideas al respecto. Fred Hiatt y Jackson Diehl, de la página editorial de *The Washington Post*, me enviaron a España para investigar e informar sobre lo que se convertiría en el capítulo español del presente volumen; y lo que es más importante: muchas de las otras ideas aquí expresadas se exploraron por primera vez en diversas columnas que escribí para dicho periódico en las últimas dos décadas.

Este es ya mi cuarto libro elaborado con el mismo equipo de edición trasatlántico: Stuart Proffitt, en Londres; Kristine Puopolo, en Nueva York, y un mismo agente, el legendario Georges Borchardt. Todos ellos se mostraron extremadamente pacientes con este proyecto, muy distinto de mis proyectos anteriores, y les agradezco su dedicación. Muchas gracias también a Maryanne Warrick, por su ayuda en la elaboración de las notas a pie de página, y a Daniel Meyer, Nora Reichard y Alice Skinner, por su ayuda en la producción y corrección.

Un análisis demoledor sobre el panorama político actual.
El mejor libro del año según *The Washington Post* y *The financial Times*



Las democracias occidentales modernas están bajo asedio y el auge del autoritarismo es una cuestión que debería preocuparnos a todos. En *El ocaso de la democracia*, Anne Applebaum (premio Pulitzer y una de las primeras historiadoras que alertó de las peligrosas tendencias antidemocráticas en Occidente) expone de forma clara y concisa las trampas del nacionalismo y de la autocracia. En este extraordinario ensayo explica por qué los sistemas con mensajes simples y radicales son tan atractivos.

Los líderes despóticos no llegan solos al poder; lo hacen aupados por aliados políticos, ejércitos de burócratas y unos medios de comunicación que les allanan el camino y apoyan sus mandatos. Asimismo, los partidos nacionalistas y autoritarios que han ido tomando relevancia en las

democracias modernas ofrecen unas perspectivas que benefician exclusivamente a sus partidarios, permitiéndoles alcanzar unas cotas de riqueza y poder inigualables.
Siguiendo los pasos de Julien Benda y Hannah Arendt, Applebaum retrata a los nuevos defensores de las ideas antiliberales y denuncia cómo estas élites autoritarias utilizan las teorías de la conspiración, la polarización política, el terrorífico alcance de las redes sociales e incluso el sentimiento de nostalgia para destruirlo todo y redefinir nuestra idea de nación.
Escrito de forma magistral, y de lectura urgente y necesaria, *El ocaso de la democracia* es un brillante análisis pormenorizado del terremoto que está sacudiendo el mundo y una apasionante defensa de los valores democráticos.

La crítica ha dicho...
«¿Cómo se torcieron nuestras democracias? Applebaum nos ofrece una respuesta en este extraordinario ensayo.»
Timothy Snyder

«La experiencia histórica y el conocimiento de Applebaum de la Europa contemporánea y de los Estados Unidos iluminan lo distintivo y eterno de los peligros políticos que enfrentamos hoy [...]. *El ocaso de la democracia* ofrece muchas lecciones sobre la antigua lucha entre los conceptos de democracia y de dictadura. Pero quizás lo más importante es lo frágil que es la democracia: su supervivencia depende de las decisiones que toman cada día las élites y la gente común.»
Sheri Berman, *The Washington Post*

«Un relato a menudo aleccionador, a veces impactante, pero nunca

desesperante del auge del autoritarismo en Occidente.»
Los Angeles Review of Books

Anne Applebaum es columnista para *The Washington Post*, profesora asociada en la London School of Economics y colaboradora de *The New York Review of Books*. Entre sus libros anteriores cabe destacar *Hambruna roja* (Debate, 2019), *El Telón de Acero* (Debate, 2014), con el que ganó el Premio Cundill y fue finalista al National Book Award, y *Gula* (Debate, 2004), obra galardonada con el Premio Pulitzer en la categoría general de no ficción. Vive en Polonia con su marido, el político polaco Radosaw Sikorski, y sus dos hijos.

Título original: *Twilight of Democracy. The Seductive Lure of Authoritarianism*

Edición en formato digital: mayo de 2021

© 2020, Anne Applebaum
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2021, Francisco J. Ramos Mena, por la traducción

Diseño de portada: Basado en el diseño original de John Fontana.
Penguin Random House Grupo Ediorial.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1805-659-8

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: debatelibros
Twitter: @debatelibros
Instagram: @debatelibros

YouTube: penguinlibros
Spotify: PenguinLibros

1. Nochevieja

[1] «Kulisy, cele, metody, pienia˛dze. Jak działa inwazja LGBT», TVPINFO, 10 de octubre de 2019, <https://www.tvp. info/44779437/kulisy-cele-metody-pieniadze-jak-dziala-inwazja-lgbt>.

[2] Marek Je˛draszewski, arzobispo de Cracovia, citado en Filip Mazurczak, «Krakow's Archbishop Je˛draszewski under Fire for Remarks about "Rainbow Plague"», *Catholic World Report*, 16 de agosto de 2019, <https://www.catholicworldreport.com/2019/08/16/ krakows-archbishop-jedraszewski-under-fire-for-remarks-aboutrainbow-plague>.

[3] Sus documentales de investigación son: «Pierwszy film s´ledczy o tragedii smolen´skiej», 10 de abril de 2010, <https://www.you tube.com/watch?v=_RjaBrqoLmw>; «Magazyn s´ledczy Anity Gargas», TVP, 29 de marzo de 2018, <https://vod.tvp.pl/vídeo/ magazyn-sledczy-anity-gargas,29032018,36323634>; «Jak 8 lat po katastrofie wygla˛da Smolen´sk?», TVPINFO, 5 de abril de 2018, <ht tps://www.tvp.info/36677837/jak-8-lat-po-katastrofie-wygladasmolensk-magazyn-sledczy-anity-gargas>; «Magazyn s´ledczy Anity Gargas», TVP, 27 de febrero de 2020, <https://vod.tvp.pl/video/ magazyn-sledczy-anity-gargas,27022020,46542067>.

[4]. Tuit de Rafał Ziemkiewicz, <https://twitter.com/R_A_ Ziemkiewicz/status/637584669115072512?2=20>.

[5] Rafał Ziemkiewicz, «Czy Izrael jest głupi?», *Fakty Interia*, 13 de abril de 2018, <https://fakty.interia.pl/opinie/ziemkiewicz/newsczy-izrael-jest-glupi,nId,2568878>.

[6] «Rafał Ziemkiewicz: nie mam powodu przepraszac´ za „parchów" i „z ˙ydowskie obozy zagłady", Marcin Wolski dał sie˛ podejs´c´», *Wirtualne Media*, 2 de febrero de 2018, <https://www.wirtualneme dia.pl/artykul/rafal-ziemkiewicz-nie-mam-powodu-przepraszacza-parchow-i-zydowskie-obozy-zaglady-marcin-wolski-dal-siepodejsc>.

[7] Junio de 2016, <https://wiadomosci.gazeta.pl/wiadomosci/ 1,114883,20191010,na-okladce-wprost-jasniejaca-twarz-lewan dowskiego-czyli-jak.html>.

[8] 5 de septiembre de 2016, <http://www.publio.pl/tygodnikdo-rzeczy,p147348.html>.

[9] El laboratorio de ideas al que hacía referencia la historia la rectificó más tarde, pero TVP nunca la eliminaría de su sitio web: «Think tank w Waszyngtonie po tym artykule zwolnił pania˛ Applebaum ze współpracy», TVP, 21 de septiembre de 2016, <https:// www.tvp.info/27026877/think-tank-w-waszyngtonie-po-tymartykule-zwolnil-pania-applebaum-ze-wspolpracy>.

[10] Mihail Sebastian, *Journal 1935-1944*: *The Fascist Years*, Lanham (MD), Rowman & Littlefield, 2012.

[11]. Mihail Sebastian, *For Two Thousand Years*, trad. de Philip Ó Ceallaigh, Nueva York, Other

Press, 2017.

[12] Platón, *La República* [en castellano existen varias ediciones].

[13] Alexander Hamilton, John Jay y James Madison, *The Federalist Papers*, n.º 68.

[14] Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism* [hay trad. cast.: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 2006].

[15] Entrevista de la autora con Karen Stenner, 19 de julio de 2019.

[16] Julien Benda,*La trahison des clercs* [hay trad. cast.:*La traición de los intelectuales*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2008].

2. Cómo ganan los demagogos

[1] Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*.

[2] Vladímir Lenin, «Proyecto de resolución acerca de la libertad de prensa», *Pravda*, 7 de noviembre de 1932, <https://www.marxists. org/espanol/lenin/obras/oe12/lenin-obrasescogidas07-12.pdf>, p. 169.

[3] Vladímir Lenin, «Discursos pronunciados en el I Congreso de la III Internacional: Tesis e informe sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado», 4 de marzo de 1919, <https://www. marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/internacional/informe. htm>.

[4]. *Ibid*.

[5] «Kaczynski krytykuje donosicieli. Gorszy sort Polaków», YouTube, 16 de diciembre de 2015, <https://www.youtube.com/ watch?v=SKFgVD2KGXw>.

[6] Entrevista de la autora con Jarosław Kurski, 2 de abril de 2016.

[7] Entrevista de la autora con una fuente anónima,4 de abril de 2016.

[8] Jacek Kurski, citado en Agnieszka Kublik, «Kłamczuszek Jacek Kurski», *Wyborcza.pl*, 19 de mayo de 2015, <https://wyborcza. pl/politykaekstra/1,132907,17946914,Klamczuszek_Jacek_Kurski. html>.

[9] Entrevista de la autora con el senador Bogdan Borusewicz, 6 de abril de 2016.

[10] Reproducido en «"Czy oni ludzi naprawde˛ maja˛ za durni?". "Ordynarna manipulacja" TVP Info», *Wiadomosci*, 21 de abril de 2018, <https://wiadomosci.wp.pl/czy-oni-ludzi-naprawde-majaza-durni-ordynarna-manipulacja-tvp-info-6243821849708161a>.

[11] Jan Cienski, «Polish President Bucks Ruling Party over Judicial Reforms: During a Bad-Tempered Debate, Jarosław Kaczynski Accuses the Opposition of "Murdering" His Brother», *Politico*, 18 de julio de 2017, <https://www.politico.eu/article/polish-presidentbucks-ruling-party-over-judicial-reforms>.

[12] Pablo Gorondi, «Hungary: Pro-govt weekly prints list of "Soros mercenaries"», Associated

Press, 12 de abril de 2018, <ht tps://apnews.com/6fc8ca916bdf4598857f58ec4af198b2/Hungary: -Pro-govt-weekly-prints-list-of-%27Soros-mercenaries%27>.

[13] Entrevista de la autora con Mária Schmidt, 14 de noviembre de 2017.

[14] Ivan Krastev y Stephen Holmes, «How Liberalism Became "the God That Failed" in Eastern Europe», *Guardian*, 24 de octubre de 2019, <https://www.theguardian.com/world/2019/oct/24/western-liberalism-failed-post-communist-eastern-europe>.

[15] Vladímir Lenin, «Democracia obrera y democracia burguesa», *Vperyod*, vol. 11, n.º 3, 24 de enero de 1905, publicado en *Obras completas*, t. 8, Madrid, Akal, pp. 66-76.

[16] Julien Benda, *La trahison des clercs*.

3. El futuro de la nostalgia

[1] Conversación de la autora con Stathis Kalyvas, 21 de junio de 2018.

[2] Evelyn Waugh, *Decline and Fall* [hay trad. cast.: *Decadencia y caída*, Barcelona, Anagrama, 1984].

[3] Boris Johnson, entrevista con Sue Lawley, *Desert Island Discs*, BBC, 4 de noviembre de 2005, <https://www.bbc.co.uk/program mes/p00935b6>.

[4] Geoffrey Wheatcroft, «Not-So-Special Relationship: Dean Acheson and the Myth of Anglo-American Unity», *Spectator*, 5 de enero de 2013, <https://www.spectator.co.uk/2013/01/not-sospecial-relationship>.

[5] Graham Greene, *The Quiet American* [hay trad. cast.: *El americano impasible*; existen varias ediciones].

[6] Boris Johnson, citado en James Pickford y George Parker, «Does Boris Johnson Want to Be Prime Minister?», *Financial Times*, 27 de septiembre de 2013, <https://www.ft.com/content/f5b6a84a263c-11e3-8ef6-00144feab7de>.

[7] Boris Johnson, «Athenian Civilisation: The Glory That Endures», charla pronunciada en el Instituto Legatum de Londres el 4 de septiembre de 2014, <https://www.youtube.com/watch?v=qeSjF2nNEHw>.

[8] Lizzy Buchan, «Boris Johnson "Thought Brexit Would Lose, but Wanted to Be Romantic, Patriotic Hero", says David Cameron», *Independent*, 16 de septiembre de 2019, <https://www.independent. co.uk/news/uk/politics/boris-johnson-brexit-david-cameronleave-remain-vote-support-a9107296.html>.

[9] Svetlana Boym, *The Future of Nostalgia* [hay trad. cast.: *El futuro de la nostalgia*, Madrid, Antonio Machado, 2015].

[10] Fritz Stern,*The Politics of Cultural Despair: A Study in the Rise of the Germanic Ideology*,

Berkeley, University of California Press, 1961.

[11] Julius Langbehn, *Rembrandt as Educator*, Londres, Wermod and Wermod, 2018.

[12] Charles Moore, *Margaret Thatcher, The Authorized Biography, Vol. 3: Herself Alone*, Londres, Penguin Books, 2019.

[13] Simon Heffer, «The Sooner the 1960s Are Over, the Better», *Telegraph*, 7 de enero de 2006, <https://www.telegraph.co.uk/ comment/personal-view/3622149/Simon-Heffer-on-Saturday. html>.

[14] Simon Heffer, «David Cameron Is Likely to Win, but Don't Expect a Conservative Government», *Telegraph*, 28 de julio de 2009, <https://www.telegraph.co.uk/comment/columnists/simonheffer/ 5926966/David-Cameron-is-likely-to-win-but-dont-expect-aConservative-government.html>.

[15] Simon Heffer, «David Cameron's Disgraceful Dishonesty over the EU Is Turning Britain into a Banana Republic»,*Telegraph*, 21 de mayo de 2016, <https://www.telegraph.co.uk/opinion/2016/05/21/david-camerons-disgraceful-dishonesty-over-the-euis-turning-bri>.

[16] Roger Scruton, *England: An Elegy*, Londres, Pimlico, 2001.

[17] William Cash, entrevista con Simon Walters, «Tory MP and Son of a War Hero Compares Current Situation to Pre-War Europe and Warns Britain Is Heading for Appeasement», *Daily Mail*, 13 de febrero de 2016, <https://www.dailymail.co.uk/news/article3446036/Tory-MP-son-war-hero-compares-current-situationpre-war-Europe-warns-Britain-heading-APPEASEMENT.html>.

[18] Simon Heffer, «The EU Empire Is Going to Fail. On Thursday, We Can Protect Britain from the Chaos of Its Death Throes», *Telegraph*, 19 de junio de 2016, <https://www.telegraph.co.uk/news/2016/06/19/the-eu-empire-is-going-to-fail-on-thursdaywe-can-protect-britai>.

[19] Dominic Cummings, «On the Referendum #33: High Performance Government,"Cognitive Technologies", Michael Nielsen, Bret Victor, & "Seeing Rooms"», *Dominic Cummings's Blog*, 26 de junio de 2019, <https://dominiccummings.com/2019/06/26/ on-the-referendum-33-high-performance-government-cognitivetechnologies-michael-nielsen-bret-victor-seeing-rooms>.

[20] *Ibid*.

[21] Bagehot, «An Interview with Dominic Cummings», *Economist*, 21 de enero de 2016, <https://www.economist.com/bagehotsnotebook/2016/01/21/an-interview-with-dominic-cummings>.

[22] Simon Heffer, «The Collapse of the Euro Would Open the Door to Democracy»,*Telegraph*, 25 de mayo de 2010, <https://www.telegraph.co.uk/comment/columnists/simonheffer/7765275/Thecollapse-of-the-euro-would-open-the-door-to-democracy.html>.

[23] «Brexit Brief: Dreaming of Sovereignty», *Economist*, 19 de marzo de 2016, <https://www.economist.com/britain/2016/03/ 19/dreaming-of-sovereignty>.

[24] Portada del *Daily Mail*, 3 de noviembre de 2016.

[25] James Slack, «Enemies of the People: Fury over "Out of Touch" Judges Who Have "Declared War on Democracy" by Defying 17.4m Brexit Voters and Who Could Trigger Constitutional Crisis»,

Daily Mail, 3 de noviembre de 2016, <https://www.dailymail.co.uk/news/article-3903436/Enemies-people-Fury-touchjudges-defied-17-4m-Brexit-voters-trigger-constitutional-crisis. html>.

[26] Portada del *Daily Mail*, 19 de abril de 2017; véase también <https://www.dailymail.co.uk/debate/article-4427192/DAILYMAIL-COMMENT-saboteurs-simmer-down.html>.

[27] Simon Heffer, «The EU Empire Is Going to Fail. On Thursday, We Can Protect Britain from the Chaos of Its Death Throes», *Telegraph*, 19 de junio de 2016, <https://www.telegraph.co.uk/news/2016/06/19/the-eu-empire-is-going-to-fail-on-thursdaywe-can-protect-britai>.

[28] «British Workers "Among Worst Idlers", Suggest Tory MPs», BBC, 18 de agosto de 2020, <https://www.bbc.com/news/uk-poli tics-19300051>.

[29] Boris Johnson, «The Rest of the World Believes in Britain. It's Time That We Did Too»,*Telegraph*, 15 de julio de 2018, <https:// www.telegraph.co.uk/politics/2018/07/15/rest-world-believesbritain-time-did>.

[30] Entrevista de la autora con Nick Cohen, marzo de 2020; Nick Cohen, «Why Are Labour's Leaders So Quiet on Europe? Maybe It's the Lure of Disaster?», *Guardian*, 16 de diciembre de 2018, <https://www.theguardian.com/commentisfree/2018/dec/16/ why-are-labour-party-leaders-so-quiet-on-europe---maybe-it-isthe-lure-of-disaster>.

[31] Thomas Fazi y William Mitchell, «Why the Left Should Embrace Brexit», *Jacobin*, 29 de abril de 2018, <https://www.jaco binmag.com/2018/04/brexit-labour-party-socialist-left-corbyn>.

[32] Anne Applebaum, «How Viktor Orbán Duped the Brexiteers», *The Spectator USA*, 22 de septiembre de 2018, <https://specta tor.us/viktor-orban-duped-brexiteers>.

[33] John O'Sullivan, *The Second Term of Viktor Orbán: Beyond Prejudice and Enthusiasm*, Social Affairs Unit, junio de 2015.

[34] Christopher Caldwell, «Hungary and the Future of Europe: Viktor Orbán's Escalating Conflict with Liberalism», *Claremont Review of Books*, primavera de 2019, <https://claremontreviewofbooks.com/hungary-and-the-future-of-europe>.

[35] Entrevista de la autora con John O'Sullivan, 4 de octubre de 2019.

[36] Robert Merrick, «Fury as Boris Johnson Accuses Rebel Alliance MPs of "Collaboration" with Foreign Governments over Brexit», *Independent*, 1 de octubre de 2019, <https://www.independent.co.uk/news/uk/politics/boris-johnson-brexit-no-deallatest-news-legal-advice-collusion-a9127781.html>.

[37] «Get Brexit Done. Unleash Britain's Potential: The Conservative and Unity Party Manifesto 2019», <https://assets-global. website-files.com/5da42e2cae7ebd3f8bde353c/5dda924905da587992a064ba_Conservative%202019%20Manifesto.pdf>.

[38] Rajeev Syal, «Dominic Cummings Calls for "Weirdos and Misfits" for No 10 Jobs: Boris Johnson's Chief Adviser Touts for "Unusual" Applicants Outside of the Oxbridge Set», *Guardian*, 2 de enero de 2020, <https://www.theguardian.com/politics/2020/ jan/02/dominic-cummings-calls-for-weirdos-and-misfits-for-no10-jobs>.

[39] Dean Acheson, discurso pronunciado en la Academia Militar de West Point, 5 de diciembre de 1962.

4. Aluviones de falsedades

[1] Entrevista de la autora con Karen Stenner, 19 de julio de 2019.

[2] Jean-François Revel, *La tentation totalitaire* [hay trad. cast.: *La tentación totalitaria*, Barcelona, Plaza & Janés, 1976].

[3] Isaiah Berlin, *Four Essays on Liberty* [hay trad. cast.: *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Madrid, Alianza, 1996].

[4] Olga Tokarczuk, discurso de recepción del Premio Nobel, Academia Sueca, Estocolmo, 7 de diciembre de 2019, <https:// www.nobelprize.org/prizes/literature/2018/tokarczuk/lecture>.

[5] Vox, «Un nuevo comienzo», 7 de junio de 2016, <https:// www.youtube.com/watch?v=RaSIX4-RPAI>.

[6] «Discurso de Javier Ortega Smith en Barcelona», <https:// www.youtube.com/watch?v=iv-OUOJaZfk>.

[7] Tuit de Santiago Abascal,<https://twitter.com/Santi_ABASCAL/status/1062842722791424002?s=20>.

[8] «Abascal: "Vox es un movimiento patriótico de salvación de la unidad nacional"», Agencia Efe, 20 de abril de 2019, <https://www. efe.com/efe/espana/politica/abascal-vox-es-un-movimientopatriotico-de-salvacion-la-unidad-nacional/10002-3957020>.

[9] Entrevista de la autora con Rafael Bardají.

[10] Entrevista de la autora con Iván Espinosa de los Monteros, 9 de abril de 2019.

[11] Institute for Strategic Dialogue, *2019 EU Elections Information Operations Analysis: Interim Briefing Paper*, 2019, <https://www. isdglobal.org/wp-content/uploads/2019/05/Disinfo-Euro pean-Elections-Interim-report-ISD-2-V2.pdf>.

[12] Tuit de Santiago Abascal,<https://twitter.com/santi_abascal/ status/1117890168340586497?lang=es>.

[13] Marion Maréchal, «The Faces of National Conservatism»,*The European Conservative*, 27 de febrero de 2020, <https://europeancon servative.com/2020/02/the-faces-of-national-conservatism>.

[14] «Discours du Président Emmanuel Macron devant les étudiants de l'Université Jagellonne de Cracovie», <https://www.ely see.fr/emmanuel-macron/2020/02/05/discours-du-presidentemmanuel-macron-devant-les-etudiants-de-luniversite-jagellon ne-de-cracovie>.

5. Fuego en la pradera

[1] Abraham Lincoln, mensaje anual al Congreso, 1 de diciembre de 1862.

[2] Martin Luther King, discurso «Yo tengo un sueño», Washington, 28 de agosto de 1963.

[3] Thomas Jefferson, carta a John Breckinridge, 29 de enero de 1800, <https://founders.archives.gov/documents/Jefferson/0131-02-0292>.

[4] Ronald Reagan, discurso de despedida a los estadounidenses, Washington, 12 de enero de 1989, <https://www.nytimes.com/ 1989/01/12/news/transcript-of-reagan-s-farewell-address-toamerican-people.html>.

[5] Emma Goldman, *Anarchism and Other Essays* (1910), Nueva York, Mother Earth Pub. Association, 3.ª ed. rev., 1917.

[6] Emma Goldman, «What Is Patriotism?», discurso pronunciado el 26 de abril de 1908 en San Francisco, California, <https:// awpc.cattcenter.iastate.edu/2017/03/09/what-is-patriotism-april26-1908>.

[7] Goldman, *Anarchism and Other Essays*.

[8]. *Prairie Fire:The Politics of Revolutionary Anti-Imperialism*. *Political Statement of the Weather Underground*, 1974, <https://www.sds1960s.org/PrairieFire-reprint.pdf>.

[9] Howard Zinn, «The Power and the Glory: The Myths of American Exceptionalism», *Boston Review*, 1 de junio de 2005, <http://bostonreview.net/zinn-power-glory>.

[10] Michael Gerson, «The Last Temptation», *Atlantic*, abril de 2018, <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2018/04/ the-last-temptation/554066>.

[11] Eric Metaxas, entrevista con Mike Gallagher, *Right Wing Watch*, 22 de junio de 2016, <https://www.rightwingwatch.org/ post/eric-metaxas-we-are-on-the-verge-of-losing-america-underclinton-presidency-as-we-could-have-lost-it-in-the-civil-war>.

[12] Franklin Graham, entrevista con Craig James, *Right Wing Watch*,8 de junio de 2015, <https://www.rightwingwatch.org/post/ franklin-graham-the-end-is-coming-thanks-to-gays-obama>.

[13] Patrick J. Buchanan, sitio web oficial, 11 de octubre de 1999, <https://buchanan.org/blog/pjb-the-new-patriotism-329>.

[14] Patrick J. Buchanan, sitio web oficial, 26 de mayo de 2016, <https://buchanan.org/blog/great-white-hope-125286>.

[15] Patrick J. Buchanan, *Hardball with Chris Matthews*, MSNBC, 30 de septiembre de 2002.

[16] Patrick J. Buchanan, «How to Avoid a New Cold War», *American Conservative*, 3 de enero de 2017, <https://www.theame ricanconservative.com/buchanan/how-to-avoid-a-new-coldwar>.

[17] Donald Trump, entrevista, *Fox and Friends*, Fox News, 10 de febrero de 2014, <https://video.foxnews.com/v/3179604851001# sp=show-clips>.

[18] Paul Blumenthal y J. M. Rieger, «Steve Bannon Believes The Apocalypse Is Coming and War

Is Inevitable», *Huffington Post*, 8 de febrero de 2017, <https://www.huffpost.com/entry/steve-bannonapocalypse_n _5898f02ee4b040613138a951>.

[19] «Stephen K. Bannon at Tea Party», Nueva York, 15 de abril de 2010, <https://www.youtube.com/watch?v=Jf_Yj5XxUE0>.

[20] Donald J. Trump, discurso de investidura, Washington, 20 de enero de 2017, <https://trumpwhitehouse.archives.gov/briefingsstatements/the-inaugural-address/>.

[21] Donald J. Trump, «Remarks from President Trump to the People of Poland», Varsovia, 6 de julio de 2017, <https://trumpwhi tehouse.archives.gov/briefings-statements/remarks-presidenttrump-people-poland>.

[22] Donald J. Trump, entrevista con Bill O'Reilly, Fox News, 4 de febrero de 2017, <https://www.youtube.com/watch?v=tZXsYu JIGTg>.

[23] Donald J. Trump, entrevista con Joe Scarborough, *Morning Joe*, MSNBC, 18 de diciembre de 2015, <https://www.washing tonpost.com/news/the-fix/wp/2015/12/18/donald-trump-gladto-be-endorsed-by-russias-top-journalist-murderer>.

[24] *Prairie Fire*.

[25] Donald Trump, entrevista, *Fox and Friends*, Fox News, 26 de abril de 2018, <https://www.youtube.com/watch?v=5OjyHhz3_ BM>.

[26] Jeane Kirkpatrick, «The Myth of Moral Equivalence»,*Imprimis*, enero de 1986.

[27] Donald J. Trump y David Shiflett, *The America We Deserve*, Nueva York, St. Martin's Press, 2000.

[28] James Atlas, «The Counter Counterculture», *New York Times Magazine*, 12 de febrero de 1995, <https://www.nytimes.com/ 1995/02/12/magazine/the-counter-counterculture.html>.

[29] David Brock, «Confessions of a Right-Wing Hit Man», *Esquire*, 1 de julio de 1997, <https://classic.esquire.com/confessionsof-a-right-wing-hit-man>.

[30] Anne Applebaum, «Why I Can't Vote for John McCain», *Slate*, 27 de octubre de 2008.

[31] Sam Tanenhaus, «On the Front Lines of the GOP's Civil War»,*Esquire*, 20 de diciembre de 2017, <https://www.esquire.com/ news-politics/a14428464/gop-never-trump>.

[32] Julien Benda, *The Treason of the Intellectuals*, trad. Richard Aldington, Londres, Taylor & Francis, 2017.

[33] Roger Kimball, «The Treason of the Intellectuals & "The Undoing of Thought"», *New Criterion*, diciembre de 1992, <https:// newcriterion.com/issues/1992/12/the-treason-of-the-intellectuals-ldquothe-undoing-of-thoughtrdquo>.

[34] Roger Kimball, en *American Greatness*, 2 de noviembre de 2019.

[35] *The Laura Ingraham Show*, 19 de agosto de 2008.

[36] Laura Ingraham, entrevista con Patrick J. Buchanan, *The Laura Ingraham Show*, 28 de marzo de 2019, <https://www.media matters.org/laura-ingraham/laura-ingraham-says-immigrationpushing-western-civilization-toward-tipping-over>.

[37] Laura Ingraham, «The Left's Effort to Remake America», Fox News, 8 de agosto de 2018,

<https://www.youtube.com/watch? v=llhFZOw6Sss>.

[38] Joseph diGenova, *The Laura Ingraham Podcast*, 22 de febrero de 2019.

[39] Entrevista de la autora con Rafael Bardají.

[40] Laura Ingraham, Fox News, 25 de febrero de 2020, <https:// twitter.com/MattGertz/status/1233026012201603079?s=20>.

[41] Michael M. Grynbaum, «Fox News Stars Trumpeted a Malaria Drug, Until They Didn't», *New York Times*, 22 de abril de 2020.

[42] Tuit de Laura Ingraham, <https://twitter.com/Ingraham Angle/status/1251219755249405959? s=20>.

[43] Laura Ingraham, «Laura Ingraham on Faith», charla pronunciada en Dallas, Texas, 29 de septiembre de 2007, <https://www. youtube.com/watch?v=72KwL_abkOA>.

[44] Donald Trump, entrevista con Laura Ingraham, Fox News, 6 de junio de 2019, <https://www.youtube.com/watch?v=QyQCc gXkANo>.

[45] Jacek Trznadel, *Han´ba Domowa*, París, Instytut Literacki, 1986.

6. La historia se repite

[1] Véase Émile Zola, *Yo acuso: La verdad en marcha*, Barcelona, Austral, 2021.

[2] Romain Rolland, citado en Tom Conner, *The Dreyfus Affair and the Rise of the French Public Intellectual*, Jefferson (NC), McFarland & Co., 2014.

[3] Ferdinand Brunetière, citado en Ruth Harris, *Dreyfus: Politics, Emotion, and the Scandal of the Century*, Nueva York, Picador USA, 2010.

[4] Émile Zola, «J'accuse», <https://fr.wikisource.org/wiki/ J%E2%80%99accuse%E2%80%A6!>.

[5] Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*, Madrid, Alianza, 2016.

[6] Citado en Geert Mak, *In Europe: Travels Through the Twentieth Century*, Londres, Penguin Books, 2004 [hay trad. cast.:*En Europa: Un viaje por el siglo XX*, Barcelona, Destino, 2006].

[7] Conner, *Dreyfus Affair*.

[8] Ignazio Silone, «La scelta dei compagni», Turín, *Quaderni dell'Associazione Culturale Italiana*, 1954.

[*] Juego de palabras intraducible con el nombre de la ciudad polaca de Gdansk y la expresión inglesa *to skate* (*skating*) *on thin ice*, que literalmente significa «patinar sobre hielo fino», pero que normalmente se traduce por «pisar terreno peligroso (o resbaladizo)». *(N. del T.)*

[*] De la Declaración de Independencia de Estados Unidos. *(N. del T.)*

[*] Del Preámbulo de la Constitución estadounidense. *(N. del T.)*

[*] En la canción de Dylan («Subterranean Homesick Blues»), «No hace falta un meteorólogo para saber de dónde sopla el viento». La organización se denominó originariamente The Weathermen, «los Meteorólogos», cambiando su nombre posteriormente a Weather Underground al pasar a la clandestinidad. *(N. del T.)*

[*] Lit. «cualquierismo», derivado del italiano *qualunque*, «cualquiera», porque esta postura pretendía defender los intereses y aspiraciones del hombre común y corriente; modernamente se traduce, en un sentido más amplio, como «indiferentismo» o «pasotismo». *(N. del T.)*

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El ocaso de la democracia. La seducción del autoritarismo

1. Nochevieja
2. Cómo ganan los demagogos
3. El futuro de la nostalgia
4. Aluviones de falsedades
5. Fuego en la pradera
6. La historia se repite

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Anne Applebaum

Créditos

Notas